



Chantelle Shaw

Amor cautivo



Chantelle Shaw

Amor cautivo



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

AMOR CAUTIVO, N.º 2257 - septiembre 2013
Título original: Captive in His Castle
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2013

I.S.B.N.: 978-84-687-3517-7
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Índice

Capítulo 1

¿Quién diablos es Jess?

Drago Cassari apartó un mechón de pelo moreno de su frente mientras contemplaba con preocupación y expresión frustrada la figura inmóvil de su primo en la cama de la unidad de cuidados intensivos. El rostro de Angelo presentaba un tono casi gris contra las sábanas blancas. Tan solo la casi imperceptible elevación y descenso de su pecho indicaba que seguía aferrado a la vida, ayudado por los diversos tubos conectados a su cuerpo, mientras una máquina que se hallaba junto a la cama registraba sus signos vitales.

Al menos había empezado a respirar sin ayuda y, tres días después de que lo hubieran sacado de su coche accidentado para trasladarlo al hospital Mestre de Venecia, comenzaba a haber indicios de que estaba recuperando la consciencia. Incluso acababa de murmurar algo. Una sola palabra. Un nombre.

–¿Sabéis a quién se refiere? –Drago volvió la mirada hacia las dos mujeres que se hallaban al pie de la cama y se abrazaban mientras lloraban–. ¿Es Jess una amiga de Angelo?

Su tía Dorotea dejó escapar un sollozo.

–No sé cuál es su relación con ella. Ya sabes que últimamente se ha estado comportando de un modo muy extraño. Casi nunca respondía al teléfono cuando lo llamaba. Pero logré hablar con él unos días antes de... –su voz se quebró– antes del accidente, y me dijo que había renunciado a su curso en la universidad y que estaba viviendo con una mujer llamada Jess Harper.

–En ese caso será su querida –a Drago no le sorprendió enterarse de que su primo había dejado sus estudios de Empresariales en Londres. Angelo había sido excesivamente mimado por su madre desde que perdió a su padre siendo un niño, y siempre había huido de todo lo que se pareciera al trabajo. Más sorprendente resultaba la noticia de que hubiera estado viviendo con una mujer en Inglaterra. Angelo carecía de confianza en sí mismo en todo lo referente al sexo opuesto, pero, al parecer, había superado su timidez–. ¿Te dio sus señas en Londres? Tengo que ponerme en contacto con esa mujer y organizar las cosas para que venga a visitarlo –Drago miró al neurólogo que se hallaba al cuidado de su primo–. ¿Cree que existe la posibilidad de que el sonido de la voz de esa mujer despierte a Angelo?

–Es posible –respondió el médico con cautela–. Si Angelo tiene

una relación cercana con esa mujer, puede que reaccione.

Dorotea dejó escapar un nuevo sollozo.

–No creo que sea buena idea traerla aquí. Temo que es una mala influencia para Angelo.

Drago frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir? Si la tal Jess Harper puede ayudar a Angelo, es imperativo que venga a Italia. ¿Por qué piensas que es una mala influencia?

Dorotea se dejó caer en una silla y comenzó a sollozar con tal fuerza que sus hombros se estremecieron.

Drago controló su impaciencia, pues comprendía la agonía de Dorotea. Su primo solo tenía veintidós años, y en muchos sentidos seguía siendo poco más que un niño... aunque cuando él tenía su edad ya era director de Cassa di Cassari, lo que suponía una gran responsabilidad sobre sus hombros. Las muertes de su padre y su tío, causadas por una avalancha mientras esquiaban, habían arrojado a Drago de lleno al despiadado mundo de los negocios. También tuvo que hacerse cargo de sus desoladas madre y tía, y había asumido el papel de padre para su primo de siete años.

Ver a Angelo en aquel estado, no saber qué iba a ser de él, suponían una auténtica tortura. Durante los pasados quince años se había esforzado mucho por su familia, y odiaba la sensación de impotencia que le producía aquella sensación. No tenía ningún medio para lograr que Angelo recuperara la consciencia, pero al menos tenía el nombre de una mujer que podía ayudar.

Luisa Cassari, la madre de Drago, palmeó con delicadeza el hombro de su hermana.

–Debes decirle a Drago lo que ha hecho Angelo, y por qué te preocupa tanto su relación con esa inglesa.

–¿Qué ha hecho Angelo? –preguntó de inmediato Drago.

Dorotea fue incapaz de contestar a causa de los sollozos, pero finalmente logró contenerlos.

–Ha dado dinero a esa mujer... mucho dinero. De hecho, toda la herencia que le dejó su padre. Y eso no es todo. Jess Harper tiene una ficha policial.

–¿Cómo lo sabes?

–Hace una semana recibí una llamada de Maurio Rochas, que sigue siendo el asesor financiero de Angelo. Estaba preocupado porque lo que tenía que revelarme era información confidencial, pero sentía que era su deber ponerme al tanto de que Angelo había sacado todo su dinero del banco. Cuando interrogué a Angelo al respecto, fue muy brusco conmigo –explicó Dorotea con voz dolida–. Finalmente admitió que había prestado su fondo a esa mujer, Jess Harper, pero no me dijo para qué, ni cuándo pensaba

devolvérselo. Se mostró especialmente reservado y sentí que me estaba ocultando algo. Estaba tan preocupada que llamé de nuevo a Maurio. Este me contó que había hecho averiguaciones sobre la mujer y que había descubierto que unos años atrás había sido condenada por fraude.

Drago masculló una maldición y recibió una mirada de reproche de su madre. A veces se preguntaba si sus parientes se harían alguna vez cargo de sus vidas en lugar de fiarse de él para que resolviera sus problemas. Él mismo había animado a Angelo a que se fuera a Inglaterra a estudiar, creyendo que así se volvería más independiente.

–¿Qué tontería habrá hecho ahora? –murmuró casi para sí.

Pero su tía tenía un oído excelente.

–¿Cómo puedes culpar a Angelo estando su vida pendiente de un hilo? –dijo, llorosa–. Puede que la tal Jess Harper lo convenciera contándole alguna mentira. Ya sabes que tiene un gran corazón... Es joven, y admito que un poco ingenuo, pero estoy segura de que no habrás olvidado que a ti también te engañó una mujer rusa hace unos años, Drago, y aquella situación fue mucho peor que esta, porque lo que hiciste casi lleva a Cassa di Cassari a la ruina.

Drago apretó los dientes al recordar el episodio más humillante de su vida. Cuando tenía la edad de Angelo se metió en un lío a causa del bello rostro y el sensual cuerpo de una mujer. Se coló totalmente por la promesa de sensualidad que escondían los ojos negros de Natalia Yenka y persuadió a la junta directiva de Cassa di Cassari, la compañía de objetos de lujo para el hogar fundada por si bisabuelo, para que invirtiera en una operación sugerida por aquella rusa. Pero la aventura resultó ser un fraude y Drago estuvo a punto de perder la confianza de la junta.

Desde entonces se había esforzado mucho por recuperar su apoyo, y estaba orgulloso de haber hecho de Cassa di Cassari un importante negocio para la economía italiana. Pero ni los miembros de la junta ni su familia conocían los sacrificios personales que había tenido que hacer para alcanzar el éxito, ni el vacío que sentía en su interior.

Agitó la cabeza como para alejar aquellos pensamientos y centró la atención de nuevo en su primo. Si su tía perdía a su hijo, no creía que fuera a ser capaz de superarlo. Aquella espera resultaba desesperante y, si existía la mínima posibilidad de que la presencia de aquella mujer inglesa pudiera hacer salir a Angelo del abismo en que se encontraba, debía convencerla de que acudiera al hospital.

–¿Adónde vas? –preguntó su tía con voz trémula al ver que se encaminaba hacia la puerta con paso decidido.

–A buscar a Jess Harper. Y cuando la encuentre pienso

asegurarme de obtener algunas respuestas.

Con la pesada caja de herramientas y la bolsa de la compra a cuestas, Jess entró como pudo en su piso y se agachó para recoger el correo de debajo del felpudo. Había dos recibos y una carta del banco. Por un instante su corazón latió más rápido, hasta que recordó que ya no tenía en números rojos la cuenta de su negocio, y que tampoco tenía que preocuparse por devolver un cuantioso descubierto. Era difícil dejar atrás las viejas costumbres.

Mientras avanzaba por el pasillo echó un vistazo a la habitación de Angelo. Estaba perfectamente recogida… lo que significaba que aún no había vuelto. Frunció el ceño. Hacía tres días que se había ido y desde entonces no había respondido a ninguna de sus llamadas. ¿Debería estar preocupada por él? Probablemente había cambiado de trabajo, como solían hacer muchos de los empleados eventuales que contrataba.

Pero Angelo había sido distinto a los demás. A pesar de haberle asegurado que tenía experiencia como decorador, pronto había quedado claro que no tenía ni idea. Sin embargo era inteligente y hablaba perfectamente inglés, aunque con acento extranjero. Le contó que era un emigrante sin hogar. Su gentil naturaleza le había recordado a la de su mejor amigo, Daniel, al que conoció en el hogar de acogida para niños, y tal vez por eso le había ofrecido impulsivamente el cuarto que tenía vacío en su piso hasta que lograra salir adelante. Angelo se había mostrado muy agradecido, y no resultaba muy normal que se hubiera ido sin despedirse, sobre todo dejando sus cosas atrás y, especialmente, su querida guitarra.

Denunciar su desaparición habría resultado exagerado, y, aunque ya hacía tiempo que habían pasado sus años de adolescente problemática, aún conservaba cierta desconfianza hacia la policía. Pero ¿y si había sufrido un accidente y estaba solo en algún hospital? Ella sabía muy bien lo que era sentirse totalmente sola en el mundo.

Si al día siguiente no tenía noticias de él iría a la policía, decidió mientras dejaba la bolsa de la compra en la mesa de la cocina. Luego sacó la comida congelada que había comprado. A causa de una confusión con las pinturas, el trabajo que tenía entre manos se había retrasado, y ese era uno de los motivos por el que la desaparición de Angelo resultaba tan inconveniente. Era posible que no fuera el mejor pintor del mundo, pero para acabar el contrato a tiempo necesitaba toda la ayuda posible.

Las instrucciones de la caja plateada de pasta a la boloñesa decían que se cocinaba en seis minutos. Dado el hambre que tenía,

seis minutos parecían una eternidad, pero mientras se hacía tenía tiempo de tomar una ducha. Al mirarse en el espejo vio que tenía una mancha de pintura blanca en el pelo, nada extraño después de haber estado pintando un techo.

Se desvistió rápidamente y fue a la ducha. La semana anterior, para celebrar su cumpleaños, se había permitido el lujoso gusto de comprar un gel para la ducha. La perfumada espuma le dejó la piel suave como la seda, y una generosa dosis de champú bastó para eliminar la pintura del pelo.

Su cuadrilla de trabajadores se burlarían de ella sin piedad si averiguaran que tenía un lado tan «femenino». Trabajar en un entorno de hombres era duro, pero también lo era ella; su infancia se había encargado de asegurarse de ello.

El sonido del timbre de la puerta fue inmediatamente seguido del timbrazo del microondas que indicaba que la comida ya estaba lista. Se puso rápidamente el albornoz y fue a la cocina. El timbre volvió a sonar. ¿Por qué no desistía quien fuera y le dejaban comer tranquila?, se preguntó, irritada. La comida del microondas olía ligeramente a plástico, pero tenía tanta hambre que le daba igual. Sacó el recipiente con los espaguetis y le quitó la capa de plástico transparente que lo cubría. Cuando el timbre sonó por tercera vez, se le ocurrió de pronto que tal vez era Angelo.

Drago apartó la mano del timbre y soltó una maldición. Estaba claro que no había nadie en la casa. Había conducido a toda velocidad desde el aeropuerto hasta Hampstead, que era donde vivía Jess Harper. Según Maurio Rochas, la inglesa era pintora. Probablemente tenía bastante éxito si podía permitirse vivir en aquella zona de Londres.

Maurio apenas tenía información sobre ella, y el detective que había contratado Drago aún no se había puesto en contacto con él. Pero, de momento, los motivos por los que Angelo hubiera decidido dar su dinero a aquella mujer eran irrelevantes. Lo único que importaba era lograr persuadirla para que visitara a Angelo en el hospital, pues existía la posibilidad de que el sonido de su voz lograra sacarlo del coma.

Frustrado, pulsó el timbre una vez más, aunque sabía que sería inútil. No tenía sentido seguir allí si Jess Harper no estaba en casa. Estaba a punto de encaminarse de nuevo hacia las escaleras cuando la puerta se abrió.

–Oh –dijo una voz a sus espaldas–. Pensaba que se trataba de otra persona.

Drago giró sobre sus talones… y sintió que se quedaba sin

aliento al contemplar la figura de la mujer que se hallaba en el umbral de la puerta. Solo en otra ocasión en su vida se había sentido tan noqueado por una mujer, y entonces era un impresionable joven de veintidós años. En la actualidad tenía treinta y siete, poseía una considerable experiencia sexual y empezaba a estar un tanto cansado de las relaciones superficiales que solía mantener.

Agitó ligeramente la cabeza para despejarse. Había conocido a cientos de mujeres preciosas a lo largo de su vida, y se había acostado con muchas de ellas, pero aquella lo había dejado literalmente sin aliento. Su mirada se vio atraída como por un imán por la abertura del albornoz blanco, que revelaba la curvilínea parte superior de los pechos. Darse cuenta de que probablemente estaría completamente desnuda debajo de aquella prenda despertó su deseo con una intensidad desconcertante.

El rostro de la joven que tenía delante era un óvalo perfecto y sus delicados rasgos parecían haber sido esculpidos en porcelana. Los altos pómulos le conferían un aire casi élfico que se veía acentuado por sus rasgados ojos verdes. Su melena, color pelirrojo oscuro, acentuaba la palidez de su piel. Drago experimentó un inexplicable sentido de la posesión que le hizo desear tomarla allí mismo.

–¿Puedo ayudarlo en algo?

Su voz era suave, con una ligera ronquera que hizo que el corazón de Drago latiera aún más deprisa. La idea de que su primo Angelo hubiera hecho el amor con ella le produjo una intensa sensación de celos.

–¿Es usted Jess Harper? –preguntó con brusquedad.

Ella entrecerró los ojos.

–¿Quién quiere saberlo?

–Me llamo Drago Cassari. Tengo entendido que mi primo Angelo ha estado viviendo aquí con usted.

–¿Su primo? –repitió Jess, perpleja–. Angelo me dijo que no tenía ningún familiar. ¿Tiene algún papel que lo demuestre? –añadió con cautela.

Irritado por su tono suspicaz, Drago sacó su móvil y buscó una de las fotos que tenía almacenadas.

–Esta es una foto de Angelo y su madre conmigo. Fue tomada hace seis meses, en la inauguración de la nueva Cassa di Cassari en Milán –explicó a la vez que le entregaba el teléfono.

Jess contempló la pantalla unos momentos.

–Está claro que es Angelo, aunque nunca lo había visto vistiendo un esmoquin –dijo lentamente–. Pero... esto no tiene sentido. No entiendo por qué no mencionó nunca a su familia.

A Drago no le extrañó que Angelo hubiera mantenido en secreto los detalles de su vida privada. Los Cassari eran una de las familias más ricas de Italia, y atraían mucho la atención de la prensa. Él mismo había sido perseguido por los paparazzi desde que era una adolescente, y había enseñado a su primo a ser muy cauteloso con la prensa. Pero, si era cierto que Jess Harper tenía una ficha policial, tal vez no había sido lo suficientemente cauteloso con ella.

La expresión confundida de Jess Harper resultaba sorprendentemente convincente.

–Hay una tienda Cassa di Cassari en Oxford Street donde venden una ropa de cama exquisita y otros artículos para el hogar. No había relacionado el apellido de Angelo con ese nombre. Pero supongo que solo será una coincidencia –frunció el ceño tras mirar de nuevo la foto–. A fin de cuentas, no es posible que Angelo esté relacionado con esa cadena de tiendas de fama mundial...

¿Sería cierto que no estaba al tanto? A Drago le costaba creerlo.

–Nuestro bisabuelo fundó Cassa di Cassari poco después de que acabara la Primera Guerra Mundial. Después de que nuestros padres murieran en un accidente heredé el setenta por ciento de la empresa, y Angelo el treinta por ciento.

Jess Harper le devolvió el teléfono como si le quemara.

–No entiendo qué está pasando, ni por qué me engañó Angelo, pero el hecho es que no está aquí. Se fue hace un par de días sin decir adónde iba y no sé dónde está. Me temo que no puedo ayudarlo –dijo, y empezó a cerrar la puerta.

Drago se lo impidió introduciendo un pie en el umbral.

–Está en el hospital, luchando por su vida.

Jess se quedó paralizada. El enfado que le había producido averiguar que Angelo le había mentido se evaporó al instante.

–¿Por qué? ¿Está enfermo? –preguntó, sintiéndose repentinamente culpable por no haber denunciado la desaparición de Angelo. Era un joven muy agradable, y ella debería haberse dado cuenta de que no se habría ido del piso sin despedirse.

–Tuvo un accidente. Ha sufrido lesiones cerebrales y lleva tres días inconsciente –Drago Cassari habló en un tono muy controlado, pero, cuando Jess lo miró, vio evidentes indicios de tensión en su rostro.

Jess se sintió enferma al recordar a Angelo la última vez que lo vio. Había preparado una sencilla comida para ambos y Angelo se había mostrado especialmente agradecido. Luego la ayudó a fregar. Al día siguiente le sorprendió descubrir que se había ido, pero asumió que estaba tan acostumbrado a vivir solo como ella y que no había considerado necesario informarla de que se iba.

–He venido a pedirle que vaya a visitarlo al hospital –continuó

Drago–. Cuanto más tiempo permanezca inconsciente, más probabilidades habrá de que sufra daños cerebrales permanentes.

–¿Tan mal está? –preguntó Jess, agobiada. De pronto, en su mente surgió la imagen de Daniel en la unidad de cuidados intensivos, después de haber sido atropellado por un coche cuando iba en bici. Parecía tan tranquilo, como si estuviera dormido, pero la enfermera le explicó que estaba conectado a una máquina que respiraba por él y que no mostraba ninguna actividad cerebral. Jess entendió que estaba muy enfermo, pero no esperaba que muriera. Solo tenía dieciséis años. Ya habían pasado otros ocho desde entonces, pero recordarlo aún hacía que un nudo le atenazara la garganta.

¿Correría peligro la vida de Angelo? Por la seria expresión de su primo, así debía de ser.

–Claro que iré a visitarlo al hospital –Jess no sabía por qué le había dicho Angelo que no tenía familia, pero eso carecía de importancia cuando su vida corría peligro.

Miró al hombre que decía ser primo de Angelo y captó un ligero parecido entre ambos hombres. Los dos eran morenos, aunque Angelo tenía el pelo rizado y Drago lo tenía liso y lo llevaba más corto. Pero mientras que el atractivo de Angelo resultaba bastante juvenil, con sus enternecedores ojos y su suave sonrisa, su primo era el hombre más letalmente sexy que Jess había visto.

Su rostro resultaba cruelmente bello, duro, anguloso, con unos ojos color ébano bajo unas espesas cejas. Sus labios no sonreían de forma natural, pero su curvatura poseía una sensualidad única...

Aquellos pensamientos fueron tan inesperados que Jess estuvo a punto de dar un gritito debido a la sorpresa. Cuando lo miró a los ojos captó en ellos un destello de algo que provocó una extraña e intensa sensación en su pelvis.

–Por supuesto que iré al hospital –repitió–. Pero antes tengo que vestirme.

Al decir aquello, Jess se hizo intensamente consciente de que estaba desnuda bajo el albornoz. Se tensó mientras Drago Cassari la sometía a un intenso escrutinio. Tuvo la sensación de que la estaba desnudando mentalmente y aferró instintivamente las solapas. El brillo de aquella mirada le advirtió de que él era muy consciente del efecto que le estaba provocando. Jess se ruborizó mientras se preguntaba por qué estaría reaccionando de forma tan poco habitual en ella. Trabajaba en un entorno de hombres que la consideraban «uno de ellos». Solo una vez en la vida se había sentido sexualmente atraída por un hombre, y la experiencia le había dejado unas cicatrices emocionales que aún no habían sanado por completo. Desde entonces había estado demasiado ocupada con

su trabajo como para entretenerse con aquello. No estaba acostumbrada a reaccionar con los hombres a un nivel sexual, y le conmocionaba su reacción ante aquel desconocido... aunque fuera el hombre más sexy que había visto.

Pero Drago Cassari no era un completo desconocido; era el primo de Angelo, se recordó. Le avergonzó haberse permitido aquellos pensamientos inapropiados mientras Angelo se hallaba en una situación crítica. Respiró profundamente y abrió completamente la puerta para permitirle pasar.

–¿Quiere entrar a esperar? Solo me llevará un momento cambiarme.

–Gracias.

En cuanto Drago entró en la casa, su figura pareció dominar el espacio. Debía de medir casi un metro noventa, y el hecho de que vistiera por completo de negro, vaqueros, camisa y cazadora, acentuaba su altura y su poderío físico. Jess captó el aroma de su loción para el afeitado y sintió un cosquilleo en sus pezones cuando, excitados, rozaron la tela del albornoz.

Horrorizada ante su incapacidad para controlar sus reacciones, condujo a Drago hasta el cuarto de estar.

–Puede esperar aquí mientras me cambio.

–Llamaré al hospital para ver cómo está Angelo –dijo Drago mientras sacaba su móvil–. Espero que tenga el pasaporte en regla.

Jess estaba a punto de salir y se volvió a mirarlo con expresión sorprendida.

–¿Por qué necesito el pasaporte para ir al hospital? ¿Dónde está Angelo?

Drago estaba mirando a su alrededor, impresionado por la excelente calidad de la decoración y del mobiliario, lo que reforzó su idea de que Jess Harper debía tener una lucrativa carrera para poder permitirse aquel apartamento.

–En Italia –contestó–. Sufrió el accidente en el trayecto entre el aeropuerto y Venecia. Supongo que volvía a casa, pero nunca llegó. Está en el hospital de Mestre –su teléfono sonó en aquel momento y miró la pantalla–. Acabo de recibir un mensaje en el que me comunican que han terminado de repostar mi avión. ¿Puede estar lista para salir hacia el aeropuerto en cinco minutos?

Capítulo 2

–¿Al aeropuerto? –repitió Jess, anonadada–. ¡No puedo ir a Venecia! –exclamó, pensando que debía de estar teniendo un sueño absurdo, porque aquello no podía estar sucediendo.

–¿No le importa Angelo? Pensaba que tenía una relación muy cercana con él –la aspereza del tono de Drago hizo que Jess aceptara que todo aquello no era una simple jugarreta de su imaginación.

–Claro que me importa Angelo. Pero yo no diría que nuestra relación era tan cercana. Solo lo conozco desde hace un mes, que fue cuando empezó a trabajar conmigo.

–¿Trabajaba para usted? –repitió Drago, sorprendido–. ¿Qué clase de trabajo hacía? Me he informado y sé que es pintora. ¿Trabajaba Angelo de modelo para usted?

–No –contestó Jess con un matiz de ironía a la vez que tomaba una tarjeta de visita de una mesa y se la entregaba–. Yo pinto casas, señor Cassari, no obras maestras.

En la tarjeta se leía *T&J Decorators*, e incluía un número de teléfono y un correo electrónico. Drago miró la tarjeta y luego a Jess, una mujer pequeña y de complexión frágil. La idea de que trabajara en algo así resultaba ridícula.

–Se referirá a que trabaja de decoradora de interiores para esa empresa. Me cuesta creer que se dedique a pintar paredes.

A Jess no le gustó nada su tono desdeñoso.

–A veces me ocupo de la decoración, pero en realidad soy carpintera. También hago de capataz y me ocupo de que mis trabajadores terminen sus contratos a tiempo y sigan las normas de seguridad.

Drago alzó las cejas.

–No parece un trabajo muy típico de una mujer.

Jess estuvo a punto de decirle que había muy pocos trabajos disponibles para alguien que había fracasado en los estudios. Le habría encantado estudiar decoración de interiores, pero resultaba muy difícil competir con los que tenían titulaciones oficiales.

–¿Y dice que empleó a Angelo? –dijo Drago en tono escéptico–. ¿Por qué iba a ponerse a trabajar si pertenece a una de las familias más ricas de Italia?

–No tengo ni idea. Lo acepté porque me faltaba mano de obra. Lo cierto es que enseguida me di cuenta de que no sabía nada de decoración, pero cuando me dijo que no tenía dinero ni un lugar en

que vivir sentí lástima por él. Le dije que podía quedarse conmigo hasta que pudiera permitirse un alquiler.

–¿Y por qué iba a hacer algo así por alguien a quien apenas conocía?

–Porque sé lo que es tocar fondo –dijo Jess, y sus ojos color jade se oscurecieron al recordar la desesperación que llegó a sentir en otra época. Hubo un tiempo en que sintió que no tenía nada por lo que vivir, hasta que sus maravillosos padres adoptivos le dieron un hogar y un futuro. Había sentido la desesperación de Angelo y había querido ayudarlo como Margaret y Ted Robbins la ayudaron a ella. Pero, después de enterarse de la verdad, se sentía como una tonta–. ¿Cómo ha llegado a enterarse de mi existencia?

Drago se encogió de hombros.

–Angelo le habló de usted a su madre y debió de darle sus señas en Londres.

–Oh, sí… supongo que lo hizo.

Drago miró a Jess Harper especulativamente. No tenía intención de decirle que sabía que Angelo le había dado dinero. No entendía qué estaba pasando, y hasta que tuviera más información no pensaba revelar nada. Miró su reloj.

–Tenemos que ponernos en marcha.

–Lo siento, pero no voy a poder ir –Jess se mordió el labio. Sentía mucho lo de Angelo, pero ir a Italia no era una opción–. Tengo un negocio que dirigir. Vamos con retraso y…

–Angelo dijo su nombre –interrumpió Drago–. Puede que usted sea su mejor esperanza de recuperación. Escuchar su voz podría liberarlo de su prisión.

–Señor Cassari…

–Drago. Ya que es amiga de Angelo, creo que podemos dejarnos de formalidades.

Jess tuvo que alzar el rostro para mirarlo. Se sintió abrumada por su tamaño, por su poderosa presencia física. Su corazón latió con más fuerza cuando él apoyó un dedo en sus labios para impedirle hablar.

–Por favor, Jess. Necesito que vengas conmigo. Angelo es como un hermano para mí, incluso como un hijo, pues he tratado de ser una especie de padre para él desde que murió el suyo.

¿Cómo iba a negarse después de aquello? La desnuda emoción del tono de Drago hizo que su corazón se encogiera. Pensó en Daniel, que nunca llegó a recuperar la consciencia. Si había alguna posibilidad de ayudar a Angelo, debía intentarlo.

–De acuerdo –dijo finalmente–. Iré. Pero necesito hacer unas llamadas y ocuparme de que alguien me sustituya.

Mike podía asumir el papel de encargado. Confiaba en él y sabía

que lograría que su equipo de decoradores terminara el contrato a tiempo. Estaba muy orgullosa de su empresa y no le gustaba la idea de dejarla, aunque solo fuera por unos días. Como la mayoría de los negocios de la industria de la construcción, la empresa había sufrido los efectos de la recesión económica, pero, gracias al dinero que había recibido recientemente y como caído del cielo, la estabilidad de la empresa no corría peligro.

–Solo puedo ausentarme un par de días.

La sonrisa que le dedicó Drago fue peligrosamente atractiva, y le preocupó su inesperada reacción a él.

–Gracias –murmuró Drago con un acento ligeramente ronco–. Espero que Angelo reaccione cuando escuche tu voz. Después me ocuparé de que regreses en mi avión.

Una vez que estuviera resuelto el asunto de la herencia perdida de Angelo, pensó para sí. Cuando Jess se apartó, su mirada se vio atraída hacia el escote de su albornoz, que revelaba la curva del inicio de sus pechos, y sintió una punzada de intenso deseo al imaginar que le desataba el cinturón para deslizar las manos por su cuerpo desnudo. Al mirarla a los ojos vio que se había ruborizado. Los misterios de la alquimia sexual eran insondables, pensó. Era obvio que Jess había sentido aquella atracción con la misma intensidad que él, y, en otras circunstancias, no habría dudado en llevársela a la cama. Pero su primo se encontraba en estado crítico y, a pesar de su aparente preocupación, Jess Harper tenía muchas cosas que explicar.

Jess carraspeó.

–Voy a vestirme y, si no te importa, también voy a comer rápidamente –dijo mientras se encaminaba hacia la puerta–. No he probado bocado en todo el día, y acababa de calentarme la comida cuando has llegado.

Drago frunció el ceño, horrorizado.

–¿Ese es el olor de tu comida? Pensaba que tenías problemas con las cañerías.

A Jess no le gustó nada su tono arrogante. Había habido épocas en su pasado en que apenas había tenido medios para comer, pero dudaba que Drago Cassari hubiera experimentado alguna vez la punzada del hambre.

–Deduzco que no pruebas a menudo comidas precocinadas –dijo en tono irónico.

–Ni tengo intención de hacerlo. Ahora no hay tiempo para comidas. Comeremos en el avión. Date prisa, por favor –añadió Drago en tono impaciente–. El estado de Angelo podría empeorar mientras pasan los minutos.

Para cuando aterrizaron en el aeropuerto Marco Polo, Jess ya tenía una idea bastante clara de la clase de hombre que era Drago Cassari: poderoso, persuasivo y tremendamente seguro de sí mismo. Todos los que lo rodeaban, desde los trabajadores del aeropuerto a la tripulación de su avión privado, lo trataban con una deferencia de la que pocos hombres disfrutaban.

Pero, a fin de cuentas, ¿cuántas personas llegaban a poseer su propio avión?, se preguntó con ironía. La comida que les habían servido durante el vuelo había sido exquisita, por supuesto. Sentía que había entrado en un mundo en el que ella no tenía lugar, pero en el que Drago se sentía completamente a sus anchas.

Mientras avanzaban por el vestíbulo del aeropuerto se hizo consciente de que sus vaqueros estaban arrugados y la camiseta que se había puesto había encogido tras el último lavado y cuando se movía dejaba ver parte de su tripa. Por el contrario, Drago parecía haber salido en aquel mismo instante de las páginas de alguna elegante revista de moda, y atraía las miradas de casi todas las mujeres con las que se cruzaban. En aquellos momentos, como casi durante todo el viaje, estaba hablando por teléfono y, por su expresión, no parecía especialmente contento. Jess sintió un estremecimiento al pensar en el estado de Angelo. Esperaba que no hubiera empeorado. Veintidós años eran demasiado pocos para abandonar aquel mundo, especialmente alguien tan dulce y delicado como Angelo.

–¿Hay noticias del hospital? –preguntó cuando vio que Drago colgaba.

–No ha habido ningún cambio –replicó escuetamente Drago, que se preguntó si la preocupación que había captado en el tono de Jess había sido sincera o si simplemente estaría acostumbrada a engañar a la gente.

Mientras avanzaban no pudo evitar fijarse en cómo realzaban su figura los vaqueros que vestía, y la forma en que la camiseta se posaba sobre sus pequeños pechos. Con una mochila colgada de un hombro y una guitarra del otro, más que a un hospital parecía que iba a acudir a algún festival de música pop.

–Acabo de enterarme por el jefe de mi equipo de seguridad de que la prensa se ha enterado del accidente –murmuró, enfadado–. Los paparazzi están merodeando por el hospital y me temo que también han venido al aeropuerto. Mantente pegada a mí. Yo me aseguraré de que no te molesten –le dijo, al ver su sorprendida expresión–. Mi coche nos estará esperando y Fico, mi guardaespaldas, se ocupara de abrirnos un pasillo.

–¿Tienes un guardaespaldas?

Drago se encogió de hombros.

–Puedo cuidar de mí mismo, pero es conveniente tomar precauciones. Soy bien conocido en Italia y ya hubo un par de intentos de secuestro en el pasado. Hay muchos grupos mafiosos a los que les gustaría secuestrarme para obtener una buena suma.

Fuera ya había oscurecido, pero Jess notó mucho movimiento tras las puertas de cristal.

–Dame tu bolsa –le ordenó Drago a la vez que le tomaba la mochila del hombro. Pareció sorprendido al notar lo poco que pesaba–. Apenas llevas nada. Te había dicho que trajeras ropa para varios días, por si Angelo no reacciona inmediatamente a tu voz.

Era lógico que estuviera preocupado por su primo, pero tampoco tenía por qué ser tan autoritario, pensó Jess a la vez que alzaba instintivamente la barbilla.

–He traído todo lo que tengo que no está cubierto de pintura. No tengo demasiada ropa.

–Ni nada adecuado, al parecer –murmuró Drago a la vez que miraba la camiseta de Jess y la posaba en sus pechos.

Horrorizada, Jess notó que sus pezones se excitaban, y supo que debieron de hacerse claramente visibles contra la tela. Lamentó no haber buscado con más empeño uno de los pocos sostenes que poseía. Su corazón latió más rápido al captar el inconfundible destello del deseo en los ojos negros de Drago.

Aquello no podía estar sucediendo, pensó, aturdida. Unas horas atrás estaba pasando un día normal en su ciudad y de pronto se encontraba en Italia para acudir al hospital a ver a Angelo, que no era el emigrante sin dinero que le había hecho creer, sino el miembro de una de las familias más ricas de Italia. Pero aún más inquietante resultaba su reacción al primo de Angelo. No le gustaba nada cómo estaba reaccionando su cuerpo ante su intensa virilidad. Desde que había salido con Sebastian Loxley no se había vuelto a sentir tan afectada por un hombre. El recuerdo de su breve aventura amorosa, aunque apenas podía llamarse así, porque Seb nunca la amó, sirvió de acicate para hacerle recordar por qué debía ignorar la peligrosa atracción que despertaba en ella Drago.

Afortunadamente, en aquel momento se abrió la puerta que había tras ellos y un hombre realmente robusto entró en la sala. El hombre dijo algo en italiano a Drago, este respondió y luego miró de nuevo a Jess.

–El coche ya está fuera. Cuanto antes salgamos, mejor –dijo a la vez que la sujetaba con firmeza por el brazo.

Cuando se abrió la puerta, Jess se sintió momentáneamente cegada por el destello de los flashes. A pesar de los esfuerzos del guardaespaldas, los periodistas los rodearon como una manada de

lobos a la vez que una cacofonía de voces que gritaban cosas incomprensibles bombardearon los oídos de Jess, a la que se le hizo interminable el trayecto hasta la limusina.

Drago abrió la puerta.

–Entra. Enseguida nos libraremos de esta locura –masculló una maldición al ver las dificultades de Jess para entrar en el coche con la guitarra–. ¡Cielo santo! ¿Por qué has traído esa guitarra? ¿Acaso esperas que Angelo reaccione al escucharla? Me temo que has visto demasiadas películas románticas.

–Puede que escuchar música lo despierte –espetó Jess, molesta por su tono sarcástico–. La guitarra no es mía; es de Angelo. He pensado que le gustaría tenerla a mano cuando recupere la consciencia. Supongo que sabes cuánto significaba su guitarra para él.

–No sabía que podía tocarla –replicó Drago.

–Pues no para de tocarla, y es un guitarrista brillante. Me contó que su sueño era tocar profesionalmente. ¿Cómo es que sabes tan poco sobre tu primo? Dices que lo consideras casi un hermano, pero apenas pareces saber nada de él.

–Qué no esté al tanto de sus aficiones no significa que no me sienta cercano a él –replicó Drago, molesto por la crítica implícita en las palabras de Jess.

–No es solo una afición. La música es la pasión de Angelo.

–¿Pasión? –murmuró Drago en un tono grave que acarició los sentidos de Jess como terciopelo.

La palabra pareció quedar suspendida entre ellos y Jess tuvo que humedecer sus labios repentinamente secos con la punta de la lengua cuando en su mente apareció la desconcertante imagen de Drago empujándola contra el asiento de cuero de la limusina para besarla. Era una locura, pero estaba deseando que la besara con la intensa pasión que sentía que ardía en su interior.

Se estremeció, intensamente consciente del calor que emanaba entre sus piernas. ¿Qué le estaba pasando?

Drago se encogió de hombros.

–Admito que no estaba al tanto del interés de Angelo por la música. ¿Y tú? ¿También tocas la guitarra?

–No. Angelo me enseñó a tocar un par de canciones, pero no se me da bien.

–¿Y cuál es tu pasión, Jess?

Jess tragó saliva y pensó desesperadamente en algo que decir.

–Yo... hago cosas de madera... esculturas y tallas. Supongo que podría decirse que es mi pasión. Me encanta la madera, su suavidad, y me gusta que crear esculturas que inviten a la gente a tocarlas... –se interrumpió bruscamente, avergonzada por su

entusiasmo. Drago no podía entender cómo volcaba sus íntimas y dolorosas emociones en sus esculturas. De todas las cosas maravillosas que le había enseñado Ted, su padre adoptivo, trabajar la madera era la que más le había permitido expresarse

Fue un alivio que en aquel momento sonara el móvil de Drago. Mientras este respondía a la llamada, Jess contempló por la ventanilla el rápido paso de las farolas mientras avanzaban por la autopista. Unos momentos después apareció ante su vista el imponente y moderno edificio del hospital Mestre de Venecia. Cuando la limusina se detuvo ante la entrada, abarrotada de periodistas, los destellos de los flashes iluminaron el interior del coche.

–¿Siempre te persiguen así los periodistas? –preguntó Jess, nerviosa ante la perspectiva de salir del coche a pesar de la presencia del guardaespaldas.

–Al parecer están muy interesados en mi vida amorosa –contestó Drago con ironía–, pero no pienso permitir que molesten a mi tía y a mi madre. Haré una declaración sobre el accidente de Angelo por la mañana y pediré que respeten la intimidad de mi familia mientras su estado siga siendo crítico. Espero que eso baste para contenerlos.

A continuación salió del coche y se volvió para ofrecer su mano a Jess, que agachó instintivamente la cabeza al salir para evitar el destello de los flashes. Drago pasó un brazo por su cintura y, llevándola medio a rastras, cruzó las puertas del hospital mientras diversos guardas impedían la entrada a los periodistas.

Jess odiaba los hospitales, no solo porque le recordaban a Daniel, sino por la breve estancia que pasó en uno de ellos cuando tenía diecisiete años. Durante toda su vida había aprendido a bloquear el recuerdo de sus numerosas experiencias infelices, pero estar en el hospital hizo que regresaran muchos recuerdos que no había logrado enterrar del todo. No quería pensar en Daniel. Y no se atrevía a pensar en Katie. Abrir aquella caja de Pandora en particular era demasiado doloroso.

Su instinto la impulsaba a dar la vuelta y salir corriendo de allí. Pero ya era demasiado tarde. Drago estaba abriendo una puerta que daba a una habitación del hospital. Jess distinguió una figura tumbada en la cama, rodeada de aparatos con lucecitas que destellaban esporádicamente.

–Tal vez no deberíamos molestar a Angelo ahora –dijo, temblorosa–. Es casi medianoche.

Drago la miró y frunció el ceño al ver lo pálida que estaba.

–Hemos venido precisamente para ver si logramos que reaccione. ¿Pero por qué estás tan pálida? ¿Tanto te ha alterado la

presencia de la prensa?

Jess tuvo que hacer un esfuerzo para contener las náuseas que estaba sintiendo.

–No me gustan los hospitales –murmuró.

–¿Y a quién le gustan? –comentó Drago con impaciencia.

Los últimos días que había pasado en el hospital habían despertado dolorosos recuerdos que siempre lo perseguirían. Había sucedido hacía mucho, se recordó. La vida había seguido adelante. Agradecía que Vittoria hubiera encontrado la felicidad con el hombre con el que se había casado y con el que había tenido un hijo. El cielo sabía que merecía ser feliz después de todo lo que había pasado, después de cómo la había decepcionado...

Hizo un esfuerzo para apartar su mente del pasado y concentrarse en la mujer que tenía a su lado.

–Te aseguro que mi tía preferiría no tener que estar aquí, velando junto a la cama de su hijo –dudo un momento y bajó la voz para que solo Jess pudiera oírlo–. Es lógico que la madre de Angelo esté alterada. Discúlpala si se muestra un poco... brusca.

Jess no entendió a qué se refería Drago, pero no tuvo tiempo de preguntar mientras este la hacía entrar en la habitación. Cuando se acercaba a la cama experimentó una horrible sensación de *deja-vu*. Angelo parecía muy distinto sin los díscolos rizos que solían medio ocultar su rostro. Tenía el cráneo cubierto de vendajes y estaba intensamente pálido. Casi parecía una estatua de cera.

Sus ojos se llenaron de pronto de lágrimas. Lloraba raramente, porque la experiencia le había demostrado que no servía para nada, pero no pudo controlar sus emociones.

Un movimiento al otro lado de la habitación le hizo volver la cabeza y vio a una mujer con la expresión desencajada y los ojos enrojecidos a causa del llanto. Dedujo que era la madre de Angelo. Abrumada por el instinto de manifestar su compasión, murmuró:

–Siento mucho lo que le ha sucedido a Angelo.

La mujer se la quedó mirando un momento y luego le habló a Drago en un torrente de italiano. Jess no entendió lo que dijo, pero sintió con claridad que su presencia no era bien recibida.

–Tía Dorotea, Jess ha venido a hablar con Angelo con la esperanza de que reconozca su voz. Estoy seguro de que apreciarás su esfuerzo –dijo Drago.

Dorotea siguió mirando a Jess con expresión hostil.

–¿Eres la novia de mi hijo?

–Soy su amiga –corrigió Jess.

–¿No eres su querida?

–No –Jess frunció el ceño, desconcertada por la actitud de la madre de Angelo. Miró a Drago–. Puedo venir más tarde si te parece

conveniente.

Drago negó con firmeza.

–Te he traído aquí para que hables con Angelo. La única palabra que ha mencionado ha sido tu nombre –miró a su tía–. Quiero que vayas a casa a pasar unas horas. Fico está esperando para llevarte. Necesitas descansar un poco y comer algo. No le servirás de nada a Angelo si te derrumbas físicamente –añadió, cortando en seco las obvias intenciones de protestar de su tía.

A pesar de su renuencia a marcharse, Dorotea asintió como si estuviera acostumbrada a que su sobrino se hiciera cargo de las situaciones.

–¿Me llamarás si se produce algún cambio?

–Por supuesto. Vete tranquila –dijo Drago mientras la acompañaba hacia la puerta.

Al ver que se quedaba a solas con Angelo, Jess se sentó en el borde de la cama. Las lágrimas volvieron a atenazar su garganta. Era terrible pensar que a lo mejor no salía de aquella.

–Hola, Angelo... –murmuró–. ¿Qué te has hecho? –era difícil saber qué decir, pero, tras un momento de duda, continuó–: Los compañeros de trabajo te echan de menos. Gaz dice que preparas el mejor té del mundo. Casi hemos acabado el trabajo de Connaught Road. Solo me quedan por instalar los zócalos.

Se sentía cómoda hablando del trabajo y siguió hablando un rato, pero no pudo evitar sentirse decepcionada al ver que Angelo no reaccionaba.

Un ligero sonido a sus espaldas le hizo comprender que Drago había regresado y se volvió a mirarlo.

–Me temo que mi presencia no le ha servido de nada. No ha reaccionado en lo más mínimo.

–No podemos esperar milagros. Solo podemos seguir intentándolo –Drago se acercó a la cama, tratando de no sentirse decepcionado. Había puesto demasiada fe en el posible efecto de la presencia de Jess, pero estaba desesperado... y sí que había esperado un milagro–. He escuchado algo de lo que has dicho, y admito que me cuesta imaginar que seas decoradora. No tienes aspecto de dedicarte a un trabajo manual.

–Soy más fuerte de lo que parezco –dijo Jess con un encogimiento de hombros.

De no ser por la llamada que había recibido hacía unos momentos del detective que había contratado, Drago se habría dejado camelar por la preocupación que aquella mujer parecía sentir por el estado de Angelo. Pero la confirmación de que era una ladronzuela que había sido acusada de fraude unos años antes aumentaba las sospechas de que había utilizado algún medio ilegal

para echar mano de la herencia de Angelo. Si era necesario, Drago estaba totalmente dispuesto a pagarle con la misma moneda para recuperar el dinero.

Capítulo 3

Jess apartó la mirada de Drago, deseando no encontrar su presencia tan inquietante. Se había quitado la chaqueta, y la camisa negra que llevaba moldeaba su amplio pecho.

Se inclinó hacia la cama y tomó la mano yerta de Angelo en la suya.

–Puede que reaccione si le sigo hablando.

–No es probable que suceda nada esta noche –dijo Drago con aspereza. No entendía por qué le molestaba ver a Jess tomando la mano de su primo. Ella había negado que fueran amantes, pero quién sabía qué métodos habría usado para lograr que Angelo le entregara su herencia.

Miró su reloj y vio que era más de medianoche. No recordaba la última vez que había dormido, y le dolía la cabeza.

–He organizado las cosas para que una enfermera se quede con Angelo durante el resto de la noche. Vamos a casa a dormir un rato y volveremos mañana por la mañana.

A Jess no le agradaba la idea de quedarse en el hospital, pero prefería eso a acompañar a Drago a su casa.

–¿Estás casado? –preguntó casi con brusquedad.

–No. ¿Por qué lo preguntas?

–Solo he pensado que no sería justo molestar a tu esposa… y a tus hijos, si los tuvieras.

–Pues no los tengo.

–A pesar de todo, no me importa quedarme aquí. Dormiré en el sillón si es necesario. O también puedo ir a un hotel. Seguro que hay uno cerca del hospital.

Drago negó con la cabeza.

–Ya he pedido al servicio que preparen una habitación para ti –al ver que Jess parecía reacia a aceptar su oferta, añadió con más suavidad–: No irás a rechazar mi hospitalidad, ¿no, Jess? Habiéndote traído casi a rastras a Italia, lo menos que puedo hacer es ofrecerte un lugar cómodo en que alojarte.

Jess sintió que tras la persuasiva sonrisa de Drago había una voluntad de acero. Y lo cierto era que se sentía tan cansada que apenas podía pensar con claridad. La idea de salir en busca de un hotel no resultaba especialmente atractiva.

–De acuerdo –murmuró–. Gracias.

–Bien –dijo Drago, satisfecho. Hasta que averiguara la verdad sobre Jess Harper quería saber dónde estaba cada minuto del día y

la noche.

Salieron del hospital por una puerta trasera para evitar a los periodistas. Una vez en el coche, Jess se apoyó contra el respaldo del asiento y cerró los ojos. Aún no había reaccionado del todo a lo sucedido, y una parte de ella se preguntaba si iba a despertar en cualquier momento y descubrir que su vida había vuelto a la normalidad.

Debió de quedarse adormecida, porque despertó sobresaltada al escuchar la voz de Drago.

–Despierta. Hemos cruzado el puente y vamos a cambiar el coche por un barco.

Jess miró a su alrededor y vio que se hallaban junto a un puerto deportivo.

–No hay carreteras en las islas que conforman la ciudad de Venecia –explicó Drago mientras avanzaban unos metros por un pequeño malecón antes de embarcar en una pequeña lancha fueraborda.

Drago la ayudó a entrar y debió de notar el estremecimiento de Jess cuando la tomó de la mano, porque se quitó enseguida la chaqueta.

–Toma... ponte esto.

No queriendo mostrarse desagradecida, Jess dejó que se la echara por los hombros. Las impresionantes vistas de Venecia bajo la luz de la luna la hicieron salir de su ensimismamiento.

–Qué edificio tan precioso –murmuró mientras la lancha avanzaba lentamente hacia una casa grande y elegante con cuatro hileras superpuestas de ventanas en forma de arco y varios balcones–. Parece un palacio medieval.

–Eso es lo que es. Fue construido en el siglo XV por uno de mis antepasados, y ha pertenecido a la familia Cassari desde entonces. Se llama Palacio de Invierno porque la familia solía pasar aquí el invierno, y la primavera y los veranos en una casa en los Alpes –explicó Drago mientras sujetaba la lancha al muelle con una cuerda–. Dame la mano –le ordenó a continuación.

Jess obedeció, reacia, y volvió a sentir una especie de descarga eléctrica cuando sus manos se tocaron.

–¿Angelo vive aquí? –preguntó sin mirar a Drago.

–Tiene un apartamento en una de las alas del palacio. Mi tía y mi madre ocupan otra ala. He dicho al servicio que no espere despierto –explicó tras subir las escaleras de la entrada y abrir una gran puerta de madera labrada–. Todos quieren mucho a Angelo y los últimos días han sido duros.

El vestíbulo era enorme, y sus pasos resonaron por el pasillo de mármol y la escalera circular que ascendía desde el centro de la

casa.

–Este es tu dormitorio –dijo Drago, que se detuvo al final de un largo pasillo.

Cuando abrió la puerta, Jess no pudo contener un pequeño gritito de sorpresa. Al margen de las impresionantes dimensiones del cuarto, se quedó asombrada al ver que el techo estaba decorado con una serie de frescos que representaban personajes de la mitología romana.

–Menos mal que no trabajo de decoradora en Venecia –murmuró–. ¿Cómo diablos eran capaces de pintar algo tan exquisito ahí arriba?

La enorme cama que dominaba un lateral de la habitación estaba cubierta por una colcha de satén azul, y las cortinas que cubrían los ventanales eran de la misma tela. Cuando Jess se asomó a una de ellas vio que daba a uno de los famosos canales de Venecia.

–No entiendo porqué me hizo creer Angelo que su familia no tenía dinero. ¿Sería alguna clase de broma? –le dolía que Angelo le hubiera mentido, pero le dolía aún más haberse dejado engañar. Si algo había aprendido de Seb era que no debía fiarse nunca de nadie.

–Yo tampoco lo entiendo –dijo Drago.

Alertada por un extraño matiz en su tono, Jess se volvió y lo encontró justo tras ella. Una vez más se sintió conmocionada por su altura y su musculoso físico. Al mirarlo al rostro captó un destello de incomodidad en su severa expresión.

–No entiendo por qué motivo se haría pasar por un indigente –añadió él con dureza–. Mi primo es una persona intrínsecamente honesta. Sin embargo, sospecho que tú eres una mentirosa, Jess Harper.

–¿Disculpa? –Jess se preguntó si habría escuchado bien, pero no vio una actitud precisamente amistosa en la dura mirada que le dedicó Drago–. No soy ninguna mentirosa –añadió, enfadada.

–En ese caso, supongo que podrás explicarme cómo persuadiste a mi primo para que te diera un millón de libras.

Jess se quedó momentáneamente boquiabierta.

–Angelo nunca me dio nada. No tenía un penique y habría pasado hambre si yo no le hubiera pagado la comida –apartó un mechón de pelo de su frente con mano temblorosa, sintiendo que se estaba hundiendo en una pesadilla–. Esto es una locura. No entiendo nada. ¿Por qué crees que Angelo me dio esa increíble cantidad de dinero?

–Porque le dijo a su madre que lo había hecho. Mi tía se preocupó mucho cuando supo que a través del asesor financiero de Angelo que este había retirado toda su fortuna del banco. Cuando lo

interrogó al respecto, Angelo dijo que te lo había dado a ti.

–Eso no es cierto –replicó Jess en tono tajante–. No sé nada sobre ningún dinero.

Drago entrecerró los ojos. Esperaba que lo negara, pero le sorprendió lo convincente que parecía. ¿Quería creerla porque estaba intrigado por su belleza?

–Yo creo que sí –dijo ásperamente–. También creo que sabías perfectamente quién era Angelo. Admito que aún no entiendo bien qué ha pasado, pero estoy seguro de que lo convenciste de algún modo para que te entregara su fortuna. No sé cómo lo hiciste, pero pienso averiguarlo, y te advierto que estoy dispuesto a utilizar todos los medios a mi alcance para asegurarme de que devuelvas el dinero.

–¡Esto es indignante! –espetó Jess, incrédula ante las asombrosas acusaciones de Drago–. No tengo por qué escuchar esta sarta de absurdas fantasías –añadió a la vez que se apartaba de él y se encaminaba con paso firme hacia la puerta.

Pero las siguientes palabras de Drago la hicieron pararse en seco.

–¿También es una fantasía que hace años fuiste condenada por fraude? –preguntó mientras ella se giraba en redondo hacia él–. El detective que he contratado para investigarte lo averiguó.

Jess se estremeció ante la frialdad de la oscura mirada de Drago.

–No es lo que parece –murmuró.

–Te encontraron culpable. Pero solo te condenaron a realizar una serie de tareas sociales porque tenías diecisiete años.

A pesar de que no tenía por qué, Jess se sintió terriblemente avergonzada. La acusación de fraude fue un error, pero nadie la creyó. Seb se aseguró de ello, pensó con amargura. La consideraron culpable de un delito que cometió sin ser consciente de ello, engañada por el hombre al que había amado y que le había dicho que la correspondía.

La arrogante expresión de Drago le hizo sentir deseos de esconderse en un rincón. En ese momento comprendió que las atentas miradas que le había dedicado se debían a que la consideraba una criminal, no a que se sintiera atraído por ella.

–No sé nada sobre el dinero de Angelo –insistió–. No es justo que me acuses de eso por algo que sucedió hace años.

Para su sorpresa, Drago asintió.

–Tienes razón. No soy yo quien tiene que averiguar la verdad. Ese es trabajo de la policía, y estoy seguro de que, cuando te entregue a ellos mañana, establecerán si eres culpable o inocente –alzó las cejas al ver que Jess contenía el aliento–. Me pregunto por qué te preocupa tanto que mencione a la policía…

–No me preocupa –mintió Jess.

No tenía nada que ocultar, pero el recuerdo de la ocasión en que la arrestaron y el claustrofóbico terror que experimentó cuando la encerraron en una celda la hacían temblar.

Drago se encaminó hacia la puerta.

–En cualquier caso, tienes unas horas para encontrar una explicación respecto a la desaparición de la herencia de Angelo. *Buonanotte*, Jess. Yo que tú trataría de dormir un rato. Mañana necesitarás estar en forma.

Jess se sintió totalmente conmocionada cuando oyó que, tras salir, Drago cerraba la puerta con llave.

–¡Eh! –exclamó, incrédula–. ¡Déjame salir de aquí! ¡No tienes derecho a encerrarme!

–La herencia desaparecida de mi primo me da todo el derecho del mundo –replicó Drago–. Y, por cierto, puedes hacer todo el ruido que quieras... porque nadie te escuchará. Mi habitación está al otro extremo del pasillo, y el alojamiento del servicio en el otro lado de la casa.

Si aquello era una pesadilla, resultaría útil despertar antes de llevar a cabo su loco plan de escape, pensó Jess veinte minutos después. Pero la brisa nocturna que acarició su piel cuando salió al balcón le hizo comprender que no estaba en un sueño. Era una suerte que la habitación estuviera en la segunda planta de la casa, y no en la última, a pesar de que la distancia hasta el suelo aún parecía bastante considerable.

Pero la perspectiva de ser interrogada por la policía y tener que convencerlos de que no sabía nada del dinero le producía un miedo intenso. La única persona que podía limpiar su hombre era Angelo, pero, dado que estaba en coma, no podía hacerlo.

Sintió que se acaloraba al pensar en Drago. ¿Cómo se había atrevido a encerrarla en su casa? Su enfado sirvió para atemperar sus nervios mientras comprobaba que las sábanas que había atado a la balaustrada aguantaban su peso. Sin pensárselo dos veces, pasó al otro lado de la barandilla.

Era una suerte que estuviera acostumbrada a subirse a andamios, pero cuando miró hacia abajo y vio la distancia que había hasta el suelo, se quedó momentáneamente paralizada. Decidió seguir bajando sin mirar, estimulada al pensar en la sorpresa que iba a llevarse Drago al día siguiente.

–¿Nos abandona tan pronto, señorita Harper? –preguntó en aquel momento una conocida voz desde abajo.

Jess se llevó tal susto que soltó la sábana, y acabó aterrizando en

brazos de Drago, que la retuvo contra su pecho.

–*Santa Madonna!* ¿Te has vuelto loca? –gruñó mientras la dejaba en el suelo–. Podrías haberte matado –dijo a la vez que alzaba la mirada hacia el balcón–. Solo puedo deducir que sabes más de lo que dices sobre la herencia de Angelo y que estabas dispuesta a arriesgar tu vida para huir de mí.

–Me niego a ser retenida contra mi voluntad por un sabueso aficionado que me acusa de ser una ladrona sin tener ninguna prueba –espetó Jess–. He venido a Italia porque quería ayudar a Angelo, pero si te crees que voy a quedarme aquí escuchando cómo me acusas e insultas, estás muy equivocado. En lugar de perseguirme, deberías preguntarte por qué parecía tan preocupado tu primo mientras estaba en Londres. Se notaba que le preocupaba algo, pero no quiso confiar en mí... ni en ti, según parece. Ya sé que dijiste que lo consideras como un hermano pequeño, pero parece que no pensabas en él lo suficiente. Si lo hubieras hecho, habrías notado que algo andaba mal.

La expresión de Drago se ensombreció.

–Tú no sabes nada sobre mi relación con mi primo –dijo, molesto por la crítica de Jess porque sabía que había algo de verdad–. ¿Adónde crees que vas? –espetó al ver que ella se apartaba de él con su mochila a la espalda.

–A casa –Jess agitó su pelirroja melena a la vez que sus ojos verdes parecían destellar–. He decidido saltarme el placer de tu hospitalidad –añadió con ironía–. Limítate a decirme dónde está el aeropuerto más cercano y me iré.

–Ni hablar. Dijiste que te quedarías hasta que Angelo recuperara la consciencia.

–Eso fue antes de saber lo arrogante y matón que eres.

Jess alzó la voz, atrayendo la atención de un grupo de turistas que cruzaban el canal por un puente cercano a la casa. Por su acento, Drago supo enseguida que eran estadounidenses. Vio que Jess volvía la mirada hacia ellos y captó su expresión de alivio cuando se dio cuenta de que hablaban inglés. Era muy fácil leer su mente. Tratando de bajar por el balcón ya había demostrado que poseía una gran determinación, de manera que solo se le ocurrió una forma de evitar que hiciera una escena. Sin darle tiempo a comprender sus intenciones, la estrechó entre sus brazos y reprimió su gritito besándola en los labios.

Como esperaba, Jess se tensó de inmediato y un segundo después lo golpeó con el puño cerrado en las costillas. Ya debería haber deducido que con aquel vibrante pelo y aquellos ojos verdes reaccionaría como una fiera, pero la sensación de su pequeño cuerpo retorciéndose contra él hizo que le hirviera la sangre y que

aflorara su orgullo. No estaba acostumbrado a que las mujeres se le resistieran. La mayoría de las que conocía estaban deseando que se las llevara a la cama.

Jess había acusado a Drago de ser un matón, pero no esperaba que decidiera demostrar que efectivamente lo era besándola a la fuerza. Le enfurecía que hubiera decidido utilizar su altura y su fuerza para controlarla. La estaba sujetando con tal firmeza que apenas podía moverse, y menos aún lanzarle otro puñetazo, pero la sensación de su cálido cuerpo y de la fricción creada mientras trataba de apartarse de él estaba haciendo que sus pezones se excitaran.

¿Qué le pasaba? ¿Cuándo se había transformado en deseo su determinación de marcharse de allí? Una extraña lasitud se estaba apoderando de ella, haciendo que sus delicadas curvas se fundieran contra la dureza de los muslos de Drago mientras la naturaleza del áspero beso que le estaba dando empezaba a cambiar. Sus labios ya no exigían su sumisión, sino que empezaron a persuadirla a base de delicadeza. Su aliento le llenó la boca cuando entreabrió los labios y enseguida pudo sentir y saborear su lengua cuando penetró con ella en la húmeda cavidad de su interior. Aquella delicadeza resultó totalmente inesperada y seductora. Creía que nunca iba a volver a experimentar deseo, pero cuando Drago apoyó una mano en su trasero y la atrajo hacia sí para hacerla entrar en contacto directo contra la evidencia de su poderosa erección, dejó escapar un involuntario gemido a la vez que deslizaba las manos hasta sus hombros y lo besaba con una ardiente pasión que llevaba demasiado tiempo dormida en su interior.

–¿Lo ves, cariño?; ya te había dicho que solo eran dos enamorados teniendo una pelea...

La voz de uno de los turistas rompió el silencio reinante. Sus risas se perdieron por una de las callejuelas que bordeaban el canal, pero el comentario hizo que Jess volviera a la realidad. Cuando se apartó de Drago, agradeció que este no tratara de retenerla. La luna iluminó las duras líneas de sus pómulos y su tensa expresión.

–Esto no debería haber sucedido –dijo él con aspereza.

Jess se sintió inexplicablemente dolida por sus palabras. Por supuesto que aquel beso no debería haber sucedido, pero con aquel comentario Drago la hizo sentirse rebajada, y el desprecio que había en su tono era un vergonzoso recordatorio de la baja opinión que tenía de ella.

Trató de pensar en algo sarcástico que decir, pero nunca se le habían dado bien las palabras. Tenía que irse de allí antes de empezar a sentirse aún peor. Giró sobre sí misma y se encaminó con paso firme hacia el puente, la única ruta de escape del palacio. Un

instante después Drago le bloqueaba el paso.

–Vuelve a la casa –le ordenó.

–Supongo que estás bromeando –ansiosa por alejarse de él, Jess corrió por el embarcadero hacia donde estaba amarrada la lancha, pero enseguida se dio cuenta de la tontería que estaba haciendo. Ni siquiera sabía cómo ponerlo en marcha.

Al mirar por encima del hombro y ver que Drago la seguía, supo que estaba atrapada.

–¡Déjame en paz! –dijo a la vez que alzaba una mano para mantenerlo alejado.

–No tengo intención de hacerte ningún daño –dijo Drago–. Jess... ¡cuidado!

Pero la advertencia llegó demasiado tarde. Jess no se había dado cuenta de lo cerca que estaba del borde del embarcadero y, con un grito angustiado, cayó en las oscuras profundidades del canal.

Capítulo 4

Jess se estaba ahogando. El agua invadió su boca y su nariz mientras se hundía. Estaba tan fría que se le entumecieron los miembros y el cerebro. El instinto de supervivencia la hizo luchar desesperadamente contra la negritud que la envolvía. La mochila tiraba de ella hacia abajo. Aterrorizada, se la quitó como pudo.

Entonces, milagrosamente, algo tiró de ella hacia la superficie y pudo llenar de nuevo sus pulmones del anhelado oxígeno.

–¡No sé nadar! –exclamó, asustada ante la idea de volver a hundirse.

–No pasa nada. Ya te tengo. ¡Santo cielo! Deja de moverte como un pez atrapado y podré sacarte.

Unas poderosas manos tiraron de ella y la dejaron sobre el embarcadero. Medio asfixiada por la fétida agua que había tragado, Jess necesitó unos momentos para sobreponerse al terror que había experimentado. Luego se apartó un mechón de húmedo pelo de la frente y miró a Drago.

–Claro que me estaba moviendo como un pez atrapado... Creía que me iba a ahogar.

–Puedes darme las gracias por salvarte más tarde –dijo Drago en tono irónico, pero frunció el ceño al ver que los dientes de Jess empezaban a castañetear. El agua del canal estaba fría, pero estaba seguro de que los estremecimientos que recorrían su cuerpo se debían más a la conmoción que al frío. Sin decir nada más, se inclinó para tomarla en brazos, haciendo caso omiso de sus protestas.

–¿Y mi mochila? Se ha hundido en el canal...

–Y allí va a seguir... a menos que quieras volver a tirarte al agua para rescatarla.

–Ya te he dicho que no sé nadar –Jess contempló el implacable rostro de Drago con frustración creciente–. Llevo el pasaporte en la mochila.

–En ese caso es una suerte que no vayas a necesitarlo, al menos hasta que Angelo recupere la conciencia y se aclare el asunto del dinero perdido.

–No puedes... obligarme a quedarme –Jess tuvo que esforzarse para hablar a pesar de los temblores que recorrían su cuerpo.

–No sé cómo vas a poder irte sin el pasaporte –fue la lacónica respuesta de Drago–. Y ahora estate quieta. Ya me has mojado bastante. Eres resbaladiza como una anguila.

Jess sabía que debería seguir luchando, pero se sentía cansada y tenía frío, y ser transportada en los fuertes brazos de Drago resultaba peligrosamente seductor.

Tras entrar en la casa, Drago subió con ella las escaleras como si no pesara más que una pluma. Tras abrir una puerta empujándola con un hombro entró en una habitación que, según Jess dedujo, debía de tratarse del dormitorio principal. Su mirada se vio inmediatamente atraída hacia la enorme cama con dosel que se hallaba a un lado.

–¿Por qué me has traído aquí? –preguntó, asustada–. Me gustaría volver a mi habitación.

–De eso nada. No pienso pasarme la noche vigilando por si decides volver a escapar por la ventana.

–¿Qué haces? –añadió al ver que Drago entraba con ella en el baño y la dejaba en el cubículo de la ducha. Se quedó boquiabierta cuando abrió el agua y un chorro de agua templada cayó sobre ella.

–¿Necesitas ayuda para desvestirte?

–¡No! –exclamó Jess, indignada por la burlona sonrisa de Drago. Siguió la dirección de su mirada y se quedó horrorizada al comprobar que su empapada camiseta se había transformado en un auténtico escaparate de sus excitados pezones–. ¡Vete al diablo! –murmuró, odiándolo a él, pero más aún a su traidor cuerpo.

Inesperadamente, la acongojada mirada de Jess hizo que Drago sintiera una punzada de remordimiento. Ser consciente de que era posible que sintiera miedo de él resultaba incómodo. La idea de asustar a una mujer le resultaba detestable, pero lo cierto era que se había comportado como un bruto.

–Permanece bajo el agua hasta que entres en calor. Voy a buscarte algo de ropa.

Diez minutos después, cuando Jess se asomó con cautela tras la pantalla opaca de la ducha, se sintió aliviada al comprobar que estaba sola. Había una pila de toallas sobre una banqueta y de la puerta colgaba una camisa blanca que debía de pertenecer a Drago.

La camisa era tan grande que le llegaba hasta la mitad de los muslos. Tras secarse el pelo con el secador que había en la pared decidió que ya no podía retrasar más su salida del baño. Lo primero que notó al abrir la puerta fue que Drago se había quitado la ropa y se había puesto una bata azul marino que revelaba una amplia extensión de su moreno y fuerte pecho.

–¿Te sientes mejor? –preguntó cuando la vio.

Jess asintió y permaneció muy quieta mientras Drago avanzaba hacia ella con una copa en la mano.

–Bebe esto. Un poco de coñac te reconfortará.

–No, gracias. Nunca bebo –Jess se apartó de él como si el olor a

alcohol la ofendiera.

–No trato de envenenarte.

–Lo siento –Jess se ruborizó al comprender que su gesto había sido casi grosero–. Odio el alcohol. Su olor me recuerda…

–¿A qué te recuerda? –insistió Drago, desconcertado por su reacción.

–A nada –Jess se mordió el labio al ver que Jess seguía esperando una respuesta–. Mi padre solía beber… mucho. Era un alcohólico. Bebía sobre todo ron, pero no era especialmente quisquilloso al respecto. Consumía cualquier cosa y la casa siempre apestaba a alcohol.

Drago dudó, sin saber por primera vez en su vida qué decir. Jess había dicho aquello en un tono muy inexpresivo, pero sentía que estaba manteniendo un férreo control sobre sus emociones.

–Has dicho que tu padre solía beber. ¿Significa eso que ya lo ha dejado?

–Está muerto. Murió cuando yo tenía once años.

–Eso debió de ser duro para ti…

Jess se encogió de hombros.

–Para ser sincera, no era un gran padre. No lo recuerdo sobrio, y solía gastarse todo el dinero en beber, de manera que nunca había demasiado que comer en casa –volvió a hablar en tono despreocupado, pero la expresión de sus ojos se endureció visiblemente.

–¿Y tu madre? ¿También bebía?

–No creo. Murió cuando yo era un bebé y no la recuerdo.

Drago frunció el ceño y se preguntó por qué sentía aquel interés. No debería importarle nada el pasado de Jess, pero no lograba apartar de su mente la imagen de ella como una niña mal alimentada y por la que no se había preocupado nadie.

–¿Quién se ocupó de ti tras la muerte de tu padre?

–Fui a un hogar de acogida, que no estuvo tan mal. Al menos comía todos los días –el irónico bostezo de Jess se transformó en un bostezo–. Lo siento, pero estoy agotada. Ha sido un día muy ajetreado –añadió, recalcando la última palabra.

–En ese caso, métete en la cama –dijo Drago a la vez que apartaba la colcha a un lado.

El corazón de Jess latió más rápido ante la visión de las sábanas de seda. ¿Esperaba Drago que se acostara con ella? La idea resultaba escandalosa, y sin embargo… Lo miró de reojo y su corazón pareció detenerse un instante al captar la depredadora mirada de sus ojos. Comprender que no había imaginado la química sexual que había entre ellos resultó aterrador.

–No pienso acostarme contigo –dijo con toda la firmeza que

pudo–. ¿Por eso me has dado coñac? ¿Para volverme más dócil?

–¿Dócil? –repitió Drago con una áspera risa–. Dudo que conozcas el significado de esa palabra. Y, para tu información, nunca he tenido que emborrachar a una mujer para persuadirla de que se acueste conmigo –contempló el ruborizado rostro de Jess. Tenía mucho mejor aspecto que cuando la había sacado del canal, y no era precisamente el miedo lo que estaba haciendo visible el errático pulso en la base de su cuello–. No creo que necesitara la ayuda del alcohol para lograr meterte en mi cama, querida –añadió burlonamente–. Por tu reacción cuando te he besado hace un rato, tengo la impresión de que podría tomarte cuando me apeteciera –ignoró la enérgica negativa de la cabeza de Jess y añadió en tono implacable–: Pero una mujer acusada de fraude no es precisamente mi amante ideal. No tengo intención de compartir la cama contigo. El único motivo por el que vas a dormir aquí es que las sábanas de tu cuarto han quedado inutilizadas después de tu intento de huida y no pienso despertar al servicio para que saque otras limpias. Voy a pasar la noche en el sofá del vestidor.

Mientras se alejaba, la expresión anonadada de Jess le produjo cierta satisfacción. Era la mujer más loca e irritante que había conocido en su vida, se dijo. Pero cuando se tumbó en el sofá no consiguió conciliar el sueño a pesar del cansancio, y su cuerpo se tensó de frustración sexual mientras recordaba la suavidad de los labios de Jess bajo los suyos.

El sonido de alguien llamándola hizo salir a Jess del profundo sueño en que se encontraba sumida, y fue vagamente consciente de que alguien le acariciaba el rostro. Al abrir los ojos y ver el rostro de Drago, se sintió instantáneamente despejada.

Estaba superatractivo con el traje oscuro con camisa blanca que vestía, y se notaba que acababa de afeitarse. Pero sus sensuales labios no sonreían, y, al recordar todo lo sucedido el día anterior, el temor volvió a adueñarse de Jess.

–¿Hay noticias sobre Angelo?

–No hay novedad –la informó Drago escuetamente–. Cuando te levantes y hayas desayunado, iremos al hospital. Sigo creyendo que eres la mejor esperanza con que contamos.

Drago tuvo que hacer un esfuerzo para apartarse de la cama y no meterse entre las sábanas con Jess. Le recordaba a una gatita dormida, acurrucada bajo las mantas, con el pelo extendido sobre la almohada y aquellos ojos verdes que lo observaban tras sus largas pestañas. Al contemplar su precioso rostro, había cedido a la tentación de deslizar un dedo por su arrebolada mejilla.

Mascullando una maldición, se encaminó al ventanal del dormitorio y abrió las cortinas.

–De hoy en adelante dormirás en la habitación contigua a la mía. No tiene balcón, así que me temo que no podrás volver a intentar una maniobra de escape –dijo con ironía–. También he pedido que te envíen algo de ropa, ya que la tuya se hundió ayer en el canal.

Jess decidió no mencionar que lo consideraba culpable de la pérdida de su ropa. No le convenía enfrentarse directamente a él tras su amenaza de entregarla a la policía. Cuando Angelo recuperara la consciencia y explicara que no le había dado su dinero, Drago le debería una disculpa en toda regla, pero, de momento, y teniendo en cuenta que no tenía pasaporte, no le quedaba más remedio que permanecer en Venecia con él.

–Gracias –murmuró–. Si me das el recibo de la ropa, te pagaré lo que te debo, por supuesto.

Las palabras de Jess sonaron totalmente sinceras, y parecía tan inocente... Drago se preguntó si se estaría equivocando respecto a ella. Pero Angelo le había dicho a su madre que había entregado a Jess su herencia, y el detective había confirmado que esta tenía una ficha policial por fraude. No podía dejarse engañar por su aspecto, se dijo con firmeza.

–No hace falta que pagues por la ropa, porque es mía.

Jess abrió los ojos de par en par.

–En ese caso, o te gusta practicar el transformismo, o voy a tener un aspecto bastante raro vestida con la ropa de un hombre de un metro noventa.

Drago permaneció unos instantes perplejo, pero enseguida echó la cabeza atrás y rompió a reír.

–Te aseguro que no tengo afición a vestirme de mujer y llevar tacones.

Al ver que los labios de Jess se curvaban en una traviesa sonrisa, comprendió que le había estado tomando el pelo. Aquello era una novedad. No estaba acostumbrado a relacionarse con mujeres con sentido del humor; la mayoría de las que conocía se tomaban demasiado en serio a sí mismas.

–La ropa pertenece a la colección de Cassa di Cassari –explicó–. La nueva línea no estará disponible en las tiendas hasta el próximo mes, pero el diseñador ha enviado algunas muestras para ti.

Su teléfono sonó en aquel momento, rompiendo la curiosa conexión que se había establecido brevemente entre ellos. Pero dirigía un negocio internacional que exigía su constante atención, y no tenía tiempo para dejarse distraer por una llamativa pelirroja cuya dulce sonrisa le afectaba más de lo que resultaba conveniente.

Llevaban horas en el hospital, pero Angelo no daba muestras de reaccionar. Jess se levantó de la silla que ocupaba junto a la cama para estirar las piernas.

Mientras se encaminaba al dispensador de agua fue muy consciente del par de ojos que la siguieron. La madre de Angelo no se había mostrado más amable con ella que el día anterior, y no le había dirigido la palabra. Probablemente creía que era cierto que había engatusado a su hijo para que le entregara su herencia. Cuando Angelo despertara iba a tener que dar un montón de explicaciones.

Consciente de que Drago también la estaba mirando, deslizó instintivamente una mano por la falda color crema que había encontrado entre la ropa que le habían facilitado. Hacía años que no se ponía una falda, y se sentía excesivamente vestida con aquella y la delicada blusa blanca con que la había acompañado.

–Necesito tomar un poco el aire –anunció Drago con brusquedad a la vez que se levantaba. Miró a Jess, pero su expresión era impenetrable–. Vamos a tomar un café. Necesitas un descanso –insistió al ver que ella iba a protestar–. Llevas casi cuatro horas hablando con Angelo y cantándole canciones –añadió a la vez que miraba la guitarra apoyada junto a la cama.

–He venido para tratar de ayudar –replicó Jess, ruborizada. Había cantado un par de canciones mientras Drago salía a hablar por teléfono, y le avergonzó pensar que hubiera podido escucharla a través de la puerta.

–Esperemos que recupere pronto la consciencia y, si lo hace, será en gran parte gracias a ti –dijo Drago.

No podía evitar sentirse impresionado por los esfuerzos de Jess para despertar a su primo. Apenas se había apartado de la cama desde que había llegado al hospital, y no había parado de hablar hasta quedarse ronca. La duda de si Angelo y ella habían sido amantes volvió a surgir en su mente. Jess lo había negado, había dicho que solo eran amigos, pero era demasiado bonita como para descartar así como así la posibilidad de que hubiera seducido a un ingenuo e inexperto Angelo.

Cuando llegaron a la cafetería pidió dos cafés en la barra y los llevó a la mesa que había ocupado mientras Jess. Al dejar la taza ante ella le pareció especialmente pensativa.

–¿Sucede algo?

–Ojalá no estuviera mi teléfono en el fondo del canal –dijo Jess con pesar–. Me gustaría llamar a Mike, mi capataz, para asegurarme de que el trabajo que tenemos entre manos se acabe a tiempo. A los

clientes no les gustan nada los retrasos, y es importante que la compañía conserve su buena reputación –apartó un mechón de pelo de su frente antes de continuar–. ¿Tienen idea los médicos de cuándo podría recuperar Angelo la consciencia? Quiero quedarme a ayudar, pero también tengo una responsabilidad con mi cuadrilla en Londres. Si no logro que terminemos a tiempo se quedarán sin trabajo.

Drago tomó un sorbo de su café y la miró con expresión especulativa.

–Tengo entendido que tu negocio estuvo a punto de irse a la quiebra hace unos meses, ¿no?

–¿Cómo sabes eso? –preguntó Jess, sorprendida y a continuación enfadada–. Supongo que te lo dijo el detective que contrataste.

Drago no lo negó.

–Sé que ingresaste veinte mil libras en la cuenta de la compañía para saldar sus deudas. No puedo evitar pensar en lo conveniente que resultó que adquirieras esa suma de dinero a tiempo para salvar el negocio.

–Si crees que obtuve el dinero de Angelo, te equivocas –dijo Jess con firmeza.

–Entonces, ¿de dónde lo sacaste? También podrías explicarme de paso cómo es que vives en un apartamento de lujo que no creo que pueda permitirse alguien con tu trabajo.

Jess se quedó asombrada al comprobar cuánta información tenía sobre ella y se sintió de algún modo ultrajada.

–No tengo por qué explicarte nada, pero lo cierto es que heredé el dinero.

–¿Estás diciendo que recibiste una herencia? –dijo Drago con expresión incrédula–. ¿De quién heredaste? Me dijiste que tu padre se gastaba todo el dinero en bebida.

–Él no me dio nunca nada... ni siquiera su afecto –dijo Jess con amargura–. ¿Tienes idea de lo que es crecer siendo la única en la clase que no llevaba la ropa limpia, o la única que no iba a las excursiones porque mi padre estaba demasiado borracho como para firmar el permiso? –apretó los labios, sorprendida por su propia reacción. Ella nunca hablaba de su infancia–. Claro que no lo sabes. Tú naciste en una familia con dinero y seguro que te querían –bajó la mirada–. No supe realmente lo que era una familia hasta que cumplí los diecisiete, cuando fui a vivir con una maravillosa pareja que ya tenía experiencia ayudando a adolescentes conflictivos. Ted y Margaret hicieron que mi vida cambiara. Desafortunadamente están muertos, y hace seis meses supe que era la beneficiaria del testamento de Margaret.

La emoción del tono de Jess conmovió a Drago. Le habían

conmocionado sus revelaciones sobre su pasado y estaba claro que le resultaba doloroso hablar de este.

–En cuanto a lo de vivir en una propiedad cara –continuó Jess–, llegué a un acuerdo con una promotora inmobiliaria que me permite vivir en sus propiedades sin pagar a cambio de que las renueve y decore. En cuanto el trabajo está terminado, cambio de alojamiento para que pueda alquilarse –lanzó a Drago una mirada desafiante–. Estás equivocado sobre mí, y cuando Angelo despierte y explique dónde está su dinero, espero una disculpa por tu parte.

La arrogante expresión de Drago no se suavizó.

–No estoy equivocado sobre tu ficha policial. Es un hecho que fuiste condenada por fraude.

–Tenía diecisiete años y era muy ingenua –protestó Jess–. Me la jugaron y no era consciente de estar cometiendo un delito.

–¿Quién te la jugó?

–¿Qué sentido tendría que te lo contara? Tú ya me has juzgado. La única persona que podría exonerarme es Angelo.

La estridente llamada del móvil de Drago sobresaltó a ambos. Él frunció el ceño al ver destellando en la pantalla el número del especialista que llevaba el caso. Tras una breve y tensa conversación en italiano, Drago colgó y miró a Jess.

–Angelo acaba de despertar y ha preguntado por ti.

Capítulo 5

Ante la puerta de la unidad de cuidados intensivos los aguardaba una mujer elegantemente vestida que Drago presentó rápidamente a Jess como su madre. Luisa Cassari sometió a Jess a una severa mirada.

–Pensaba que la nueva línea de ropa no estaría en el mercado hasta mayo, pero veo que la señorita Harper ya lleva uno de los modelos.

–Ha sido necesario surtir a Jess de algo de ropa porque ayer perdió sus pertenencias.

Luisa Cassari arrugó el ceño.

–¿Y cómo los perdió?

–Um... caí al canal –Jess sintió que el rostro le ardía–. Es una larga historia –murmuró.

–Y muy intrigante, estoy segura.

A continuación madre e hijo entablaron una rápida conversación en italiano y a Jess le sorprendió comprobar que Drago parecía un tanto incómodo.

–Ahora debemos concentrarnos en Angelo –dijo finalmente Drago a su madre en inglés. Luisa apretó los labios, pero no dijo nada más mientras su hijo apoyaba la mano en un hombro de Jess y la empujaba con suavidad hacia la cama.

Dorotea sostenía la mano de Angelo mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Drago se dirigió al médico que estaba al otro lado de la cama.

–¿Qué ha pasado?

–Ha despertado hace unos minutos y ha preguntado por su madre. Está lúcido y sus signos vitales son buenos –el doctor miró a Jess–. También ha murmurado su nombre. Creo que lo ayudaría escuchar su voz.

Muy consciente de que todas las miradas se volvieron hacia ella, Jess se inclinó hacia la cama y murmuró:

–Hola, Angelo. Es una alegría tenerte de vuelta.

Las pestañas de Angelo se agitaron antes de que abriera los ojos lentamente.

–¿Jess?

–Sí, soy yo –contestó Jess, con la garganta atenazada por la emoción.

–¿Qué me ha pasado?

–Sufriste un accidente de coche. ¿Lo recuerdas?

Angelo frunció el ceño.

–No –dijo finalmente–. Necesitaba decirle algo a Drago... pero no recuerdo de qué se trataba –sonrió con dificultad–. Sé que tú y yo somos amigos, pero no recuerdo nada, excepto que tenía que ver urgentemente a Drago.

–Estoy aquí –dijo Drago, que hizo un evidente esfuerzo por controlar sus emociones–. Tómatelo con calma, Angelo. Estoy seguro de que no tardarás en recuperar la memoria.

Angelo volvió la cabeza en la almohada y sonrió a su madre.

–*Ciao, mamma*.

Tía Dorotea rompió de nuevo a llorar y, cuando se inclinó a besar a su hijo, Drago indicó a Jess que se apartara.

–¿No vas a preguntarle por el dinero de su herencia? –le susurró ella mientras el médico y las enfermeras rodeaban la cama.

–No está en condiciones. Ya has escuchado lo que ha dicho. De momento no recuerda nada. Tengo que hablar con el médico al respecto.

Drago salió de la habitación con el doctor y regresó unos momentos después con expresión seria.

–El médico dice que es habitual sufrir cierto grado de amnesia tras haber recibido un golpe en la cabeza, pero no puede predecir cuánto durará. Le preocupan otras cosas, como la fractura de su pierna izquierda, que va a necesitar cirugía –Dorotea se llevó una mano a la boca, angustiada, y Drago la rodeó con un brazo por los hombros–. Trata de no preocuparte, tía. El doctor dice que se pondrá bien, y está seguro de que con el tiempo recobrará la memoria. Pero de momento debemos ser pacientes.

Mientras decía aquello último miró a Jess con expresión severa para que no dijera nada. Luego abrió la puerta y espero a que ella lo precediera para salir.

–El médico cree que puedes ser la clave para que Angelo recupere la memoria –dijo cuando la puerta se cerró a sus espaldas–. El hecho de que te recuerde, pero no el accidente, significa que la amnesia es parcial y, si sigues hablándole, es posible que recupere por completo la memoria.

Jess comprendió que, hasta que Angelo recuperara la memoria, ella seguiría bajo sospecha.

–Podría llevarle días, o incluso semanas, recuperar la memoria –dijo, con una nota de pánico en la voz–. No puedes esperar que me quede indefinidamente en Venecia.

–Eso es exactamente lo que espero –dijo Drago con frialdad–. La mente de Angelo está atrapada en un punto del tiempo en el que cree que eres su amiga. Cuando recupere la memoria podrá explicar por qué le dijo a su madre que te había dado su dinero. Hasta

entonces permanecerás en el palazzo como mi invitada.

–Como tu prisionera, querrás decir –lo corrigió Jess, enfadada–. Pero, por mucho que quiera ayudar, no puedo abandonar mi negocio. Lo siento, pero tengo que volver a Londres.

–¿Y cómo piensas hacerlo sin pasaporte ni dinero?

–Supongo que tendré que ir a la embajada británica a denunciar la pérdida de mi pasaporte –replicó, aunque en realidad no tenía idea de cómo iba a volver.

–Ni siquiera tienes dinero para pagarte el viaje al aeropuerto –dijo Drago en tono burlón–. Deberías agradecer que te esté ofreciendo un lugar en que quedarte.

–¿Agradecida? Preferiría verme en un pozo de serpientes venenosas que quedarme contigo –Jess alzó la voz, irritada, olvidando que se hallaban junto a la puerta de la habitación de Angelo–. Eres dictatorial, egoísta... –empezó, pero tuvo que interrumpirse cuando Drago pasó un brazo tras su cintura y la atrajo hacia sí.

–Y tú tienes una lengua viperina –gruñó antes de silenciarla con un dominante beso.

Decidida a no responder, Jess apretó los labios con firmeza, pero sus sentidos se vieron asediados por el tentador perfume de la loción para el afeitado de Drago, por la sensación del sensual roce de su mejilla, hasta que, al sentir el contacto de su lengua, dejó escapar un gemido, prisionera de su imperiosa pasión.

Cuando, finalmente, Drago se apartó, respiraba agitadamente y sus ojos brillaban como ascuas.

–Tienes que ser una bruja. Me estás volviendo loco –murmuró con expresión de auto desprecio–. Mi primo está gravemente herido... y lo único en lo que logro pensar es en lo preciosa que eres y en cuanto te deseo...

A Jess le conmocionó oírle admitir lo atraído que se sentía por ella. Pero en lugar de experimentar una sensación de triunfo por el hecho de atraer a un hombre como él, lo que experimentó fue un intenso temor al pensar adónde podía llevarlos su mutuo deseo.

–Suéltame –rogó con voz ronca–. Si me ayudas a volver a Inglaterra te devolveré el dinero y prometo regresar a ver a Angelo.

Drago rio con aspereza.

–No pienso perderte de vista hasta que averigüe qué ha pasado con la herencia de mi primo.

La puerta de la habitación de Angelo se abrió de repente, haciendo que se separaran, pero no con la suficiente rapidez como para escapar al escrutinio de la madre de Drago. Al bajar la mirada y ver la evidencia de la excitación de sus pezones contra la fina tela de la blusa que vestía, Jess se ruborizó intensamente a la vez que se

cruzaba de brazos.

–Angelo quiere verte –dijo Luisa–. Si es que no estás demasiado ocupada, claro –añadió con ironía.

–Voy a sentarme con él –murmuró Jess, humillada por la desdeñosa mirada de la madre de Drago, aunque este parecía indiferente a su evidente desaprobación mientras leía un mensaje en su móvil.

Cuando acabó de hacerlo miró a Jess.

–Tengo que ir un par de horas al despacho. Cuando hayas pasado un rato con Angelo, mi guardaespaldas te llevará de vuelta al *palazzo*.

Mientras Drago hablaba, el hombre robusto que los había recibido el día anterior en el aeropuerto avanzó hacia ellos por el pasillo. Fico se plantó ante la puerta de Angelo y cruzó los brazos sobre su poderoso pecho.

–No habla una palabra de inglés –murmuró Drago–, y tiene órdenes estrictas de acompañarte directamente del hospital a casa.

–En otras palabras, es mi carcelero –dijo Jess, irritada.

Drago se encogió de hombros con un lacónico gesto.

–No seas tan melodramática. Nos vemos a la hora de la cena.

–Ya estoy deseando que llegue –replicó Jess en tono sarcástico. Cuando giró sobre sí misma para entrar en la habitación, no fue consciente del brillo mezcla de diversión y admiración que destelló en la mirada de Drago.

Drago llegó ya entrada la noche al *palazzo*. Sus solitarios pasos resonaron en la escalera de mármol. No era la primera vez que daba instrucciones al servicio para que no lo aguardaran levantados, ni la primera que se perdía la cena a causa de una crisis en el trabajo.

Seguro que Jess se había alegrado de su retraso, pensó irónicamente. Pero ¿cómo era posible que aquella mujer se le hubiera metido en la cabeza de esa manera?, se preguntó, enfadado consigo mismo. La había acusado de ser una bruja, y tal vez lo era realmente y le había echado una maldición. Incluso durante la tensa reunión que había mantenido con la junta directiva de la empresa había tenido que hacer verdaderos esfuerzos para mantener sus pensamientos alejados de la descarada y sexy pelirroja que, dependiendo del punto de vista, se había convertido en su prisionera o en su invitada.

Después del beso que le había dado en el hospital había sido incapaz de liberarse del recuerdo del sabor de sus labios, del aroma de su perfume, que aún lo atormentaba. Le hacía sentirse culpable que Jess dominara sus pensamientos, pero había supuesto un

verdadero alivio enterarse de que su primo y ella no habían sido amantes. Cuando, tras la reunión, había pasado por el hospital para ver cómo iban las cosas, Angelo le había dedicado una mirada de extrañeza cuando le había preguntado sobre la naturaleza de su relación con Jess. Según le explicó, tan solo eran amigos.

El cocinero le había dejado una ensalada y un plato de embutido en la nevera. Subió todo en una bandeja a su dormitorio y, al pasar junto al de Jess, vio que había luz bajo la puerta. Ignoró la tentación de llamar, entró en su habitación, encendió la tele y se forzó a comer un poco, aunque apenas tenía hambre... al menos de comida, reconoció al sentir una evidente tensión en la entrepierna mientras en su mente aparecía la imagen de Jess tumbada completamente desnuda en su cama.

Mascullando una maldición, se encaminó al baño con la esperanza de que una ducha aliviara su tensión.

Jess se sentía demasiado tensa como para dormir. Estaba tumbada en la cama, mirando el techo, preguntándose por qué no habría vuelto Drago al *palazzo* a cenar. No es que quisiera pasar más tiempo con él, se dijo, y, desde luego, no se había puesto aquel precioso vestido verde de seda de la colección Cassa di Cassari con la esperanza de impresionarlo, pero tenía que reconocer que se había sentido extrañamente sola a la hora de cenar.

Lo más probable era que Drago hubiera ido a visitar a alguna amiga. Era inconcebible que un hombre tan devastadoramente atractivo y sexy como él no tuviera una amante... o tal vez varias. Les deseaba buena suerte, pensó con ironía mientras se erguía para colocar bien las almohadas. Cualquier mujer que se relacionara con él tendría que soportar su arrogancia y su naturaleza mandona.

De pronto, un repentino golpe, seguido de un grito, hizo añicos la paz reinante. Procedía del cuarto de Drago y el intenso silencio que lo siguió no presagiaba nada bueno en la febril imaginación de Jess. La curiosidad pudo con ella y salió de la cama.

La puerta del dormitorio de Drago estaba cerrada. Llamó, pero no obtuvo respuesta. Tras un momento de duda, probó la manija y comprobó que la puerta estaba abierta. Al entrar en el vestíbulo comprobó que la puerta del dormitorio estaba entreabierta. Acaba de asomarse a esta cuando Drago salió del baño, acompañado de un intenso olor a colonia. Al ver que tenía el pecho manchado de sangre, Jess dejó escapar un grito ahogado a la vez que se llevaba la mano a la boca.

–¡Madre mía! –Drago se detuvo en seco, claramente sorprendido al verla allí–. ¿Qué haces deambulando por la casa como un

fantasma?

–He oído un ruido... –Jess no lograba apartar la mirada de la toalla manchada de sangre que envolvía su mano–. ¿Qué has hecho?

Drago se miró un momento la mano.

–No es tan grave como parece. Se me ha caído un frasco de colonia al lavabo y al tratar de evitar que se rompiera me he cortado. El corte no deja de sangrar. ¿Te importa echar un vistazo en el armario del baño por si encuentras un vendaje? –al ver que Jess no se movía, añadió–: ¿Te marea ver sangre?

Jess no pensaba admitir que lo que la mareaba no era la visión de la sangre, sino la del poderoso y moreno pecho de Drago desnudo. Tragó con esfuerzo.

–No. Cuando era pequeña solía cuidar las heridas que se hacía mi padre cuando estaba borracho. Una vez se cayó contra el invernadero de un vecino y se hizo muchos cortes.

Drago frunció el ceño.

–¿Cuántos años tenías cuando sucedió eso?

–Más o menos ocho. Siéntate para que te cure la herida –Jess hizo una seña para que entrara de nuevo en el baño y Drago se sentó en el borde de la bañera mientras ella sacaba el botiquín de un armario.

–He presionado la herida y he mantenido la mano en alto –Drago retiró la toalla de su mano y dejó expuesto el profundo corte que tenía en la palma–. Parece que ya sangra menos.

–No creo que necesites puntos –dijo Jess tras inspeccionar la herida–. Has tenido suerte.

–Sí –Drago no pudo disimular el hastío de su tono–. No me gustaría tener que volver al hospital esta noche.

–¿Es ahí donde has estado? Me preguntaba por qué no habías venido a cenar.

–Vaya, casi parece que me has echado de menos –dijo Drago burlonamente.

–¿Por qué iba a echar de menos a mi carcelero? –consciente de que se había ruborizado, Jess se concentró en su tarea–. Al menos el corte ha quedado desinfectado por la colonia –murmuró mientras empezaba a ponerle la venda–. Ahora tu cuarto huele como el harén de un sultán.

–¿Hablas por experiencia? –murmuró Drago–. Estoy seguro de que, con tu cremosa piel y tu cabellera pelirroja, serías la concubina favorita de cualquier sultán.

Desconcertada por su repentino cambio de tono, Jess contuvo el aliento. Al mirar a los ojos a Drago vio el inconfundible brillo del deseo en ellos.

–Por supuesto que nunca he estado en un harén –contestó–. Nunca me convertiría en le juguete de un hombre. Creo que los hombres y las mujeres tienen los mismos derechos.

Nada haría confesar a Jess su fantasía secreta de ser tomada por los poderosos brazos de un hombre atractivo que luego la sedujera sobre sábanas de seda. En su fantasía, al principio luchaba contra él, pero luego era incapaz de resistir sus caricias y acababa rogándole que la poseyera…

Pero su amante de fantasía, que hasta entonces no había tenido rostro, adquirió de pronto los marcados rasgos de Drago. Incapaz de contenerse bajó la mirada hacia sus labios y se humedeció inconscientemente los suyos con la punta de la lengua.

La tensión sexual que había en el baño se volvió casi palpable. Drago era muy consciente de los pesados latidos de su corazón, del deseo que empezaba a arder en sus venas. En realidad había empezado a arder en cuanto había visto a Jess con aquel camisón de la colección Cassa di Cassari que era poco más que un trocito de seda blanca y encaje. Con aquellos labios carnosos y aquellos increíbles ojos verdes, casi felinos, Jess era una intrigante mezcla de sensualidad e inocencia virginal.

Desde que la había visto por primera vez en Londres, había sentido el primitivo instinto de poseerla y reclamarla como suya. No se consideraba ningún neandertal, pero el deseo que sentía era una especie de fuerza desbocada sobre la que no tenía control. Nunca había deseado a una mujer como deseaba a Jess, reconoció. La delicada preocupación de su mirada mientras le curaba la herida hizo palpitar algo muy profundo en su interior. Desde la muerte de su padre se había ocupado de cuidar y proteger a su familia, mostrándose siempre fuerte y controlado. Pero sentía que, aquella noche, el control se le estaba yendo de las manos.

Dejándose llevar por el mero instinto, deslizó una mano tras la cabeza de Jess y la atrajo hacia sí. Seguía sentado en el borde de la bañera y, debido a la pequeña estatura de Jess, su rostro estaba tentadoramente cerca. No se resistió cuando la atrajo hacia sí, pero Drago oyó cómo contenía el aliento. Permanecieron muy quietos unos segundos, mientras la sensación de anticipación crecía hasta unos niveles casi intolerables. Sus miradas se encontraron, hasta que, con un áspero gruñido, Drago besó los labios de Jess con una pausada deliberación que no tardó en transformarse en pasión desenfrenada.

Jess supo que estaba perdida en cuanto sintió que le hacía entreabrir los labios con la lengua y escuchó el profundo gemido que dejó escapar mientras exploraba el cálido interior de su boca.

Drago era el hombre de sus fantasías. El único hombre al que

había permitido romper sus defensas desde Seb. El recuerdo de aquella desastrosa relación la hizo tensarse y cuestionar lo que estaba haciendo. Ya que Drago había manifestado abiertamente su desconfianza hacia ella, ¿por qué estaba permitiendo que la besara? ¿Y por qué estaba reaccionando a su beso?

«Porque no puedes evitarlo», susurró una vocecita en su interior. Porque la primera vez que había visto a Drago había sentido que, en algún sentido profundo y fundamental, le pertenecía. Su mente le decía que aquello era absurdo, que ella no le pertenecía a nadie, que ya sabía lo peligroso que era anhelar ser querida.

Cuando, finalmente, Drago terminó el beso, Jess supo que debía apartarse de inmediato, pero fue incapaz de hacerlo.

–Eres tan preciosa, *cara*... –murmuró él roncamente mientras se inclinaba y deslizaba los labios por el cuello de Jess, que experimentó un cálido e incontenible estremecimiento de deseo.

Su corazón se detuvo un instante cuando Drago deslizó hacia abajo una de las tiras de su camisón. Sentía los pechos dulcemente pesados y tensos y cuando él acarició con un dedo la cima de uno de sus pezones, sus pestañas aletearon y temió desvanecerse allí mismo.

Drago dejó escapar una ronca risa carente de diversión.

–Lo sé, a mí también me sucede... el hambre... el deseo acuciante...

Jess sintió su tensión, la lucha interna que estaba entablando consigo mismo, como si lamentara desearla.

–En cuando abriste la puerta de tu apartamento en Londres supe que tenía que poseerte... –admitió con la respiración agitada.

–Drago... –Jess dejó escapar un gritito cuando él tiró del camisón hacia abajo, dejando expuesto uno de sus pechos.

–Nada de juegos –murmuró con aspereza–. Si no quieres que siga adelante, si no quieres esto... vete ahora mismo.

No trató de convencerla para que se quedara con falsas palabras y promesas, algo que Jess agradeció. Ya la habían engañado con falsas promesas en otra ocasión y, como consecuencia, se le había roto el corazón. Ya no era una vulnerable jovencita de diecisiete años, se recordó. Había madurado y había dejado atrás sus absurdos sueños. El deseo sexual era algo perfectamente natural, y no había nada malo en querer ceder a sus demandas... al menos mientras recordara mantener su corazón fuera de peligro.

Capítulo 6

–Apenas nos conocemos –el instinto de conservación impulsó a Jess a aferrarse a los restos de cordura que sentía que le quedaban–. Además, lo que crees que sabes sobre mí no es cierto –añadió, incapaz de ocultar un matiz de amargura en su voz.

–Puede que no lo sea –mientras decía aquello, Drago aceptó internamente que en realidad no sabía qué pensar de ella. Que hubiera cometido un error en el pasado no tenía por qué implicar automáticamente que no era de fiar. Aún desconocía cuál era la verdadera naturaleza de su relación con Angelo, pero ella había negado en varias ocasiones y con vehemencia saber nada de su herencia perdida.

Pero lo cierto era que en aquellos momentos le daba igual el tema del dinero, de su primo, y del pasado de Jess. Lo único que sabía era que la tenía medio desnuda entre sus brazos, y que era tan exquisitamente encantadora que simplemente con mirarla se sentía más excitado de lo que lo había estado en toda su vida. De hecho, su mano tembló a causa del deseo cuando deslizó por su hombro el otro tirante del camisón, exponiendo a su hambrienta mirada sus pechos, pequeños y firmes, coronados por unos deliciosos y excitados pezones rosas.

–Es cierto que apenas nos conocemos, pero ambos somos muy conscientes de la química que existe entre nosotros. Ninguna otra mujer me ha hecho perder el control como lo haces tú –admitió roncamente–. Di algo –añadió, sintiendo que la sangre ardía en sus venas mientras Jess se limitaba a mirarlo con sus fascinantes ojos verdes.

Pero a Drago le dio lo mismo. Nada le importaba en aquellos momentos excepto la sensación de la sedosa piel de Jess cuando apoyó una mano en su hombro y la atrajo hacia sí para saborear de nuevo la miel de sus labios en un intenso beso con el que exigió una respuesta que ella le dio gustosamente.

El corazón de Jess latió desbocado cuando Drago se irguió de repente y la tomó en brazos como si fuera una muñeca de trapo. Un solo beso había bastado para convertirla en un amasijo de nerviosa excitación. Drago iba a hacerle el amor… y ella no iba a impedírselo.

Cuando la dejó sobre la cama, la tensión que sentía en la boca del estómago se transformó en un insistente, cálido y húmedo palpitar entre los muslos. El ardiente deseo que brillaba en los

intensos ojos negros de Drago resultaba tan excitante como sus caricias.

–Quiero hacerte el amor despacio... prolongar el juego hasta que alguno de los dos ruegue para alcanzar su liberación... pero estoy tan excitado que no existe la mínima posibilidad de lograrlo, *mia bella*...

La tensa voz de Drago reveló que solo estaba logrando mantener el control a base de un supremo esfuerzo. Asombrada por el efecto que ejercía sobre él, Jess alzó una mano para acariciarle la mejilla. Su corazón palpitó cuando él volvió el rostro y le acarició los dedos con los labios.

–Yo también te deseo... –murmuró.

Aquello era lo que quería escuchar Drago, y su cuerpo reaccionó como era de esperar. Pero la débil indecisión que captó en el tono de Jess lo hizo contenerse cuando estaba a punto de arrancarle el camisón y hacerle abrir las piernas para penetrarla, para invadir su cálido y palpitante interior en aquel mismo instante. Pero Jess no se estaba comportando como había esperado. Su numerosas experiencias sexuales previas habían sido siempre con mujeres experimentadas, que sabían cómo darle placer, y no se contenían a la hora de expresar qué se lo daba a ellas. Pero se notaba claramente que Jess estaba esperando que él marcara la pauta.

Tumbada en la cama tenía un aspecto increíblemente sexy, con el pelo extendido sobre la almohada, sus pequeños y pálidos pechos con sus cimas rosadas casi rogando que los atendiera con su lengua... Sin embargo, también presentía una inocencia en ella que le hacía pensar que no había tenido muchos amantes.

No supo por qué aquello le hizo desear sonreír pero, cuando sonrió y vio que los labios de Jess también se curvaban en una vacilantes sonrisa, sintió una extraña conmoción en su interior y se obligó a frenar un poco la marcha.

–Demuéstrame cuánto me deseas –murmuró a la vez que se inclinaba hacia ella para besarla.

La inmediata respuesta de Jess alentó su deseo, de manera que profundizó el beso hasta que sintió los temblores que recorrían los cuerpos de ambos.

A partir de aquel momento olvidó sus propias necesidades y se centró en las de ella. Aspiró la delicada fragancia de su piel mientras le besaba el cuello, las cremosas curvas de sus pechos y sus excitadas cimas. Tenía el camisón subido hasta la cintura y Drago se lo quitó y apoyó una mano en el montículo de su sexo, aún oculto a su mirada bajo la frágil barrera de las braguitas.

Jess se contrajo involuntariamente y trató de cerrar las piernas, pero dejó escapar un tembloroso suspiro cuando le hizo separar los

muslos y deslizó un dedo bajo sus braguitas. Con delicada precisión, Drago lo introdujo lentamente en su húmeda abertura y sintió que ella alzaba las caderas mientras la penetraba.

Jess tembló mientras Drago seguía con sus exploraciones. Nunca había experimentado un placer tan intenso como el que le estaba ofreciendo con sus imaginativos dedos y su lengua, con la que estaba acariciándole sus erectos e hipersensibilizados pezones.

El sexo con Seb había sido muy distinto, pensó, aturdida. Las pocas veces que se había acostado con él había parecido mucho más centrado en su propio placer, pero estaba tan enamorada que había agradecido cualquier pequeño indicio de afecto por su parte.

Todos aquellos pensamientos abandonaron su mente cuando Drago se levantó para desvestirse. Los boxers negros que llevaba siguieron a sus pantalones, y la visión de su cuerpo desnudo e increíblemente excitado la dejó sin aliento.

Drago rio roncamente.

–*Cara*, si sigues mirándome así, creo que voy a estallar –el tono de su voz se volvió más ronco cuando añadió–: Tiene que ser ahora, *mia bella*. No puedo esperar más.

Cuando se arrodilló ante ella, con sus ojos negros destellando a causa de la intensidad de su deseo, el corazón de Jess latió de anticipación. Nunca se había sentido tan excitada, tan desesperada por liberar la tensión que palpitaba en cada poro de su cuerpo.

Pero lo único que le estaba ofreciendo Drago era sexo, se recordó, y eso era todo lo que ella quería en aquellos momentos.

Cuando sintió la sólida y poderosa erección presionando contra su vientre y fue a acariciarla instintivamente, él dejó escapar un áspero sonido.

–Esta vez no, *cara* –murmuró mientras la penetraba con un profundo empujón que la dejó sin aliento. Al sentir su repentina tensión, se quedó muy quieto y la miró a los ojos–. ¿Te he hecho daño? –preguntó, preocupado.

Jess se ruborizó.

–Hacía tiempo que no... –admitió, repentinamente temerosa de decepcionarlo.

–Si te sientes incómoda, dímelo.

–¡No! –exclamó al notar que Drago empezaba a retirarse, y lo aferró instintivamente por las caderas con las piernas–. No quiero que pares...

Drago cerró los ojos en un esfuerzo por controlarse mientras su cuerpo reaccionaba a la deliciosa sensación de los músculos de la vagina de Jess cerrándose en torno a su miembro.

–No voy a parar –murmuró, aunque lo cierto era que estaba tan excitado que le resultaría imposible–. ¿Lo ves? –dijo a la vez que

volvía a penetrarla, una, dos, tres veces, cada vez con más fuerza mientras establecía el ritmo que iba a llevarlos a lo más alto.

–Oh... –jadeó Jess cuando Drago deslizó las manos bajo su trasero y la elevó para que la punta de su miembro alcanzara un punto especialmente sensible de su interior.

Oleadas de intenso placer recorrieron su cuerpo mientras Drago la penetraba una y otra vez, con una urgencia que rebeló que también estaba perdiendo el control. La respiración de Jess se transformó en un agitado jadeo mientras aferraba con los dedos las sábanas de seda sobre las que se encontraba.

Nada la había preparado para el éxtasis de su primer y verdadero orgasmo. Se sintió abrumada por las sensaciones que se adueñaron de su cuerpo. Oleadas de increíbles sensaciones la recorrieron casi a la vez que el cuerpo de Drago temblaba violentamente y él dejaba escapar un incontenible y ronco gemido de placer. Aquel sonido resultó aún más impresionante que nada de lo sucedido hasta entonces. El hecho de que aquel hombre fuerte y poderoso se hubiera entregado a ella de aquel modo le hizo sentir una intensa ternura que la impulsó a rodearlo con los brazos por el cuello y acariciar su pelo mientras él apoyaba la cabeza sobre sus pechos, jadeante.

En la calma que siguió a la tormenta, el único sonido que rompía el silencio reinante era el de sus respiraciones y, en aquellos momentos, aun físicamente unidos, Jess sintió que eran las dos únicas personas que habitaban en el mundo.

A la mañana siguiente, temprano, Jess permaneció muy quieta en la cama, simulando dormir, aunque en realidad estaba observando con disimulo a Drago.

Estaba tumbado de espaldas, contemplando el techo. Su granítico perfil no resultaba precisamente alentador, y Jess sintió que se le encogía el corazón. Desde luego, no había esperado despertar entre sus brazos, ni que la besara con ternura mientras amanecía. Se había comportado como una estúpida metiéndose en la cama con él, desde luego, pero no se hacía ilusiones, pues sabía que la increíble pasión que habían compartido aquella noche solo había sido sexo.

Entonces, ¿por qué se le estaban llenando los ojos de lágrimas? ¿Por qué estaba deseando con todo su corazón que la estrechara entre sus brazos y le acariciara el pelo?

De pronto, Drago volvió la cabeza. Jess parpadeó rápidamente para alejar las lágrimas. El orgullo fue su fiel aliado para conseguirlo. No pensaba comportarse como una cría llorona.

–Antes de que digas nada, estoy de acuerdo. Lo de anoche fue un error y no debería haber pasado –dijo rápidamente–. Lo mejor será olvidarlo cuanto antes.

Drago frunció el ceño.

–¿Cómo puedes estar de acuerdo conmigo si no he dicho nada? ¿Acaso puedes leer mi mente?

–No lo necesito. Se nota que estás... enfadado.

–Es cierto que estoy enfadado... pero lo estoy conmigo mismo. Y admito que anoche cometí un error. Pero no lamento lo que pasó entre nosotros, y no creo que vaya a olvidar así como así haberte hecho el amor.

Jess no pudo evitar un placentero estremecimiento al recordar todo lo que le había hecho.

–Entonces, ¿qué error cometiste?

–Olvidé utilizar un preservativo –dijo Drago, tenso–. La única excusa que tengo es que ejerces tal efecto sobre mí que perdí temporalmente la cordura. Te deseaba tanto que ni pensé en utilizar protección, pero me disculpo por ello. Puedo asegurarte que estoy completamente sano y que no tengo por costumbre practicar sexo sin tomar precauciones...

Con aquel olvido había roto una de sus reglas de oro. Después de lo sucedido con Victoria, siempre había tenido mucho cuidado para evitar embarazos no deseados. Esperaba que Jess utilizara algún método anticonceptivo.

–Espero que me informes si hay alguna consecuencia –murmuró roncamente.

–No habrá ninguna –contestó Jess de inmediato, aunque consciente de que su respuesta se había basado más en un deseo que en una certeza. Su corazón latió con fuerza ante la enormidad de lo que había hecho. Al sentir que Drago detenía la mirada en sus pechos, se los cubrió instintivamente con la sábana.

Drago se relajó un poco al deducir que Jess debía de utilizar algún tipo de protección, pero aquello no cambiaba el hecho de que se había comportado como un irresponsable. No podía creer que hubiera permitido que el deseo hubiera nublado se sentido común. Y lo cierto era que aún no estaba pensando lógicamente, pues su imaginación le estaba planteando escenas muy reales de lo que le gustaría hacer en aquellos momentos con ella...

Pero la tensión de Jess era palpable. Se preguntó si lamentaba haberse acostado con él. Durante la noche se había mostrado totalmente liberada, y después se había acurrucado contra él un instante antes de quedarse profundamente dormida. Y solo el cielo sabía qué la habría hecho llorar durante el sueño...

–¿Quién es Daniel? –preguntó de pronto–. Mencionaste anoche

su nombre mientras dormías y parecías muy disgustada –explicó cuando Jess se quedó mirándolo.

–Era un amigo... mi mejor amigo –contestó ella, insegura–. Crecimos juntos en el orfanato. Murió cuando tenía dieciséis años. Sufrió una lesión en la cabeza en un accidente de coche y nunca recuperó la consciencia.

Instintivamente, Drago la tomó de la mano y se la estrechó con ternura.

–Lo siento.

–Supongo que ver a Angelo en el hospital ha hecho revivir mis recuerdos sobre Daniel. Parecía simplemente dormido, y yo no dejaba de pensar que iba a despertar en cualquier momento. Pero la enfermera dijo que no había esperanza...

La emoción del tono de Jess conmovió a Drago. Era evidente que en su corta vida había conocido mucho dolor. Se sintió culpable por no haber sido más comprensivo, pero tampoco había sabido nada antes sobre su pasado.

Enfurecido por el hecho de no poder pensar con claridad cuando estaba cerca de Jess, apartó enérgicamente las sábanas y salió de la cama. Antes de entrar en el baño, se volvió hacia ella.

–Esta mañana tengo que ir al despacho. Fico te llevará a ver a Angelo –dudo un momento, aun preocupado por la inquietud que había percibido en ella mientras dormía–. Mencionaste otro nombre en tu sueño. ¿Katie también era una amiga del orfanato?

Una angustiada expresión cruzó por un instante le mirada de Jess.

–¿Katie? –repitió–. Yo... no conozco a nadie llamado así. No sé con qué estaría soñando...

Drago la miró unos momentos y notó cómo evitaba su mirada. ¿Por qué estaría mintiendo?, se preguntó mientras entraba en la ducha. Le frustraba saber tan poco sobre ella, y su extraña reacción era otra pieza que se sumaba a aquel complicado rompecabezas.

Capítulo 7

Seis semanas con la pierna inmovilizada! –protestó Angelo–. Creo que me volveré loco. Si al menos recuperara la memoria... –miró con expresión frustrada a Jess, que estaba sentada junto a la cama–. No entiendo por qué estaba viviendo en Londres y no en Venecia.

–Drago dijo que te habías matriculado en una universidad para estudiar Empresariales. ¿Recuerdas haber acudido a las clases?

–No. Y aunque me has dicho que trabajaba para tu empresa de decoración, tampoco lo recuerdo. Para serte sincero, no me veo pintando paredes. ¿Se me daba bien?

–La verdad es que no –admitió Jess con una mueca.

–¿Y por qué me contrataste?

–Me dijiste que estabas en la indigencia y quise ayudarte.

Angelo agitó la cabeza como si así fuera a conseguir despejar su mente.

–Vivía contigo, ¿no? ¿En una gran casa rodeada de árboles? Preparaste unas tortillas para cenar...

Jess se irguió en su asiento, intrigada.

–Pasaste unas semanas en mi piso. Preparé una cena para los dos la noche antes de que desaparecieras. ¿Recuerdas adónde ibas, o por qué?

–Estoy seguro de que tenía algo que ver con Drago, pero no sé de qué se trataba –dijo Angelo, frustrado.

–No te preocupes. Ya recuperarás la memoria –Jess le estrechó la mano para reconfortarlo. Antes de seguir hablando dudó un momento–. Supongo que no recuerdas por qué retiraste una fuerte suma de tu cuenta, ni a quién se la diste, ¿no?

Angelo frunció el ceño.

–¿Dinero?

–Sí, el de tu herencia... –Jess se interrumpió al escuchar un ruido a sus espaldas, que la alertó del hecho de que alguien había entrado en la habitación.

–Estoy seguro de que Angelo lo recordará todo cuando llegue el momento –dijo Drago mientras se encaminaba hacia la cama.

Sonrió a su primo, pero Jess percibió su enfado y, cuando se volvió, recibió una mirada dura como el acero.

–Creo que ahora deberías descansar un poco –dijo Drago con delicadeza a su primo–. La enfermera me ha dicho que has estado tocando tu guitarra.

–Es extraño –Angelo suspiró–. Puedo recordar algunas cosas, pero otras no. ¿Por qué tengo la sensación de que me rodea algún misterio? Iba a decirte algo justo antes del accidente...

–Trata de relajarte. Jess se ha pasado aquí todo el día y me temo que te ha cansado.

Jess lo siguió fuera de la habitación sin ocultar su irritación.

–Muchas gracias –le espetó en cuanto la puerta de la habitación se cerró a sus espaldas–. Yo no he cansado a Angelo. Ha dormitado varias veces a lo largo del día. Me he quedado con él porque dijiste que tal vez recuperaría la memoria si yo le hablaba.

–Puede que tengas otro motivo –dijo Drago severamente–. No quiero que le menciones su herencia desaparecida. No quiero que le metas ideas preconcebidas en la cabeza.

–¿Qué clase de ideas?

–Por ejemplo, que no te entregó su fortuna. En estos momentos Angelo se encuentra en un estado de gran vulnerabilidad, y probablemente se creerá cualquier cosa que le digan.

La arrogante expresión de Drago irritó aún más a Jess.

–Te lo diré por última vez –espetó–. ¡No sé nada del dinero de Angelo!

Le dolía terriblemente que, a pesar de haberse acostado con ella, siguiera desconfiando. Pero ¿qué esperaba? Drago la encontraba apropiada para un revolcón, pero no la respetaba y, cayendo en sus brazos como lo había hecho, también ella había perdido el respeto por sí mima.

–¿Adónde vas? –preguntó Drago cuando Jess giró sobre sí misma con intención de alejarse.

–A cualquier sitio que esté alejado de ti –Jess siguió avanzando por el pasillo sin tener idea de adónde se dirigía.

–La salida está en la otra dirección –cuando la alcanzó, Drago la tomó por el brazo y la hizo volverse. Al ver que sus ojos brillaban a causa de las lágrimas, sintió una punzada de remordimiento–. He tenido un día difícil –reconoció con aspereza–. Agradezco que hayas pasado el día aquí con Angelo. Y ahora, ¿volvemos al *palazzo*?

–¿Me estás dando la opción de volver o no volver a mi cárcel? –dijo Jess en tono sarcástico.

–¡Santo cielo! –Drago se pasó una malo por el pelo sin ocultar su exasperación–. Acabarías con la paciencia de cualquiera. Si tanto odias mi casa, iremos a algún restaurante. ¿Quién sabe? Puede que una buena comida haga que mejore tu humor.

El restaurante al que fueron no era excesivamente sofisticado, como había temido Jess. Se trataba de un lugar recogido y

encantador con una terraza que daba al canal. Los camareros eran muy atentos y parecían conocer bien a Drago.

–Trattoria Marisa es el lugar al que vengo cuando quiero relajarme –explicó Drago. Pero no mencionó que nunca llevaba allí a las mujeres con las que salía. De hecho, no sabía bien por qué había llevado a Jess a su santuario.

–¿Qué te ha dicho el camarero? –preguntó Jess con curiosidad–. ¿Y por qué no dejaba de mirarme?

–Ha dicho que eres preciosa y que yo soy muy afortunado –la boca de Drago se curvó de pronto en una agradable sonrisa–. Yo le he dicho que estaba de acuerdo. Estás preciosa con ese vestido.

Ruborizada, Jess bajó la mirada hacia el vestido blanco de seda con rosas estampadas que vestía. Como toda la ropa de Cassa di Cassari, era bonito y elegante y la hacía sentirse muy femenina.

–Será mejor que pidas por mí –dijo tras comprobar que el menú estaba en italiano, y Drago la desconcertó acercando su silla a la de ella y traduciéndole pacientemente las posibilidades del menú. A Jess le costó concentrarse teniéndolo tan cerca. Sus ojos parecían atraídos como un imán hacia sus labios. Estaba deseando volver a sentirlos sobre los suyos... Lo deseaba tanto que se estremeció, y sintió una profunda decepción cuando él apartó la cabeza.

La mirada de Drago se oscureció a la vez que dejaba escapar una ronca risa.

–La frustración sexual es un auténtico infierno, ¿verdad, *mia bella*? Me estás volviendo loco.

Afortunadamente, en aquel momento llegó el camarero con la carta de vinos y Jess no se vio obligada a responder.

–Explícame por qué fuiste acusada de fraude –preguntó Drago de forma totalmente inesperada mientras Jess terminaba su delicioso postre de helado de chocolate con crema.

Desconcertada, Jess permaneció unos segundos con la cucharilla suspendida en el aire.

–Sospecho que no vas a creerme.

–Inténtalo.

Jess suspiró.

–En cierto modo, todo empezó con la muerte de Daniel. Era lo más parecido que había tenido a un hermano y lo echaba terriblemente de menos. Tuve que dejar mi hogar de acogida cuando tenía dieciséis años. La asistente social encargada de mí me ayudó a buscar alojamiento y conseguí un trabajo de camarera. Me sentía muy sola y triste tras haber perdido a Daniel. El mejor momento de mis primeros días era cuando un atractivo hombre de

negocios venía a tomar su habitual café por las mañanas. Charlaba conmigo, me preguntaba qué tal estaba, y daba totalmente la sensación de preocuparse de verdad. Se llamaba Sebastián Loxley. Me dijo que acababa de poner en marcha un negocio de venta de entradas por Internet para conciertos y festivales y que necesitaba a alguien que se ocupara del trabajo de oficina. Era tan ingenua que me pareció una oferta llovida directamente del cielo –dijo con amargura–. Seb debió de encontrar muy divertido seducirme. Me enamoré desesperadamente de él y, cuando me invitó a salir a cenar en mi decimoséptimo cumpleaños y luego me llevó a su apartamento... no tuvo que esforzarse demasiado para meterme en su cama.

–¡Cielo santo! ¡Pero si apenas eras una niña! –espetó Drago.

Jess se encogió de hombros.

–Desafortunadamente, la ley hace poco por proteger a los jóvenes. En mi nuevo trabajo seguí fielmente las instrucciones que me dio Seb. Cada vez que los clientes pagaban con una tarjeta anotaba en un registro separado los detalles de la misma, incluyendo el código de seguridad, y pasaba la información al contable de Seb, que supuestamente se ocupaba del pago de los impuestos. No cuestioné lo que estaba haciendo –de pronto se ruborizó, avergonzada–. No fui mucho al colegio, porque se metían conmigo, y no obtuve el título de bachiller. No entendía nada de tarjetas de crédito, y no sabía que Marcus, el supuesto contable, se dedicaba a clonar las tarjetas, ni que pagaba a Seb por la información que este le pasaba. Finalmente, la policía descubrió el delito, pero Marcus debió de recibir un soplo porque desapareció antes de que pudieran arrestarlo. La pista llevó hasta la empresa de Seb y hasta mí.

Drago masculló una maldición y luego animó a Jess a seguir hablando.

–Me quedé anonadada cuando Seb le dijo a la policía que no sabía lo que me traía entre manos. Pensé que les diría que él me había pedido que pasara los detalles de las tarjetas, pero lo que hizo fue culparme. La policía lo creyó y decidió que yo era la cómplice de Marcus. Me arrestaron, y en el juicio que se celebró Seb declaró contra mí –la voz de Jess tembló ligeramente cuando añadió–: Pensaba que me quería. Incluso me había dicho que algún día nos casaríamos. Pero todo eran mentiras. Yo le daba igual. Ni siquiera quería...

–¿Qué es lo que no quería? –preguntó Drago, que sintió una extraña punzada en el corazón al ver la tristeza de la mirada de Jess. Pensar que un hombre sin escrúpulos se había aprovechado de ella de aquel modo le enfureció.

–Da igual –dijo Jess, negando con la cabeza.

La reacción de Seb cuando le dijo que estaba embarazada resultó demasiado dolorosa como para que quisiera hablar de ella.

–¿Qué pasó después del juicio?

–Sentí que había tocado fondo. No tenía trabajo, no tenía dónde vivir y ni siquiera me respetaba a mí misma. La asistente social de la casa de acogida me buscó una pareja acostumbrada a acoger en su casa a adolescentes problemáticos –una delicada sonrisa curvó los labios de Jess–. Ted y Margaret eran maravillosos. No es una exageración afirmar que me cambiaron la vida. Por primera vez llegué a sentir que formaba parte de una familia. Ted tenía un negocio de decoración y me tomó de aprendiz. Así descubrí que tenía un talento natural para la carpintería. Asistí a varios cursos antes de que él me aceptara como socia de su negocio. La «T» y la «J» del nombre de la empresa son las iniciales de Ted y Jess.

Jess se interrumpió cuando un camarero se acercó a ofrecerles más café. Drago aprovechó la oportunidad para meditar sobre lo que le había contado. La emoción con que había hablado Jess dejaba claro que su historia era cierta, pero aún no sabía si podía confiar en ella. Hasta que Angelo recuperara la memoria, no había manera de conocer la verdad.

Cuando salieron del restaurante, el sol se estaba poniendo, y las vistas de Venecia y sus canales bajo la luz rojiza del horizonte era todo un espectáculo.

–Qué maravilla... –murmuró Jess, impresionada tras ocupar un asiento en la góndola que iba a llevarlos de vuelta al *palazzo*.

Resultaba increíblemente romántico estar sentada allí junto a Drago, pero dudaba mucho que él pensara lo mismo. No había dado especiales muestras de haber creído su historia, y no pudo evitar preguntarse por qué le preocupaba tanto lo que pudiera opinar de ella. Pero cuando Angelo recuperara la memoria y explicara lo que había hecho con el dinero de su herencia, Drago tendría que reconocer que se había equivocado.

¿Y si Angelo no llegaba a recuperarse de su amnesia?, se preguntó con ansiedad. La verdad sobre el dinero perdido nunca se averiguaría y Drago siempre pensaría lo peor de ella. No podía obligarla a quedarse en Venecia para siempre, por supuesto, pero para regresar a Inglaterra necesitaba un nuevo pasaporte, y para eso necesitaba su tarjeta de crédito, que estaba en el fondo del canal, en su mochila. Todo parecía complicado, y haberse acostado con Drago la noche anterior había vuelto la situación aún más confusa. Debía de haberse vuelto loca...

Drago frunció el ceño al ver que Jess se estremecía. Se quitó la chaqueta y se la puso por encima de los hombros.

–Ponte esto. Ha refrescado.

–Gracias –dijo Jess, y se preguntó si aquel seductor susurro había sido realmente suyo.

La chaqueta conservaba el calor corporal de Drago, y enseguida echó en falta que la rodeara con sus brazos. Desesperada por alejar aquellos traicioneros pensamientos, cerró los ojos, pero su imaginación se llenó de imágenes del bronceado y desnudo cuerpo de Drago unido al suyo...

–Yo también sigo deseándote...

Al sentir el aliento de la profunda voz de Drago en la mejilla, Jess abrió los ojos. Al ver el deseo que brillaba en su mirada, se quedó sin aliento.

–Yo no...

–Sí, querida, tú también –murmuró Drago un instante antes de capturar sus labios.

Jess perdió al instante aquella batalla consigo misma. El placer de los besos de Drago era imposible de resistir y sus labios se entreabrieron casi con voluntad propia para recibirlo.

–Si te sirve de consuelo –dijo él cuando, finalmente, alzó la cabeza–, yo tampoco sé qué me pasa contigo. Se suponía que esto no debería haber sucedido.

El tenso tono de su voz rebeló su frustración. No le gustaban las muestras de afecto en público, y no podía creer que hubiera besado a Jess en una góndola en medio del principal canal de Venecia. Al menos, el gondolero había sido lo suficientemente discreto como para apartar la mirada, así que cuando llegaron al *palazzo* le dio una buena propina.

Cuando entraron en el vestíbulo, Jess se encaminó directamente a las escaleras, pero Drago la alcanzó cuando solo había subido un peldaño.

–Si no te importa, me gustaría ir directamente a la cama –le dijo ella.

La repentina sonrisa de Drago la dejó sin aliento. Sin su habitual expresión de arrogancia parecía casi un jovencito increíblemente sexy.

–Excelente idea.

Jess se ruborizó intensamente.

–Me refería a irme directamente a la cama sola... –se interrumpió cuando Drago la tomó en brazos como si pesara poco más que una pluma–. No... podemos –susurró cuando entraron en el dormitorio y Drago la llevó directamente a la cama–. Lo de anoche fue un error...

Drago la dejó en la cama y se tumbó sobre ella para hacerle sentir la evidencia de su excitación. Cuando la miró, la diversión se

había esfumado de sus ojos.

–Lo de anoche era inevitable desde el momento en que no conocimos –murmuró mientras desabrochaba los botones delanteros del vestido de Jess. En cuanto sus pechos quedaron expuestos, dejó escapar un murmullo de aprobación–. Eres preciosa –añadió antes de inclinarse a acariciarle con la lengua los pezones.

Jess sintió que se incendiaba y arqueó su esbelto cuerpo hacia él mientras Drago terminaba de desvestirla.

Cuando la penetró, se quedó sin aliento. Sintió que colmaba su cuerpo, que la completaba, y lo rodeó con las piernas por las caderas para permitirle poseerla con profundamente. Mientras su cuerpo se estremecía con las exquisitas oleadas del orgasmo, su corazón remontó el vuelo y, cuando Drago alcanzó su propia liberación, experimentó una intensa ternura, y la extraña sensación de que sus almas se habían unido.

Por la tarde ya no había tantos turistas deambulando por la plaza de San Marcos, y los restaurantes se llenaban. Sentada bajo el toldo de una de las cafeterías de la plaza, con el codo apoyado en la mesa y la barbilla en la mano, Jess tenía una magnífica vista de la basílica.

–Creo que estoy enamorada –murmuró. Junto a ella, Drago se tensó visiblemente y, cuando lo miró y vio su perpleja expresión, rio–. Pero no de ti, sino de Venecia.

–Ah –el alivio fue evidente en la sonrisa que le dedicó Drago.

Por algún motivo, Jess experimentó una punzada de pesar ante la evidencia de que solo quería sexo con ella. «No seas tonta», se dijo. Sabía muy bien que su relación estaba basada exclusivamente en la atracción física. Su vida sexual era increíble, pero, inevitablemente, la ardiente pasión que compartían se iría enfriando.

–Si quieres, el fin de semana podemos volver a subir al campanario –sugirió él–. También puedo llevarte a ver el palacio Doge, que tiene una colección de pintura increíble. Y no puedes irte de Venecia sin haber pasado por el Puente de los Suspiros.

–Que nombre tan romántico. ¿Por qué lo llaman así?

–La explicación es menos romántica de lo que parece. El puente solía llevar a la prisión estatal y, a menudo, cuando los prisioneros la cruzaban, era la última vez que veían Venecia.

Jess bajó la mirada.

–Me siento un poco culpable disfrutando de todo esto mientras Angelo sigue en el hospital.

–Has ido a visitarlo a diario durante dos semanas, y sé cuánto

aprecia tu compañía. Seguro que no le gustaría que no tuvieras nada de tiempo libre.

–Pero no debería tener tiempo libre. Debería estar en casa, dirigiendo mi negocio. Ya sé que cuando llamé a Mike me dijo que todo iba bien, pero necesito volver a hacerme cargo. Mi empresa lo es todo. Es lo único que he logrado sacar adelante en mi vida –admitió.

–En cuanto Angelo recupere la memoria serás libre para irte –Drago dijo aquello con una sonrisa encantadora, pero en un tono implacable, y el corazón de Jess volvió a encogerse al constatar una vez más que seguía sospechando.

Tenía pruebas de sobra de que su deseo por ella no había menguado un ápice, pero, aparte de su atracción mutua, entre ellos se estaba desarrollando una inesperada sensación de compañerismo, o incluso de amistad. Le encantaba deambular por la ciudad con él, explorar los estrechos callejones y las encantadoras placitas, acudir a algún restaurante después de las visitas diarias que había hecho a Angelo mientras Drago trabajaba.

–¿Cómo estaba Angelo hoy, por cierto? –añadió Drago.

–Aún le duele la cabeza –Jess frunció el ceño–. Lleva tres días sin que se le pase y su madre está muy preocupada.

Tras los días transcurridos, Dorotea había empezado a mostrarse más amable con ella, e incluso le había dado las gracias por los esfuerzos que estaba haciendo. La madre de Drago también se había mostrado más amistosa, pero en un par de ocasiones había sentido su especulativa mirada y había intuido que Luisa sabía que se estaba acostando con su hijo.

–Hablaré con el médico... –dijo Drago, que se interrumpió cuando un niño cuyos padres estaban en una mesa cercana se encaminó hacia ellos. Mirando su mata de pelo rubio y sus grandes ojos azules Jess calculó que tendría dos años. Parecía intrigado por Drago, y sonrió a la vez que agitaba el helado de cucurucho que sostenía en la mano.

–¡No, Josh! –la madre se levantó justo en el momento en que la bola de helado caía sobre los pantalones de Drago–. Cuánto lo siento... –dijo en inglés, agobiada.

Drago la interrumpió riendo.

–No se preocupe. Es un niño encantador –su tono fue tan amable que llamó la atención de Jess.

–Sí, pero también puede ser un terremoto –aseguró la madre antes de mirar a Jess–. Ya se sabe como son a los dos años...

Jess asintió y sonrió mientras trataba de ignorar la sensación de que un cuchillo atravesaba su corazón. ¿Cómo había sido Katie a los dos años?, se preguntó. ¿Había sido muy traviesa? Nunca lo sabría,

y recordarlo hizo revivir en su interior el dolor que nunca la abandonaba del todo.

La mujer tomó al niño de la mano y, tras despedirse, volvió a su mesa.

–Parece un niño encantador –comentó Drago mientras trataba de limpiarse los pantalones con una servilleta.

–He notado que a los italianos os encantan los niños –dijo Jess, pensativa–. ¿Nunca te has planteado casarte y tener hijos?

–Me gusta mi vida tal como es.

Sorprendida por la repentina sequedad del tono de Drago, Jess lo observó con curiosidad.

–Has sido muy cariñoso con el niño. Creo que serías un gran padre.

–¡Santa Virgen! ¿Te importaría dejar el tema? –espetó él–. Mi vida personal no tiene por qué formar parte de nuestras conversaciones.

Jess se sintió irritada ante su arrogante tono.

–¿Y por qué no? Yo te he contado cosas de mí, de lo que pasó con Seb. ¿Por qué no quieres hablar de ti mismo? –sabía que no significaba nada para él, pero recordar que lo único que quería de ella era una relación sexual le dolió más de lo debido–. ¿Acaso ocultas algún secreto?

–No seas ridícula –replicó Drago, tenso y claramente incómodo.

–¿Has estado enamorado alguna vez? –preguntó Jess directamente.

Drago entrecerró los ojos, impaciente.

–Una vez. Hace mucho tiempo.

–¿Qué pasó?

–No pasó nada. La relación terminó y maduré. Fue una experiencia muy educativa –dijo Drago, y su tono irónico intrigó aún más a Jess. Le habría gustado poder hacerle más preguntas, pero él miró en aquel momento su reloj y se levantó.

–Voy al hospital a hablar con el doctor sobre los dolores de cabeza de Angelo –dijo con brusquedad–. Fico te llevará de vuelta al *palazzo* –añadió, con un evidente esfuerzo por suavizar su tono–. Quiero pedirte el favor de que hagas de anfitriona en la cena anual de directivos de Cassa di Cassari. Mi madre y mi tía suelen asistir, pero este año quieren dedicar todo su tiempo a Angelo. Será a las ocho y la mayoría de asistentes habla inglés, así que no tendrás mayor problema que decidir qué ponerte. ¿Querrás hacerlo?

–No hay problema –dijo Jess en un tono exageradamente animado.

No estaba dispuesta a permitir que Drago viera el dolor que le producía su rechazo a hablar sobre sí mismo con ella, ni a que

notara su nerviosismo ante la perspectiva de la fiesta. ¿Qué diablos tenía en común una simple decoradora con aquel mundo de ejecutivos?

Cuando se levantó tuvo la desagradable sensación de que el suelo se ladeaba bajo sus pies y tuvo que agarrarse al borde de la mesa.

–¿Qué pasa? –preguntó Drago, que frunció el ceño al ver lo pálida que se había puesto.

–Solo me he mareado un poco. Enseguida se me pasa.

Drago no parecía convencido.

–Espero que no vayas a ponerte mala. También te has sentido mareada esta mañana.

–No es nada –insistió Jess, sin mencionar que se había sentido mareada en más ocasiones–. Puede que haya tomado demasiado el sol. No estoy acostumbrada al calor de Venecia.

–Deberías usar sombrero –dijo Drago, que apartó un mechón de pelo de la frente de Jess antes de inclinarse para darle un ligero beso–. Me encantan tus pecas... especialmente las de tus pechos –murmuró en un tono que hizo que Jess experimentara un placentero e incontrolable estremecimiento.

Cuando tomó su bolso de la silla contigua, la revista que había comprado en el hospital se salió y cayó al suelo. Drago se inclinó para recogerla, y, cuando la miró, su expresión se ensombreció.

–¿Por qué lees esta basura? Las revistas de cotilleo son un asco –dijo con expresión desdeñosa.

–Supongo que piensas que solo debería leer a los autores clásicos –replicó ella, irritada–. Solo he comprado la revista porque tiene fotos de las casas de los famosos. Pero no creas que en casa me paso el rato leyendo a Shakespeare. A diferencia de ti, no nací en una familia privilegiada y no cuento con la ventaja de una buena educación.

Jess no pudo controlar un pequeño temblor en su voz. Drago era muy inteligente y sabía mucho sobre muchas cosas. A ella le avergonzaba su falta de educación , y estaba claro que él pensaba que era una joven guapa y tonta.

–Al menos no soy una esnob que critica a los demás por sus gustos –añadió con vehemencia.

Drago se pasó una mano por el pelo, exasperado.

–No pretendía insultarte. No hay por qué ser tan susceptible.

Su exasperación se esfumó y experimentó una inesperada ternura al ver el brillo de las lágrimas en los ojos de Jess. No quería explicarle que la fotografía de una bella mujer de la alta sociedad en la portada de la revista había supuesto un desagradable recordatorio del pasado. Tampoco podía explicar a Jess que la

escena con el niño en la cafetería había evocado un dolor muy oculto en su interior. Era mejor dejar algunas cosas enterradas para siempre. Nunca había sentido inclinación a hablar de su pasado, y no había motivo para que lo hiciera con Jess.

Dejó escapar un suspiro de frustración al ver que Fico se dirigía hacia ellos por la plaza. Lo que le habría gustado habría sido llevarse a Jess al palacio para hacerle el amor, pero, como siempre, su sentido del deber prevaleció. Estaba preocupado por su primo y había prometido a su tía ir a hablar con el médico sobre sus dolores de cabeza.

Capítulo 8

Dónde diablos estaría Drago?, se preguntó Jess tras mirar el reloj por enésima vez. Los invitados iban a empezar a llegar en cualquier momento, esperando ser recibidos por su anfitrión. En lugar de ello iban a ser recibidos por una anfitriona cuyas habilidades sociales eran muy escasas, pensó, nerviosa. Afortunadamente, Francesco, el mayordomo de Drago, seguía tan inmutable como siempre y la había informado de que todo estaba listo para la fiesta.

Cuando fue de su habitación a la de Drago sintió un intenso alivio al ver que acababa de llegar.

–¡Menos mal! –dijo, y su alivio dio paso al enfado al ver que él se limitaba a ajustarse los gemelos con tanta calma como si tuviera todo el tiempo del mundo–. ¿Dónde has estado? Estaba muy preocupada.

Drago alzó las cejas.

–No me digas, *cara* –murmuró–. No sabía que te preocuparas tanto.

–Me preocupaba que no llegaras a tiempo –Jess se calló, desconcertada por la actitud de Drago y la extraña sensación de que estaba evitando su mirada–. ¿Te has retrasado en el hospital? ¿Cómo está Angelo?

–Está bien –Drago debió de sentir que su respuesta había sido muy seca, porque finalmente la miró–. Hablaremos luego sobre él.

De pronto sonrió y Jess no pudo evitar un ligero temblor de rodillas cuando la miró de arriba abajo.

–Estás preciosa. El vestido es perfecto.

Jess se ruborizó.

–Es una maravilla. Nunca había llevado nada parecido.

El vestido largo de raso azul que había encontrado en su cuarto al ir a cambiarse era exquisito. El aparentemente sencillo diseño realzaba su figura, y los tirantes de pedrería y el estrecho cinturón que incluía le conferían un glamour extra. Una de las empleadas del servicio la había ayudado a hacerse un elegante moño y llevaba unos zapatos de tacón que añadían varios centímetros a su estatura.

–¿Es de la colección de Cassa di Cassari? –preguntó.

–No. Pedí al diseñador Torre Humberto que lo hiciera especialmente para ti. Y esto será un accesorio perfecto para el vestido.

Mientras avanzaba hacia ella, Drago sacó algo de su bolsillo. Jess se quedó boquiabierta al ver que se trataba de una gargantilla

de diamantes intercalados con zafiros.

–Creo que no debería llevarlo. ¿Y si lo pierdo? –preguntó, nerviosa. Experimentó un cosquilleo por todo el cuerpo cuando Drago se lo puso en torno a la garganta.

–No lo perderás –dijo él a la vez que la hacía volverse hacia el espejo.

Jess contuvo el aliento al verse.

–Me siento como si acabara de entrar en un cuento de hadas –susurró mientras contemplaba con asombro a la bella mujer que la observaba desde el otro lado del espejo. Experimentó un nuevo cosquilleo cuando Drago inclinó la cabeza y deslizó los labios por su cuello.

Cuando la hizo volverse de nuevo, se notó que estaba haciendo verdaderos esfuerzos para no besarla. Se apartó de ella y se pasó una mano por el pelo.

–Jess... tenemos que hablar.

–¿Sobre qué? –preguntó ella, desconcertada por la nada habitual incomodidad que revelaba la actitud de Drago.

Drago masculló una maldición cuando llamaron a la puerta y fue a abrir. Tras una breve conversación con el mayordomo, se volvió a mirar a Jess con expresión frustrada.

–Francesco dice que ya han llegado algunos invitados. Más vale que bajemos a recibirlos.

La madre adoptiva de Jess solía citar refranes y, uno en particular, «no se puede hacer un bolso de seda con la piel de un asno», nunca había parecido más adecuado, reflexionó Jess más tarde. Gracias al vestido no había parecido fuera de lugar entre tantas mujeres elegantes y glamurosas, pero no había tardado en quedar claro que no encajaba en el sofisticado mundo de los «muy» ricos.

La comida había sido una auténtica pesadilla. No había sabido qué cubiertos utilizar con cada plato y nada más empezar se las había arreglado para tirar la copa de vino del invitado junto al que estaba sentada. Uno se los camareros se había ocupado de arreglar las cosas, pero ella había sentido que todas las miradas se volvían en su dirección.

Habría sido mejor que Drago hubiera hecho de único anfitrión y, por la forma en que se había dedicado a evitarla toda la tarde, él mismo parecía pensarlo. Mientras se servían los cócteles se había dedicado a atender a los invitados y apenas había hablado una palabra con ella. Y aunque durante la cena había estado sentado enfrente, había centrado su atención en las dos bellas mujeres que

estaban sentadas a su lado. Pero cuando se sirvió el café se sumió en un meditabundo silencio y su seria expresión disuadió a cualquiera de acercarse a él.

–No me sorprende que nuestro anfitrión esté tan serio –comentó la mujer que estaba sentada junto a Jess.

–¿A qué se refiere? –preguntó Jess a Theresa Petronelli, la elegante mujer del director de finanzas de Cassa di Cassari.

–Supongo que a cualquier hombre le resultaría duro ver fotos de su exprometida, y del marido y el hijo de ambos en la portada de una de las principales revistas del corazón. Supongo que es un duro recordatorio de lo que perdió.

Jess trató de ocultar su conmoción.

–¿Drago estuvo comprometido?

–Con la encantadora Vittoria, que estaba deslumbrante en la última edición de *Vita* –confirmó Theresa–. Se comprometieron hace diez años y los padres de Vittoria organizaron una boda por todo lo alto. Pero, de pronto, la relación terminó. Hubo rumores de que Vittoria tuvo que ser repentinamente hospitalizada, pero nadie dio ninguna explicación. Los paparazzi asediaron a Drago, que se negó a contar nada de lo sucedido. A menudo me he preguntado si se sintió más afectado por lo sucedido de lo que dejó entrever. El padre de Vittoria es conde y ella habría sido la esposa perfecta para Drago, pero hace dos años se casó con un banquero suizo y está a punto de dar a luz a su segundo hijo.

Jess recordó la revista que se le había caído del bolso aquella mañana. No había entendido por qué Drago se había mostrado tan malhumorado, pero, por lo que acababa de averiguar, no era de extrañar que le hubiera afectado ver las fotos de su exprometida felizmente casada con otro.

¿Seguiría enamorado de ella?, se preguntó. Por algún motivo incomprensible, sintió que se le encogía dolorosamente el corazón. Cuando volvió instintivamente la mirada hacia él, se tensó al comprobar que la estaba observando con una curiosa intensidad.

–¿Estás disfrutando de la fiesta? –preguntó.

Dolida por la indiferencia que había mostrado hacia ella toda la tarde, no vio motivo para mostrarse diplomática.

–En realidad no. Me siento fuera de lugar entre tanta gente sofisticada. La clase de fiesta a la que estoy acostumbrada es una barbacoa con mi equipo de trabajo compitiendo para ver quién bebe más cerveza. Este no es mi sitio –dijo, y apartó rápidamente la mirada al sentir la punzada de las tontas lágrimas que asomaron a sus ojos.

Drago frunció el ceño.

–Eso no es cierto. Por supuesto que este es tu sitio. Eres mi

invitada.

–Soy tu prisionera , sospechosa de algo que no he hecho –replicó Jess, agradeciendo que su vecina de mesa se hubiera puesto a hablar con otro invitado.

Drago le dedicó una irónica mirada.

–Estoy seguro de que alguien tan ingeniosa como tú podría haberse ido de Italia si realmente hubiera querido hacerlo… lo que me hace pensar que tal vez has querido quedarte conmigo.

–Quería irme –espetó Jess, indignada–, pero, gracias a ti, mi pasaporte está en el fondo del canal.

–¿Gracias a mí? Yo no tuve nada que ver con tu absurda huida. Te estás engañando, querida. Te has quedado porque te gusta lo que te hago sentir –afirmó Drago con una voz ronca y sensual que acarició los sentidos de Jess.

Cuando lo miró sintió que se le encogía el estómago. Estaba increíblemente atractivo con su esmoquin. Las luces de las velas acentuaban los duros planos y ángulos de sus rasgos, y un mechón de pelo negro caía sobre su frente.

Se había quedado porque se había enamorado de él.

Tragó con esfuerzo al hacerse repentinamente consciente de aquella realidad, y bajó rápidamente la mirada, aterrorizada ante la perspectiva de que Drago pudiera interpretar correctamente su expresión. Gimió internamente ante su propia estupidez.

Afortunadamente, en aquel momento se levantó un invitado y propuso un brindis por el director de Cassa de Cassari. Al parecer, aquello significaba que la fiesta había terminado, y Jess aprovechó el ajetreo para subir. Siguiendo la costumbre, fue directa al dormitorio de Drago. Al entrar se detuvo para mirarse en el espejo del vestíbulo. Tenía un aspecto encantador con aquel vestido de cuento de hadas, pero no se parecía nada a la Jess Harper que dirigía una pequeña empresa de decoración y que estaba más acostumbrada a vestir monos de trabajo. Había llegado el momento de dar por zanjada aquella locura. Había creído que podía tener una aventura con Drago sin que sus emociones se vieran implicadas, pero tras cometer la locura de haberse enamorado de él, tenía que acabar con aquella relación.

El ligero dolor de cabeza que había sentido toda la tarde se había intensificado y volvía a sentir náuseas. Tal vez había pillado algún virus y por eso se estaba sintiendo tan falta de energía. Se soltó el moño para aliviar la presión en la cabeza y, tras quitarse el collar que le había dado Drago, se preguntó dónde debía dejarlo. Probablemente lo guardaba en una caja fuerte, pero decidió que lo mejor que podía hacer de momento era dejarlo en el cajón de la mesilla de Drago.

Cuando lo abrió se fijó en su pasaporte, que se hallaba encima de otros papeles. Al fijarse, vio con sorpresa que se trataba de un pasaporte inglés, no italiano. La curiosidad pudo con ella y, tras un momento de duda, lo abrió... y experimentó una intensa conmoción. ¡Era imposible! Su pasaporte estaba en su mochila y en aquellos momentos debería encontrarse en el fondo del canal...

El sonido de la puerta al abrirse la hizo volverse con el pasaporte en la mano.

–No entiendo... ¿Qué hace mi pasaporte en tu cajón?

–Te lo quité de la mochila cuando llegaste al *palazzo* por primera vez –Drago se encogió lacónicamente de hombros–. Me pareció la mejor forma de asegurarme de que permanecieras en Italia hasta que se aclararan las cosas.

–¿Cómo te atreviste a engañarme así? –le preguntó Jess sin ocultar su irritación–. Aunque no debería sorprenderme –añadió con una amarga risa–. Debería estar acostumbrada a que los hombres me engañen. Eres igual que Seb, taimado y controlador... –su voz se quebró. Qué estúpida había sido creyendo que se habían hecho amigos además de amantes durante aquellos días. Horrorizada, sintió que una lágrima se deslizaba por su mejilla. Se la enjugó con enfado. Lo único que le quedaba era el orgullo, de manera que alzó la barbilla y dedicó una mirada iracunda a Drago–. Me has acusado y tratado injustamente. No sé nada del dinero perdido de tu primo...

Se interrumpió al ver que Drago avanzaba hacia ella con una expresión muy difícil de definir en la mirada.

–Lo sé. Angelo ha recuperado la memoria y lo recuerda todo. Por eso me retrasé en el hospital.

Conmocionada, Jess se sentó en la cama.

–¿Y recuerda lo que hizo con su herencia? ¿Por qué no me habías dicho nada hasta ahora?

Drago exhaló el aire lentamente. Se enorgullecía de su capacidad para juzgar a las personas, pero con Jess se había equivocado del todo, y no sabía cómo iba a arreglar las cosas.

–Lo siento. No sabía qué decirte. Tengo tantas cosas por las que disculparme que no sé cómo empezar. Angelo invirtió su dinero en una mina de oro. Sé que parece una locura, pero, al parecer, conoció a alguien que lo convenció de que era una oportunidad única con la que triplicaría sus beneficios –Drago suspiró pesadamente antes de continuar–. Al cabo de un tiempo descubrió que lo habían engañado y que estaba sin un penique. Gracias a ti encontró un lugar en que quedarse. Al parecer, le daba miedo contarme lo sucedido. Yo no tenía idea de que me temiera –añadió con una mueca.

Al percibir el dolor que había tras sus palabras, Jess no pudo

evitar sentirse compasiva.

–Seguro que no te teme. Lo único que sucede es que necesita encontrar su camino en la vida y no quiere decirte nada hasta conseguirlo.

–No quiere un trabajo en Cassa di Cassari. Quiere ser músico profesional –murmuró Drago–. Cuando mi tía se enteró de que había retirado todo su dinero del banco, Angelo se asustó y le dijo que se lo había prestado a una amiga inglesa llamada Jess Harper. Naturalmente, Dorotea me pidió que averiguara lo sucedido.

–Y cuando averiguaste que en el pasado había sido acusada de fraude creíste que había engañado a Angelo –Jess se tensó cuando Drago se sentó a su lado en la cama.

Drago miró y sintió que su corazón se encogía al ver lo pálida que estaba.

–Cuando, finalmente, Angelo decidió que debía contar lo sucedido y volvió a Italia, sufrió el accidente. Reconozco que cuando descubrí que tenías una ficha policial me hizo sospechar de ti, pero cuando te conocí en tu piso... –Drago se interrumpió un momento y movió la cabeza lentamente–... me quedé deslumbrado. Sentí unos celos absurdos al pensar que pudieras ser la amante de mi primo. Fue fácil pensar que Angelo había sido engañado por una bella mujer, como me sucedió a mí en el pasado. Pero, viendo cómo te comportabas con él y los esfuerzos que hacías por lograr que recuperara la memoria, no tardé en empezar a sospechar que me había equivocado contigo.

–Entonces, ¿por qué escondiste mi pasaporte?

Drago apartó la mirada.

–Había un motivo por el que quería que te quedaras... y no tenía nada que ver con mi primo.

Jess frunció el ceño.

–¿Qué motivo?

Drago había tratado de convencerse de que su fascinación por Jess se debía a lo bien que se entendían sexualmente, pero sabía que, en el fondo, había algo más. Cuando la miró a los ojos, percibió su desconcierto.

–No quería perderte –admitió con pesar–. Y sigo sin querer perderte.

El grave tono de voz de Drago hizo que el corazón de Jess latiera más rápido. ¿Estaba diciendo que su relación significaba algo para él? ¿Que ella significaba algo para él?

–No entiendo. Angelo ha recuperado la memoria y ahora ya sabes que yo no tuve nada que ver con la pérdida de su dinero. ¿Por qué no iba a volverme ya a Inglaterra?

–Tú sabes por qué, querida. Tú también lo sientes –dijo, y, sin

poder contenerse, alzó una mano para acariciarle el pelo–. Nunca he deseado a una mujer como te deseo a ti, *mia bella* –murmuró a la vez que deslizaba un pulgar por su carnoso labio inferior–. No quiero que nuestra relación termine.

El corazón de Jess estaba latiendo con tal fuerza que temió que pudiera escucharse fuera. Estaba anonadada por lo que acababa de decir Drago. No había hablado de ninguna clase de compromiso, pero olvidó toda precaución ante la evidencia de que quería seguir con ella... aunque no supiera durante cuánto tiempo. ¿Pero cómo iba a seguir adelante con aquello si tenía que volver a Londres para ocuparse de su pequeña empresa de decoración? Estaba segura de que Drago no tardaría en cansarse de una relación a distancia. ¿Y si le sugería que se trasladara a Venecia? Sería una locura dejar su negocio por tener una aventura con él que, sin duda, acabaría en unos meses... Pero la perspectiva de irse y no volver a verlo hacía que se le desgarrara el corazón.

Sintiéndose demasiado inquieta como para permanecer sentada, se levantó rápidamente de la cama. De pronto, la habitación pareció ponerse a girar en torno a ella y se sintió aturdida. Experimentó una extraña sensación de frío y calor al mismo tiempo, escuchó un sordo rumor en sus oídos y Drago pronunciando su nombre mientras sentía que su mente se sumergía en una completa oscuridad.

Capítulo 9

La habitación había dejado de dar vueltas a su alrededor. Jess giró la cabeza con cautela y se encontró con la atenta mirada de Drago.

–No te muevas. El doctor está de camino.

Jess trató de erguirse, pero sintió una nueva oleada de náuseas.

–Mi vestido se va a arrugar si sigo tumbada –murmuró–. Y no necesito a un médico.

–Claro que lo necesitas. Te has desmayado, estás pálida como la cera y últimamente has sufrido mareos.

El médico llegó unos minutos después y, tras examinarla, decidió tomarle una muestra de sangre para comprobar si estaba anémica.

–Es un problema bastante común entre las mujeres jóvenes, pues pierden hierro en cada periodo, sobre todo si no comen adecuadamente.

–Como bien –murmuró Jess–, pero soy delgada por naturaleza –añadió mientras su mente entraba en un frenético proceso de cálculo. El periodo solo se le había retrasado unos días... y la posibilidad de estar embarazada era demasiado abrumadora como para contemplarla. No podía haberse quedado embarazada por accidente una segunda vez, se dijo. Tenía que tratarse de algún virus estomacal.

–¿Adónde crees que vas? –preguntó Drago al volver a la habitación, tras haber acompañado al médico a la puerta, y encontrar a Jess intentando levantarse.

–A mi cuarto –Jess seguía sin saber la clase de relación que Drago quería con ella, pero en aquellos momentos se sentía demasiado débil y vulnerable como para pedirle una explicación–. Creo que será mejor que duerma sola. Debo de tener alguna infección estomacal y no quiero molestarte durante la noche.

Drago negó con firmeza.

–No pienso arriesgarme a que te desmayes otra vez estando sola. El médico tendrá los resultados de tus análisis mañana, pero esta noche vas a dormir aquí, donde pueda vigilarte... –la paciencia de Drago se esfumó cuando, a pesar de sus palabras, Jess se puso en pie–. Eres la mujer más testaruda y exasperante que he conocido... –dijo a la vez que la sujetaba por el brazo para impedir que se alejara.

–Necesito quitarme el vestido.

Sin decir nada más, Drago hizo girar a Jess y le bajó la cremallera del vestido. A pesar de todo, Jess no pudo evitar ruborizarse cuando Drago deslizó los tirantes hacia abajo por sus hombros y dejó que el vestido cayera hasta quedar amontonado en torno a sus pies.

Jess sentía los pechos especialmente sensibles aquellos días, y sus pezones estaban excitados y tensos como guijarros. Cuando Drago entrecerró los ojos, ella contuvo el aliento, anhelando que la tomara entre sus brazos y le hiciera olvidarse del mundo...

–Será mejor que te pongas esto para dormir –dijo, ayudándola a ponerse una camisa y sin explicar por qué quería que se cubriera si normalmente dormía desnuda–. ¿Te apetece beber algo? Si quieres puedo pedirle a Francesco que traiga un té.

Por algún motivo inexplicable, Jess sintió ganas de llorar ante la amable actitud de Drago.

–No quiero nada, gracias. Estoy muy cansada –murmuró Jess mientras se metía en la cama. Una vez bajo las sábanas dio un profundo suspiro que hizo que aumentara la preocupación de Drago.

Cuando se metió en la cama con ella, su cuerpo reaccionó de forma totalmente predecible al entrar en contacto. Se alegró de haberle hecho ponerse la camisa. Con aquel cuerpo podría haber tentado a un santo, y más aún a un simple mortal.

Unos momentos después, el pausado ritmo de su respiración reveló que estaba dormida.

Cuando Jess abrió los ojos a la mañana siguiente, la luz del sol entraba de lleno en la habitación. Frunció el ceño al ver que eran más de las diez de la mañana. Nunca había dormido hasta tan tarde en toda su vida, y lo cierto era que se sentía mucho mejor que el día anterior. De hecho, era habitual que se sintiera especialmente emocional y con náuseas cuando iba a tener el periodo, de manera que no le habría sorprendido que le bajara la regla aquella misma mañana.

–¿Cómo te sientes?

La voz de Drago sobresaltó al Jess. Cuando se volvió, vio que estaba sentado en un sillón cercano a la cama. Su rostro, curiosamente inexpresivo, llamó su atención.

–Me siento bien –aseguró–. No sé por qué me desmayé ayer. Puede que esté un poco anémica, como sugirió el médico.

–¡Cielo santo! –Drago se puso en pie con la fuerza de un volcán en erupción–. Deja de simular que no sabes lo que te pasa. ¡Sé que estás embarazada de mí! –casi gritó–. ¿Por qué no me lo habías

dicho?

Había recibido una llamada del médico hacía una hora y durante ese tiempo su enfado no había hecho más que aumentar. ¿Por qué le había ocultado Jess su embarazo? Los recuerdos del escenario de pesadilla que vivió ocho años atrás habían vuelto a surgir. Nunca olvidaría la expresión aterrorizada de Victoria... ni la sangre. Hubo mucha sangre. Cerró los ojos para tratar de alejar las imágenes, y cuando los abrió centró su severa mirada en Jess.

–¿Planeabas mantener en secreto tu embarazo? –preguntó amargamente, pero enseguida notó que Jess se estaba poniendo aún más pálida que el día anterior y se acercó a la cama–. ¿Vas a desmayarte? Pon la cabeza entre las piernas –dijo a la vez que la ayudaba a hacerlo.

–Estoy bien –murmuró ella con voz temblorosa. La cabeza aún le daba vueltas cuando volvió a mirar a Drago–. No estoy embarazada. No puedo estarlo...

Drago frunció el ceño. La reacción de Jess era claramente sincera, y su enfado se esfumó al comprender que no sabía que estaba embarazada.

–Ambos sabemos que mantuvimos relaciones sexuales sin protección la primera vez –dijo con más suavidad–. El doctor Marellis ha llamado esta mañana mientras dormías y me ha dicho que las pruebas confirman tu embarazo.

–No tenía derecho a darte esa información...

–Eduardo es un viejo conocido de la familia. Probablemente ha pensado que yo tenía derecho a saber que estabas embarazada... y me ha felicitado por mi próxima paternidad.

Jess agitó la cabeza para tratar de despejarse. No podía ser cierto. Pero ¿por qué iba a mentirle Drago?

–Juro que no lo sabía –afirmó, aturdida–. La regla solo se me ha retrasado unos días y no le había dado importancia...

Había concebido un hijo de Drago y, por la furiosa expresión de este, estaba claro que no se sentía más satisfecho por la noticia de lo que se sintió Seb cuando le dijo que estaba esperando su bebé.

Empezó a temblar. Iba a tener un hijo. Aquello era algo que había asumido que no volvería a pasarle nunca más. El recuerdo de lo sucedido en su adolescencia, de la desesperada decisión que tuvo que tomar, le hizo apretar los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Su decisión de seguir adelante con el embarazo fue inmediata. Pero debía enfrentarse al hecho de que la realidad de su situación no era mejor de lo que había sido cuando tenía diecisiete años...

Inmersa en sus pensamientos, se sorprendió cuando Drago se movió hacia la ventana. Su duro perfil resultaba tan intimidatorio...

Se mordió el labio inferior. Si al menos fueran amantes en el verdadero sentido de la palabra, y, en lugar de apartarse de ella, la hubiera tomado entre sus brazos, feliz por la perspectiva de ir a tener un hijo...

–¿En qué estás pensando? –dijo Drago mientras la observaba y se preguntaba cómo podía estar fantaseando sobre la idea de hacerle el amor cuando parecía tan frágil que podría romperse en cualquier momento.

Jess se encogió de hombros con gesto de impotencia.

–En cómo me las voy a arreglar como madre soltera. Mientras esté en forma no hay motivo para que deje de trabajar, y después... ya veremos. Al principio los bebés duermen mucho, y tal vez pueda llevármelo al trabajo en el cochecito...

–Si crees que voy a permitir que lleves a un hijo mío a una obra es que estás aún más loca de lo que creí cuando te atrapé escapando por el balcón –dijo Drago con aspereza.

–No trabajo en obras –protestó Jess, irritada–. Decoro casas. No las construyo. Sé que llevármelo al trabajo no será la mejor solución, pero no me va a quedar más remedio. Tendré que trabajar para mantener a mi hijo.

–De eso nada. Como mi esposa, nunca te faltará de nada.

Jess se tensó al escuchar aquello. Lo primero que pensó fue que no había entendido bien.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó, insegura.

–Que voy a casarme contigo, por supuesto –dijo Drago con arrogancia–. Es la solución más obvia.

Jess volvió a morderse el labio.

–Anoche dijiste que querías que nuestra relación continuara, pero no creo que tuvieras intención de casarte conmigo.

–Anoche no sabía que llevabas a mi heredero dentro.

–Tu heredero... –Jess bajó la mirada al comprender que aquel era el único motivo por el que se estaba planteando casarse con ella–. Estoy esperando tu bebé, Drago, un proyecto de ser humano que en unos meses respirará por primera vez. Creo que es demasiado pronto para planear su papel como director de Cassa di Cassari...

Aquellas palabras hicieron caer a Drago en la asombrosa realidad de que, en unos meses, Jess daría a luz a su hijo. Nada más hablar con el médico se había quedado anonadado... y también consternado. Su vida ya era lo suficientemente ajetreada sin la responsabilidad adicional de un hijo, pero, le gustara o no, debía enfrentarse a la realidad del embarazo de Jess. Y, una vez que la conmoción inicial se le fue pasando, empezó a sentir una extraña excitación ante la perspectiva de ir a ser padre.

Su momentánea euforia de esfumó al recordar el embarazo de Vittoria. Siempre se sentiría culpable por no haberle prestado la suficiente atención, por no haberla cuidado adecuadamente. Pero no pensaba cometer el mismo error con Jess que, sin ninguna duda, iba a recibir los mejores cuidados médicos. La solución más práctica sería persuadirla de que se casara con él.

–No estoy pensando en el futuro papel de nuestro hijo en la empresa, pero lo que está claro es que va a ser un miembro de la familia Cassari, y por tanto tiene derecho a crecer aquí, en este palacio. También tiene derecho a ser querido y cuidado por su madre y su padre. Seguro que, tras haber crecido sin padres, estarás de acuerdo en que lo mejor que podemos hacer por nuestro hijo es ofrecerle una familia estable y unida.

Conmovida por el fervor del tono de Drago, Jess sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Toda su vida había anhelado formar parte de una familia, y por supuesto que quería seguridad para su bebé. Pero no se le había pasado por la cabeza que Drago querría tener su hijo, y menos aún que sugeriría que se casaran.

–Podemos ofrecer seguridad al bebé sin necesidad de casarnos...

–¿Te refieres a pasarnos meses en los juzgados decidiendo quién pasará las Navidades con él? –interrumpió Drago–. ¿Es eso lo mejor que podemos ofrecer al pequeño ser que hemos creado?

El estridente sonido de su teléfono interrumpió el tenso silencio que siguió a su pregunta. Tras mirar la pantalla masculló una maldición.

–Es Dorotea. Será mejor que hable con ella –tras una breve conversación en italiano, colgó–. Angelo va a ser operado de la pierna esta mañana. Mi tía quiere que vaya al hospital, pero le he dicho que tengo algo importante que resolver aquí.

–Creo que deberías irte –dijo Jess rápidamente–. Tu familia te necesita.

–No pienso irme sin que respondas a mi proposición de matrimonio.

Aturdida, Jess contempló el atractivo rostro de Drago y supo que necesitaba quedarse a solas para pensar en todo aquello.

–Necesito tiempo para pensar –dijo con suavidad–. El matrimonio es un paso muy importante, y necesito asegurarme de que es lo mejor que podemos hacer.

Algo en su tono hizo que Drago controlara su frustración. Ciertamente, el matrimonio era uno de los pasos más importantes que podían darse en la vida. Sin embargo, la perspectiva de renunciar a su estilo de vida sin ataduras para mantener una relación real con Jess no lo echaba atrás. A fin de cuentas, iba a ser la madre de su hijo.

Quería quedarse con ella para ayudarle a superar sus dudas, pero Jess le había pedido que la dejara sola y debía respetar su petición.

–Tienes razón. Debo ir al hospital para tranquilizar a mi tía –dijo finalmente–. Ya ha sufrido suficiente tensión. Seguiremos con esta conversación más tarde –se inclinó y besó a Jess con ligereza en los labios–. Pero te advierto que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para persuadirte de que te conviertas en mi esposa.

–Francesco me ha dicho que has pasado casi todo el día en el jardín. Espero que te hayas mantenido protegida del sol.

Jess volvió la cabeza al escuchar la voz de Drago, y su corazón latió más deprisa al verlo avanzando hacia ella. ¿Qué opciones tenía si cada vez que lo miraba lo encontraba más atractivo? Cuando se sentó a su lado, apartó la mirada y simuló estar observando atentamente los peces del pequeño lago que había en aquella zona de los jardines.

–¿Cómo está Angelo?

–Todo ha ido bien. El médico cree que podrán darle el alta dentro de unos días.

–Me alegra mucho oír eso. Y seguro que Angelo también se ha alegrado mucho –Jess no sabía qué decir, y seguir con el tema de la recuperación de su primo parecía el tema más seguro.

Pero Drago no fue capaz de contener la impaciencia de su voz.

–Por mucho cariño que le tenga a mi primo, lo único que me interesa ahora es saber si has llegado a tomar una decisión –dijo a la vez que tomaba a Jess con delicadeza por la barbilla para poder mirar sus atribulados ojos verdes–. Veo que sigues teniendo dudas. Dime qué te preocupa.

–No pertenezco a este mundo –murmuró ella, sacando a la luz una de sus principales preocupaciones–. ¿No te preocupa que no sea adecuada para ser tu esposa? En la fiesta de anoche quedó claro que no soy precisamente la perfecta anfitriona.

–Eso no es cierto. Muchas personas me comentaron lo encantadora que eres y cuánto disfrutaron charlando contigo.

Jess movió la cabeza.

–No puedo huir del hecho de ser la hija de un alcohólico, y no pertenezco a la aristocracia italiana. Theresa Petronella me contó que en otra época estuviste comprometido con una mujer llamada Vittoria cuyo padre es conde. Sé que es una mujer preciosa y sofisticada porque la vi en la portada de la revista.

Drago se encogió de hombros, pero Jess captó su repentina tensión.

–No es ningún secreto que Vittoria y yo planeábamos casarnos. Pero no sucedió. Ella dio por cancelado nuestro compromiso y ahora está felizmente casada. Admito que hasta que he recibido la llamada del doctor Marellis esta mañana no tenía mayor interés en casarme –admitió abiertamente–, pero saber que estás esperando un hijo mío lo ha cambiado todo. No quiero que mi hijo nazca siendo ilegítimo. Sé que hoy en día no se considera importante, pero para mí es muy importante que mi hijo lleve mi nombre –hizo una mueca al ver la expresión de duda de Jess–. Sé que no tienes recuerdos especialmente felices de tu padre, pero te juro que no seré como él –añadió a la vez que tomaba las manos de Jess entre las suyas–. Querré a nuestro hijo con todo mi corazón –prometió–, y seré el mejor padre posible.

Los ojos de Jess se llenaron de lágrimas. Supuso que debía de estar especialmente emocional debido al embarazo.

Siete años atrás, cuando Seb dejó muy claro que no quería saber nada del bebé que habían concebido, no había sabido qué hacer. Se sintió sola y asustada, pero con Drago a su lado no tenía por qué temer al futuro. Había prometido ocuparse de ella y del bebé y, cuando asumió las implicaciones de su oferta de matrimonio, experimentó una increíble sensación de alivio.

–Supongo que querrás que firme un acuerdo prenupcial –murmuró–. Querrás proteger tus bienes en caso de que decidamos… divorciarnos.

–No estoy planeando un divorcio. Estoy dispuesto a comprometerme de por vida contigo y con nuestro hijo –dijo Drago a la vez que se levantaba y tiraba con delicadeza de la mano de Jess para que hiciera lo mismo–. ¿Qué me respondes, Jess?

Lo único que importaba era el bebé, se dijo Jess con firmeza. Iba a casarse con un hombre que no la quería, pero en la vida podía haber muchas cosas peores. Que Drago viera el matrimonio como un compromiso para toda la vida le dio cierto grado de seguridad. A pesar de todo, su corazón latió con una fuerza inusitada mientras respondía:

–De acuerdo… me casaré contigo.

Capítulo 10

A finales de mes? ¿Por qué tan pronto?

Tensa, Jess hizo girar instintivamente el anillo con el enorme diamante que llevaba en el dedo.

Drago se encogió de hombros.

–¿Y por qué esperar? Vas a tener mi bebé y quiero convertirte en mi esposa lo antes posible.

–Pero ¿y si...? Acabo de quedarme embarazada. ¿Y si algo va mal y no hay bebé? Nos habremos casado para nada.

–Nada irá mal –replicó Drago con una convicción total–. El médico ha dicho que estás perfectamente, aunque debes engordar un poco. También tienes que descansar mucho, sobre todo al principio del embarazo. No quiero que estés tensa, y por eso es mejor que nos casemos cuanto antes. Y no tendrás que preocuparte por los arreglos, el vestido, los invitados... Yo me ocuparé de todo.

No había duda de que Drago se estaba tomando muy en serio sus obligaciones de futuro padre, pensó Jess con un suspiro. Era muy agradable recibir tantas atenciones después de haberse pasado la vida prácticamente sola y sin ayuda, pero sabía que lo único que le preocupaba a Drago era el bebé. Le alegraba que fuera a ser un padre tan entregado, desde luego, pero habría resultado agradable saber que también se preocupaba por ella.

Por lo que parecía, no iba a tener mucho que decir en lo referente a la organización de la boda. Imaginó la reacción de Drago si le dijera que siempre había soñado con casarse en una playa de arena blanca, descalza y con flores en el pelo. Pero el gran diamante que adornaba su dedo era un indicio de que Drago no pensaba reparar en gastos para la boda, y supuso que la lista de invitados estaría llena de sus sofisticados amigos.

–¿Estás lista para bajar a comer? ¿Vuelves a sentirte mareada? –Drago frunció el ceño al ver lo pálida que estaba Jess.

–Las náuseas pueden surgir en cualquier momento del día. Solía... –Jess se interrumpió bruscamente.

–¿Solías qué? –la animó a seguir Drago, desconcertado por la repentina tensión que percibió en ella.

–Tuve una... amiga que se pasó todo el embarazo con náuseas –Jess sintió cómo se ruborizaba. No se le daba bien mentir y, por la mirada de Drago, supo que no lo había convencido con su explicación. Afortunadamente, no siguió con el tema.

–Si quieres puedo pedir que nos sirvan aquí la comida –ofreció

Drago.

–No hace falta. Me siento bien. Además, quiero ver a Angelo. Va a llevarse una gran sorpresa cuando se entere de lo nuestro...

–Mi primo está encantado... al igual que mi madre y mi tía.

–¿Ya se lo has dicho?

Desde que aceptó casarse con Drago, Jess había sufrido náuseas y apenas había salido, de manera que no había visto ni a Luisa ni a Dorotea. Había supuesto que Drago esperaría a anunciar su compromiso, pero estaba claro que no había sido así.

–Claro que se lo he dicho, y están encantadas con la noticia del bebé... –Drago se interrumpió de pronto y Jess se sorprendió al ver que algo parecido al rubor teñía sus morenas mejillas–. Mi familia cree que nos casamos por amor –con una expresión ligeramente retadora en sus ojos negros, añadió–: No quiero que se lleven una decepción.

Jess no ocultó su confusión.

–¿Por qué no les dices que nos casamos por el bebé?

–Es precisamente por el bebé por el que he preferido no explicar la naturaleza de nuestra relación. Los niños son muy perceptivos, y no quiero que el nuestro crezca con la presión de saber que solo nos casamos por él. Si todo el mundo cree que nos hemos casado por amor, no habrá riesgo de que nuestro hijo piense que hemos sacrificado nuestra felicidad por él.

Jess se mordió el labio. ¿Sentiría Drago que casándose con ella estaba sacrificando su felicidad?

Drago miró su reloj.

–Deberíamos bajar. Pero antes quiero decirte lo preciosa que estás, *mia bella* –murmuró, y su mirada se oscureció. El vestido de seda esmeralda que vestía Jess dejaba expuestos su pálidos hombros, y estaba tan deliciosa que su deseo despertó al instante.

Aún molesta y absurdamente decepcionada por la idea de que Drago viera su matrimonio como un sacrificio, Jess se encaminó a la puerta con la cabeza alta.

–Supongo que no tenemos por qué empezar a simular que estamos enamorados antes de estar delante de tu familia, ¿no? Aunque, para serte sincera, me temo que no soy muy buena actriz.

–Puede que esto te ayude a entrar en el papel –Drago la alcanzó, la hizo girar entre sus brazos y reprimió sus protestas con un abrasador beso.

Fue un beso rápido y, para bochorno de Jess, Drago tuvo que desengancharle los dedos de las solapas de su chaqueta.

–Sigue reaccionando así a mis besos e incluso me convencerás a mí de que soy el amor de tu vida –dijo con burlona delicadeza y, sin darle tiempo a reaccionar, apoyó una mano en la espalda de Jess y

la empujó para que saliera de la habitación.

–Aquí están los dos tortolitos –los había saludado Angelo al ver entrar a Jess y Drago.

Aunque se sostenía sobre dos muletas y aún estaba demacrado, tenía muy buen aspecto. Jess se alegró de ello, pero no pudo evitar ruborizarse al escuchar su comentario.

Dorotea la había recibido efusivamente. Estaba convencida de que era la responsable de que su hijo hubiera despertado y ya no sentía la mínima desconfianza hacia ella.

Pero la madre de Drago se había mostrado menos efusiva y, tras la comida, buscó el modo de quedarse a solas un momento con Jess.

–Me sorprende tu elección de anillo de compromiso –murmuró a la vez que levantaba la mano de Jess para estudiar el enorme diamante de su anillo–. Parece un poco ostentoso para tu gusto.

–No lo elegí yo –admitió Jess–. Drago me sorprendió regalándomelo. Yo lo encuentro encantador.

Por algún motivo sintió que no quería ser desleal a Drago. Luisa estaba en lo cierto; el anillo no era precisamente de su gusto, pero no quería arriesgarse a herir los sentimientos de Drago diciéndolo.

Luisa la miró atentamente.

–Así que lo amas de verdad –dijo y, por primera vez aquella tarde, dedicó una cálida sonrisa a Jess, que se había puesto colorada–. Me alegro mucho por los dos. ¿Puedo darte un consejo? Adoro a mi hijo, pero Drago tiene mucho carácter, como su padre, y puede que de vez en cuando tengas que plantarle cara –sonrió de nuevo–. Pero no le digas que te lo he contado.

–No lo haré –prometió Jess–. Yo también tengo bastante carácter y ya hemos tenido algún que otro choque.

–No le vendrá mal. Vittoria era demasiado blanda para él y, si se hubieran casado, creo que no habrían sido felices. Pero lamenté que su relación terminara de forma tan trágica. Drago necesitó tiempo para superarlo. Supongo que te lo habrá contado… –Luisa se interrumpió al ver que Drago se acercaba a ellos.

–Te he estado buscando –dijo él a la vez que deslizaba una mano por la cintura de Jess y le dedicaba una cálida mirada. Su interpretación de novio enamorado resultó realmente convincente, y Jess tuvo que recordarse que tan solo se trataba de una interpretación en beneficio de la familia. Pero le hubiera gustado que no hubiera interrumpido su conversación con Luisa, pues seguía sin saber por qué había roto Drago su compromiso con Vittoria.

De regreso en el dormitorio, y frustrada por lo poco que sabía sobre el hombre con el que iba a casarse en dos semanas, Jess

observó a Drago mientras se quitaba la chaqueta del esmoquin y empezaba a desabrochar los botones de su camisa. Como siempre, su magnífico aspecto físico la dejó sin aliento, y de inmediato experimentó otra clase de frustración.

Cuando él la miró, el brillo de sus ojos sirvió para animarla de inmediato, pues demostraba que aún la deseaba. Probablemente aquello era todo lo que llegaría a sentir por ella, reconoció con tristeza, pero al menos eso era mejor que nada, y la vida le había enseñado a conformarse con lo que se le ofrecía y a no desear la luna.

La expresión de Jess cuando Drago alzó una mano para acariciarle la mejilla evidenció que era una mujer cálida y receptiva, no una fría estatua de piedra. Drago se excitó al instante y sintió que la sangre corría ardiente por sus venas. Pero cuando la tomó por la barbilla con intención de besarla y se fijó en sus ojeras, frunció el ceño. ¿Cómo podía estar anteponiendo su deseo de hacerle el amor en aquel mismo instante a su bienestar? Y no solo al suyo, sino al del bebé que llevaba en su vientre… Él sabía mejor que muchos lo delicada que era la vida que Jess llevaba en su interior.

Ignorando la frustración que experimentó, dejó caer la mano.

–Deberías acostarte. No tienes buen aspecto –dijo mientras se volvía para sacar una de sus camisas del armario–. Toma –añadió a la vez que se la entregaba a Jess, cuya mirada de decepción puso a prueba su voluntad, pero sabía que no iba a ser capaz de tener las manos quietas si se metía en la cama con ella–. Es imprescindible que lea esta noche un informe del trabajo. Para no molestarte dormiré en el vestidor.

–No hace falta –dijo Jess, sorprendida por la repentina transformación de Drago de amante sensual a enigmático desconocido. Al parecer, ni siquiera iba a haber pasión en su matrimonio, pensó, decepcionada. Drago tenía tantas prisas por alejarse de ella que ya estaba en la puerta.

Antes de salir, se volvió hacia ella con expresión seria.

–Es importante para el bebé que duermas bien, pero casi todas las noches tienes pesadillas y sueles hablar en sueños de una tal Katie –espero a que Jess respondiera algo y, al ver que no lo hacía supuso que le estaba ocultando algún secreto de su pasado. Pero no podía obligarla a confiar en él–. Mañana consultaré al doctor Marellis si puede ser peligroso tener pesadillas durante el embarazo –dijo con brusquedad–. Buenas noches.

La frase «voy a consultar al doctor Marellis» se convirtió casi en

un mantra para Drago durante los siguientes días.

–¿Cómo puedes estar tan segura de que es normal sentirse enferma? –preguntaba cuando Jess trataba de tranquilizarlo. Ella estuvo a punto de decirle en más de una ocasión que no era su primera experiencia con un embarazo, pero el tema resultaba demasiado doloroso como para sacarlo a la luz.

Tres días antes de la boda, Drago tuvo que hacer un inevitable viaje de negocios a Alemania. Jess no dijo nada, pero le alegró la perspectiva de contar con unos días para sí misma, para adaptarse un poco más a los dramáticos cambios que estaba experimentando su vida. Pero Drago no le dio un respiro y se dedicó a llamarla constantemente.

–Sí, he desayunado –contestó pacientemente–. No, esta mañana no he tenido náuseas.

–¿Y por qué no? ¿Por qué de pronto no tienes náuseas?

–No lo sé, pero me alegro de haber sido capaz de retener la comida por una vez –contestó Jess, irritada. Según Drago, siempre estaba demasiado mal, o no lo suficiente.

–Si… eso está bien, claro. Pero voy a llamar al doctor Marellis para que compruebe si el embarazo va como es debido.

–No hace falta, Drago. Ya me vio hace tres días.

–Es mejor asegurarse. ¿Por qué no pasas hoy la mañana en la cama?

Jess estuvo a punto de decirle que pasarse la mañana en la cama no era precisamente divertido, pero el orgullo la hizo contenerse. Drago había dormido en el vestidor cada noche y no quería hacerle notar cuánto lo echaba de menos. No solo por el sexo, sino también por la mera cercanía.

Cuando terminó la conversación, se acercó al ventanal que daba al canal, que en aquellos momentos del día estaba muy ajetreado. Se sentía como si estuviera presa en una jaula de oro, pensó con un pesado suspiro. Echaba de menos su libertad y su ya cercana boda la hacía sentirse atrapada. No tenía ninguna duda de que lo mejor que podía hacer por el bebé era casarse con Drago, pero le estaba costando asimilar emocionalmente su segundo embarazo, y la culpabilidad que tan profundamente había enterrado en su corazón le producía un constante dolor.

Si al menos pudiera tener unas horas para sí misma, para poder pensar, sin que Fico o algún otro miembro del servicio estuviera revoloteando constantemente a su alrededor… Hizo una mueca al recordar su intento de escapar por la ventana. No tenía por qué volver a hacer algo tan arriesgado, pero no había motivo por el que escaparse un par de horas. Drago no tenía por qué enterarse.

–¿Qué quiere decir con que no está aquí? –bramó Drago a la pobre doncella que había acudido a decirle que la *signorina* no estaba en casa.

El enfado inicial se transformó rápidamente en preocupación. Afortunadamente, había decidido reducir su estancia en Alemania tras hablar con Fico. Lanzó una severa mirada al guardaespaldas, que acababa de volver de la plaza de San Marcos, uno de los lugares favoritos de Jess.

–No la he encontrado –explicó Fico–, pero la plaza está abarrotada de turistas y es posible que no la haya visto. He dejado a tres miembros del equipo de seguridad buscándola...

Sorprendido por el repentino silencio del guardaespaldas, Drago siguió la dirección de su mirada y al volverse vio que Jess estaba subiendo las escaleras del palacio.

–¿Dónde diablos has estado? –preguntó de inmediato–. ¿Por qué has salido sin Fico, algo que te había prohibido hacer expresamente? ¿Por qué me has desobedecido?

Jess volvía cansada de su largo paseo, pero el tono de Drago hizo que su genio aflorara.

–¡Me lo has prohibido! ¡Te he desobedecido! Haz el favor de escucharte a ti mismo, Drago. Esas no son las palabras que un marido utilizaría con su mujer, al menos en el matrimonio del que quiero formar parte. ¿Por qué no puedo salir sola? Solo he ido a Murano a echar un vistazo a sus famosos cristales. ¿Qué daño hay en ello?

Jess se hizo repentinamente consciente de que no estaban solos.

Varios miembros del servicio se habían acercado al vestíbulo al escuchar las voces.

–No pienso seguir aquí mientras me arengas –murmuró, y corrió hacia las escaleras.

–Vuelve aquí –Drago se puso a su altura en un instante.

Cuando llegaron al descansillo, Drago ignoró las furiosas protestas de Jess cuando la tomó en brazos y la llevó hasta el dormitorio, donde la dejó caer en la cama.

–Voy a explicarte la clase de peligro que puedes correr paseando sola por ahí –dijo aprisionándola con su cuerpo contra el colchón–. Soy uno de los hombres más ricos de Italia y atraigo especialmente la atención de los medios de comunicación. Y, ahora que vas a casarte conmigo, a ti te va a pasar lo mismo. Podrías ser secuestrada por alguna banda mafiosa dispuesta a pedir un fuerte rescate por ti. Por eso Fico debe estar siempre a tu lado.

Jess tragó con esfuerzo, afectada por la intensa mirada de los ojos negros de Drago, que revelaban que la amenaza del secuestro

era muy real.

–No lo he pensado –susurró.

–Ese parece un hábito bastante persistente en ti –dijo Drago con ironía. A continuación se apartó de Jess como si no soportara estar a su lado–. Y ya he notado que no llevas tu anillo de compromiso –al mirar a Jess tumbada en la cama, con el pelo disperso sobre la almohada, vestida con un sencillo vestido de verano que dejaba expuestos sus muslos, la idea de que pudiera haber atraído las miradas de unos cuantos hombros le produjo una rabia incontrolable–. ¿Te lo has quitado para poder coquetear con otros hombres? ¿Necesito recordarte que estás embarazada de mi hijo?

Jess movió la cabeza, asombrada por la intensidad de la reacción de Drago. ¿Era celos lo que percibía en su voz?

–No digas tonterías. Por supuesto que no he salido para «coquetear» con otros hombres. Y estar mareada todo el rato es un perfecto recordatorio de mi embarazo, te lo aseguro. Lo único que sucede es que no estoy acostumbrada a llevar joyas, y encuentro mi anillo un poco... pesado para llevarlo a diario. Había pensado ponérmelo solo en los acontecimientos sociales.

Drago captó los esfuerzos que estaba haciendo Jess para no decir directamente que no le gustaba el anillo y sintió que su enfado se esfumaba. A la mayoría de las mujeres que conocía les habría encantado lucir un diamante de aquel tamaño, pero Jess era distinta a todas las mujeres que había conocido hasta entonces.

–¿Tienes idea de cuánto me he preocupado cuando me han dicho que habías desaparecido? He temido que hubieras sufrido un accidente, o que te hubieras puesto repentinamente enferma... ¿Por qué te has ido sin decir nada?

Jess se mordió el labio, culpabilizada por su irresponsable comportamiento.

–Necesitaba espacio. Estoy acostumbrada a ser independiente –murmuró–. Sé que voy a vivir en Italia, y Venecia me encanta, pero echo de menos Londres –admitió–. Probablemente te cueste entenderlo, pero me gusta ocuparme de dirigir T&J Decorators, y echo de menos a Mike, Gaz y a los demás empleados con los que suelo trabajar. Aquí en Venecia no tengo amigos, y echo de menos sobre todo tallar la madera. Me estás asfixiando. Entiendo que tu interés, o más bien obsesión por mi embarazo, se debe a que te preocupa el bebé, pero no soy ninguna inválida. El embarazo es un estado perfectamente natural.

–A menos que algo vaya mal –dijo Drago con aspereza–. He sido testigo de las devastadores consecuencias que pueden darse si surge un problema durante el embarazo. Si estoy obsesionado, es porque quiero hacer todo lo posible por cuidar de ti y del bebé. Es algo que


lamento amargamente no haber hecho por mi primer hijo.

Capítulo 11

Jess se quedó conmocionada al asimilar el sentido de las palabras de Drago.

–¿De qué estás hablando? ¿Qué hijo?

Drago expelió el aire lentamente.

–Vittoria se quedó embarazada durante nuestro compromiso, pero no se lo dijo a nadie, ni siquiera a mí –al ver la expresión confundida de Jess, suspiró–. Será mejor que empiece por el principio. Conocí a Vittoria cuando éramos niños. Nuestras familias eran amigas y nos veíamos a menudo. Cuando crecí comprendí que, dada mi posición, debía casarme y tener un heredero. Vittoria era encantadora y preciosa, y las conexiones de su familia con la nobleza italiana me hicieron llegar a la conclusión de que sería la esposa perfecta.

–Parece un modo muy... frío de elegir a una esposa –dijo Jess–. ¿No la querías?

–Le tenía cariño y la respetaba –Drago dudó antes de añadir–: Pero no la amaba como se debe amar. Unos años antes había estado locamente enamorado de una joven llamada Natalia –admitió–. La conocí cuando mi padre acababa de morir y me volví loco por ella.

Jess asintió.

–Eso puedo entenderlo. Yo me enamoré perdidamente de Seb cuando más vulnerable estaba, tras la muerte de mi amigo Daniel.

–Descubrir que Natalia me había traicionado dolió mucho –continuó Drago–. No quería volver a experimentar aquel dolor, de manera que me pareció razonable casarme con una mujer que me gustara y compartiera mis metas. Vittoria sabía que yo necesitaba dedicar casi todo mi tiempo al negocio de la familia, y me avergüenza reconocer que no dediqué la misma cantidad de tiempo a nuestra relación. No llegué a saber que sufría de los nervios, ni que tenía fobia a los hospitales –bombardeado por los recuerdos que aún lo perseguían, se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación mientras hablaba–. No supe que Vittoria se había quedado embarazada hasta que sufrió una copiosa hemorragia. En el hospital nos dijeron que se trataba de un caso de pérdida de placenta, y solo entonces admitió que llevaba cuatro meses embarazada. Como no había pasado ninguna revisión, no se detectó nada hasta que empezó a sangrar. Estuvo a punto de morir... y perdió al bebé.

–Lo siento –susurró Jess–. Perder un hijo durante el embarazo

tiene que ser una experiencia horrorosa.

–La culpa fue mía.

Jess negó con la cabeza.

–Tú no habrías podido hacer nada por evitar lo que le sucedió a Vittoria.

–Si hubiera estado atento habría detectado que estaba esperando un hijo y su embarazo habría sido controlado adecuadamente desde el principio. Vittoria se quedó destrozada, y no la culpé cuando decidió que ya no quería casarse conmigo –Drago miró a Jess con los ojos cargados de emoción–. Por eso estoy decidido a hacer lo que sea para asegurarme de que el bebé que llevas dentro nazca sin problemas. Deseo muchísimo tener un hijo, pero no sé lo que sientes tú –frunció el ceño–. Pareces… distante. Tengo la sensación de que no te hace feliz estar embarazada… y de que puede que no quieras tener a nuestro bebé.

Fueron las palabras «nuestro bebé» las que hicieron reaccionar a Jess. A diferencia de su primer embarazo, en este no estaba sola. Aquel bebé tenía un padre que iba a entregarse a él de lleno. Aquello le alegraba, pero también le producía una gran tristeza el recuerdo de no haber podido ser una verdadera madre para su primera hija.

–Por supuesto que quiero a nuestro bebé –dijo, y sus ojos se llenaron de lágrimas–: No tienes idea de cuánto deseo ser madre.

La tormenta había ido creciendo durante mucho tiempo, y de pronto estalló. Incapaz de contenerse, Jess enterró el rostro entre las manos y comenzó a sollozar desconsoladamente.

Conmovido por su llanto, Drago se acercó a la cama y la estrechó entre sus brazos.

–No llores, cariño. Siento haberte disgustado. No estaba seguro de lo que sentías respecto al embarazo…

Pasó un buen rato antes de que Jess lograra recuperar su frágil control sobre sus emociones. Hacía mucho que no se permitía llorar así, y se sentía agotada. Al mirar a Drago y ver su desolada expresión, sintió que su corazón se encogía. Estaba claro que aún no había superado del todo su propia tragedia, y debía de haberle costado verdaderos esfuerzos hablar de las circunstancias que lo llevaron a terminar su relación con Vittoria.

Le conmovió que confiara lo suficiente en ella como para compartir aquellos dolorosos recuerdos. La confianza era un elemento básico en una relación. Sabía que Drago estaba intrigado por sus pesadillas, que la hacían llorar a veces por las noches. Le había preguntado varias veces quién era Katie, y ella había estado a punto de decírselo en varias ocasiones, pero no lo había hecho. Su complicada infancia había hecho que le costara revelar

abiertamente sus sentimientos, y en el fondo temía que Drago fuera a condenarla por lo que hizo.

Cerró los ojos para tratar de alejar los dolorosos recuerdos del pasado y, poco a poco fue haciéndose consciente de lo consolador que resultaba estar acurrucada contra el pecho de Drago, sintiendo bajo la oreja el firme latido de su corazón.

Un cálido estremecimiento recorrió su cuerpo cuando Drago la tomó por la barbilla y le hizo ladear la cabeza para poder mirarla con sus negros ojos. Cuando le frotó con delicadeza las lágrimas de las mejillas, sintió que el deseo estaba creciendo en su interior, y supo que a él le estaba sucediendo lo mismo. El deseo comenzó a latir en sus venas.

Sin poder contenerse, Drago inclinó la cabeza y le dio un largo y apasionado beso en los labios.

–¿Deseas esto? –murmuró con voz ronca mientras deslizaba los labios hacia su garganta.

–Sí –contestó Jess con sinceridad, aunque miró a Drago con expresión preocupada–. Pero... ¿y tú? No me has tocado desde que supiste que estaba embarazada. Pensaba que ya no me encontrabas atractiva.

Drago giró en la cama hasta volver a tenerla debajo.

–No he querido compartir la cama contigo porque sabía que no podría resistirme a hacerte el amor –frunció el ceño–. Hace poco leí que la práctica del sexo durante las primeras semanas del embarazo puede provocar un aborto.

–El doctor Marellis me dijo que no había ningún problema en hacer el amor mientras estoy embarazada –Jess contuvo el aliento cuando Drago deslizó una mano bajo el vestido y tomó posesivamente en una mano uno de sus pechos.

–En ese caso, ¿te parece bien que haga esto? –preguntó con una sonrisa a la vez que le acariciaba el pezón con el pulgar.

–Me parece muy bien...

El embarazo había sensibilizado los pechos de Jess y, cuando Drago se inclinó para acariciarlos con la lengua, un estallido de placer recorrió todo su cuerpo. Y cuando él se apartó para quitarle toda la ropa y a continuación introdujo un dedo en su ya húmedo y cálido sexo, dejó escapar una risita avergonzada.

Cuando, tras desvestirse rápidamente, Drago volvió a tumbarse a su lado, trató de que se colocara encima de ella.

–Aún no, cariño –dijo él, sonriente, se deslizó hacia abajo en la cama, hizo que Jess abriera las piernas y a continuación inclinó la cabeza para besar los sensibles labios de su feminidad.

Jess gimió de placer mientras Drago la acariciaba con la lengua con una maestría que la llevó al borde del orgasmo. Cuando llegó el

momento, él se tumbó de espaldas en la cama y la hizo colocarse encima.

–Así serás tú la que controle la situación –murmuró, y dejó escapar un ronco gemido cuando, tras alzar a Jess, la dejó caer sobre su palpitante sexo–. Siempre supe que con esos increíbles ojos verdes solo podías ser una hechicera...

A continuación se terminaron las palabras y lo único que se escuchó fueron sus agitadas respiraciones y sus gemidos de placer cuando alcanzaron juntos la dulcísima cima del orgasmo. Drago enterró el rostro en la fragante melena pelirroja de Jess mientras su poderoso cuerpo temblaba con la fuerza de su liberación.

Jess era la madre de su hijo y pronto sería su esposa. Aquellas dos cosas le producían un nivel de satisfacción que no había esperado, y sintió un extraño tirón en el corazón cuando apoyó una mano sobre el vientre desnudo de Jess. Quería a aquel bebé, y también quería casarse con su ardiente madre.

Sonrió al notar que Jess se había quedado dormida con la cabeza apoyada en su hombro. Era tan hermosa que casi dolía mirarla. Pero, mientras la observaba, vio que una lágrima se deslizaba por su mejilla justo antes de que susurrara un nombre en sueños. Katie.

Se casaron en una pequeña y bonita iglesia que pocos turistas llegaban a descubrir. Jess se quedó sorprendida, y también agradecida, pues temía una boda aparatosa, con cientos de invitados. Y su sorpresa creció cuando vio entre los invitados a sus compañeros de trabajo en Londres.

Al salir de la iglesia, ya como marido y mujer, abordaron una góndola decorada con rosas y, mientras Drago la besaba y los invitados aplaudían desde la orilla, Jess tuvo que reconocer que los cuentos de hadas podían hacerse realidad.

La recepción en el palacio también fue bastante informal y Jess pudo pasar un rato charlando con sus compañeros. Mike, que había hecho de encargado durante su ausencia, ya se estaba ocupando de dirigir el negocio.

–Me alegra que las cosas te hayan ido bien, Jess –dijo–, pero los chicos y yo te echamos de menos. Si alguna vez te aburres de deambular por este palacio, siempre habrá un trabajo esperándote. Eres una de las mejores en tu trabajo.

–Gracias, Mike –Jess sonrió–. Pero creo que ser madre es el único trabajo al que me voy a dedicar una temporada.

Cuando la recepción terminó, Drago condujo su coche hacia el norte de Italia. Cansada después de aquel intenso y ajetreado día, Jess durmió durante casi todo el trayecto. Cuando despertó, el

coche circulaba por una estrecha carretera rodeada de montañas.

–Bienvenida a Casa Rosa –dijo Drago mientras aparcaba en el sendero que llevaba a un pintoresco alojamiento alpino.

Las laderas más bajas estaban alfombradas de hierba, pero los picos más altos de los Alpes aún seguían cubiertos de nieve y reflejaban con intensidad los rayos del sol.

–Nunca había estado tan alto en una montaña –murmuró Jess, maravillada mientras miraba a su alrededor.

–En invierno, incluso las laderas más bajas están nevadas –dijo Drago con una sonrisa–. Después de que nazca el niño te enseñaré a esquiar.

Mientras hablaba, se encaminó hacia la casa, una encantadora y acogedora cabaña de techos bajos y llena de coloridas alfombras.

Cuando entraron, rodeó a Jess con sus brazos por la cintura y la besó en la frente.

–Y ahora creo que deberías irte a la cama. Has tenido un día muy ajetreado.

–He dormido en el coche –le recordó Jess–, y no estoy cansada.

–Estupendo –dijo Drago con la voz repentinamente más ronca–. ¿Y qué crees que puede hacer una pareja en su luna de miel si no está cansada?

Su boca estaba tentadoramente cerca de la de Jess, que humedeció instintivamente con la lengua sus repentinamente resecos labios.

–Creo que meterse en la cama –murmuró.

–¿Cómo podría fracasar nuestro matrimonio cuando estamos tan claramente en la misma onda? –la sensual sonrisa de Drago dejó sin aliento a Jess y, cuando la besó, el mundo pareció esfumarse de su alrededor–. Mi esposa –dijo él con suavidad, como probando las palabras.

Sonaron bien. Mejor que bien. Sonaron como las palabras más bellas que había pronunciado nunca. Pero no estaba en condiciones de compartir sus pensamientos más profundos con Jess, sobre todo porque eran nuevos para él, de manera que le dijo lo preciosa que era mientras la besaba en la boca, en los pechos, en la dulce encrucijada de sus muslos. Y cuando ella lo reclamó pronunciando su nombre, penetró con su poderosa erección en la cálida humedad de su sexo, uniéndose a ella para convertirse en un solo ser.

Le hizo el amor con una pasión y una ternura que conmovieron profundamente a Jess. Y después, mientras se abrazaban contemplando el increíble cielo estrellado que se divisaba desde los ventanales del dormitorio, supo que Drago había capturado su corazón y que lo tendría prisionero para siempre.

Capítulo 12

De verdad usas el jacuzzi en invierno? –preguntó Jess al día siguiente, mientras se relajaban en la espumosa agua de un jacuzzi instalado en la terraza desde el que se tenían unas vistas deslumbrantes de los Alpes–. Debes de quedarte congelado al salir.

Los ojos de Drago brillaron traviesamente.

–Hay formas muy interesantes de hacer entrar al cuerpo en calor –aseguró–. Luego te haré una demostración –dijo mientras salía y se ponía el albornoz.

–Me siento mal por no haberte hecho ningún regalo de boda –dijo Jess mientras él la ayudaba a salir y a ponerse el albornoz.

–En pocos meses vas a darme un hijo, y ese es el único regalo que quiero.

Aquellas palabras le recordaron que solo se había convertido en esposa de Drago porque iba a darle un hijo. Pero aquel pensamiento abandonó de pronto su cabeza al ver el arcón de madera que había en el suelo de la sala de estar.

–¡Mis herramientas de tallar madera!

–Hice que trajeran de Londres tus herramientas y algunas de tus tallas –explicó Drago–. Pienso preparar una habitación en el *palazzo* que te sirva de estudio.

Mientras sacaban las tallas, Drago se fijó en la escultura de una niña. Los detalles del rostro eran tan perfectos que casi parecía viva. Jess sacó unas cuantas esculturas más de la misma niña en diferentes momentos de su vida. En total había siete.

–Estás figuras son preciosas, cariño –dijo, maravillado–. ¿Quién es la niña? Se parece un poco a ti.

–¿Tú crees? –preguntó Jess con voz temblorosa.

Al ver la desolada expresión de su mirada, Drago se preocupó de inmediato.

–¿Qué sucede, Jess? ¿Por qué lloras?

Jess se volvió y empezó a guardar las figuras en el arcón.

–No estoy llorando, y no pasa nada –cuando se irguió y se volvió, lo hizo con una sonrisa exageradamente radiante en el rostro–. Todo es maravilloso.

Drago supo que le estaba ocultando algo, y, una vez más, experimentó una intensa frustración por el hecho de que Jess no sintiera suficiente confianza en él como para contarle lo que sucedía.

–Hace un tiempo demasiado bueno como para quedarnos dentro.

Vamos a dar un paseo por las montañas.

Drago captó un ruego casi desesperado en el tono de voz de Jess. Su falta de confianza lo estaba destrozando y, mascullando una maldición, la tomó por los hombros y la hizo volverse.

–¿Quién es Katie? –preguntó con urgencia. Su corazón se encogió al ver la temerosa mirada que le dirigió Jess–. Tesoro, ¿de verdad crees que alguna vez podría hacerte daño?

Jess tragó saliva y bajó la mirada.

–No.

–En ese caso, háblame de Katie. ¿Quién es?

Jess se sentía como si estuviera al borde de un precipicio, a punto de saltar, pero, cuando miró a Drago a los ojos, supo que él la sujetaría si se cayera, que siempre estaría a salvo a su lado.

–La estás mirando –contestó ella roncamente a la vez que señalaba la figura que Drago sostenía en la mano–. Katie es mi hija.

Drago se sintió intensamente conmocionado al escuchar aquello, pero se esforzó por hablar con calma.

–¿Tienes una hija? ¿Dónde está? ¿Y quién es el padre? –entrecerró los ojos al ver lo pálida que se ponía Jess y de pronto supo la verdad–. Es Sebastian Loxley, tu exnovio, ¿no?

Jess asintió lentamente.

–No quiso saber nada de mi embarazo. Yo solo tenía diecisiete años, y estaba sola y aterrorizada ante la perspectiva del juicio por fraude que me esperaba. La trabajadora social que me atendió sugirió que tal vez sería mejor dar a mi hija en adopción... y eso hice, porque no sabía qué otra cosa hacer –cerró los ojos para no ver las conflictivas emociones que cruzaron el rostro de su recién estrenado marido.

Drago experimentó un intenso odio por el hombre que tanto daño había hecho a Jess, y, por ella, una intensa compasión que le hizo estrecharla entre sus brazos y retenerla con fuerza contra sí.

–Nació un cinco de abril –continuó Jess, deseando decirlo todo, anhelando liberar el dolor con el que había vivido durante tanto tiempo–. Era preciosa. Nunca había visto nada tan perfecto. La llamé Katie porque era el nombre más bonito que conocía, y me la llevé a casa porque la quería más que a nada en el mundo y quería conservarla –las lágrimas se derramaron incontenibles por sus mejillas–. Por entonces estaba viviendo con Ted y Margaret, que me ofrecieron todo su apoyo. Pero yo no tenía trabajo ni dinero. Quería a mi bebé, pero sabía que no podía ofrecerle todo lo que necesitaba. La pareja que quería adoptarla llevaba diez años tratando de tener un bebé y estaban desesperados por conseguirla. Prometieron ofrecerle el amor y la infancia feliz de la que yo carecí. Cuando Katie cumplió tres semanas, la abracé y besé por última vez y le dije

que nunca jamás la olvidaría. Después la entregué a la trabajadora social… y esa fue la última vez que la vi.

Su llanto se recrudeció y Drago la estrechó entre sus brazos mientras los sollozos remitían.

–Tranquila, tesoro. Tranquila. Llora todo lo que necesites –no sabía qué decir. No había palabras que pudieran servir de consuelo para algo así, de manera que se limitó a seguir abrazándola y a apoyar una mejilla también mojada de lágrimas contra su pelo.

–Los padres adoptivos de Katie me envían una vez al año una foto suya –continuó Jess al cabo de un momento–. Se trasladaron a Canadá cuando cumplió un año y ahora viven en una preciosa casa en las montañas, donde Katie está aprendiendo a esquiar. Por las fotos que tengo, se nota que es una niña feliz. Sabe que es adoptada, y que cuando cumpla dieciocho años podrá decidir si quiere conocerme. Cada año tallo una figura de madera con la esperanza de que, si algún día nos conocemos, sepa que siempre la he llevado en mi corazón.

–¿Por qué no me habías hablado antes de esto? –preguntó Drago con delicadeza.

–Tenía miedo. Me asustaba que pudieras llegar a pensar que no iba a ser una buena madre para nuestro hijo.

Drago movió la cabeza, incrédulo.

–¿Cómo iba a pensar mal de ti? Creo que eres una persona increíble. Tu decisión de dar a Katie en adopción revela tu total falta de egoísmo. Fuiste capaz de anteponer sus necesidades a tu propia felicidad… –de pronto dejó caer los brazos a los lados–. Ese es el motivo por el que te casaste conmigo, ¿no? Decidiste que era lo mejor para el niño a pesar de que lo que querías era recuperar tu libertad para volver a Londres…

–Eso no es cierto –dijo Jess con voz temblorosa, asombrada por la desnuda emoción que captó en el tono de Drago.

–Lo es. No me hablaste de Katie porque no confiabas en mí, y eso lo entiendo perfectamente. Después de tu experiencia con el miserable de Loxley no resulta sorprendente que pensaras que debías aceptar mi proposición en lugar de enfrentarte a criar a un hijo sola. Por eso decidiste sacrificar tu vida personal y casarte conmigo –la voz de Drago se volvió más grave cuando siguió hablando–. Una vez me acusaste de tenerte prisionera, pero ahora quiero ofrecerte tu libertad. Si quieres volver a Inglaterra con el bebé, no te lo impediré. Lo único que te pediré es que me permitas apoyaros económicamente. Y querré visitar a nuestro hijo a menudo, por supuesto. Pero debo decirte que… –antes de continuar, inspiró profundamente– la perspectiva de vivir sin ti me mata –miró a Jess sin molestarse en ocultar las lágrimas que se deslizaban por

su rostro, incapaz de ocultarse a sí mismo y a Jess por más tiempo lo que sentía por ella–. Te quiero, Jess. No te pedí que te casaras conmigo solo por el bebé. La verdad es que quiero tenerte en mi vida para siempre. Pero he sido un cobarde y no he querido admitir lo que sentía, de manera que utilicé tu embarazo como excusa para que te casaras conmigo –tragó saliva al ver que Jess permanecía en silencio mientras una solitaria lágrima se deslizaba por su mejilla–. Di algo –rogó.

–¿De verdad me quieres? –Jess temía creerlo, temía creer en la sensación de felicidad que empezaba a crecer en su interior.

–Te adoro. Te deseé en cuanto te vi por primera vez, y creo que me enamoré de ti cuando te atrapé tratando de escapar del *palazzo* desde el balcón de la segunda planta –al paciencia de Drago llegó a su límite y, con un gruñido, estrechó a Jess entre sus brazos–. ¡Te amo, Jess! Por favor, di que vas a quedarte conmigo y que me vas a dejar cuidar de ti y de nuestro bebé.

Finalmente, viendo la intensidad de sus emociones reflejada en su mirada, Jess tuvo que creerlo.

–Claro que voy a quedarme contigo. Te quiero con todo mi corazón. Desde que apareciste en mi vida supe que eras el único hombre al que iba a amar de verdad. Sería capaz de confiarte mi vida.

–Tesoro... –la voz de Drago se quebró, pero las palabras sobraron mientras besaba a Jess con una pasión, ternura y amor que hicieron que ella sintiera que su corazón estaba a punto de estallar de felicidad.

–Mi corazón es tu prisionero voluntario –susurró contra los labios de Drago–, y no quiero liberarlo.

Sin decir nada más, Drago la tomó en brazos y la llevó al dormitorio, donde adoró su cuerpo y le hizo el amor con exquisita, y también poderosa, delicadeza.

Después, se inclinó para besar el vientre de Jess, donde estaba su hijo... y se sintió el hombre más feliz del mundo.

Epílogo

Se suponía que Jess salía de cuentas a primeros de enero, pero, el día de Navidad, tras un breve parto, dio a luz a su hijo. Lo llamaron Daniel, y cuando Jess lo tuvo por primera vez en sus brazos experimentó una intensa sensación de paz que la ayudó a sanar el dolor de su corazón. Siempre querría y echaría de menos a su hija, pero sabía que Katie era feliz y que sus padres adoptivos la adoraban. Con la ayuda de Drago había ido aceptando poco a poco la dolorosa decisión que había tenido que tomar siendo una adolescente.

–Al menos nunca olvidaremos su cumpleaños –dijo Drago mientras acunaba a su bebé en brazos y se enamoraba instantánea e irrevocablemente de aquel diminuto ser de pelo negro.

Su tensión había alcanzado niveles máximos cuando Jess lo había despertado al amanecer para informarlo tranquilamente de que había roto aguas.

–Has estado increíble –le dijo a Jess con sincera admiración–. Eres increíble. ¿Tienes idea de cuánto te amo?

–Demuéstramelo –invitó ella con suavidad.

Y así lo hizo Drago, con un beso cargado de ternura, pasión y la promesa de un amor que duraría toda una vida.